

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

LERTÁMEN **P**ÚBLICO

DE

1886.



NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCION DE ELCHE.

MAR-3/0040
16.136.19.159

CERTÁMEN PÚBLICO

CELEBRADO CON MOTIVO

DEL

CONCURSO DE PREMIOS

ABIERTO POR LA

Academia Bibliográfico-Mariana

para solemnizar el

ANIVERSARIO XXV DE SU INSTALACION;

EN LA TARDE

del 17 de Octubre de 1886.

PRIMERA PARTE.

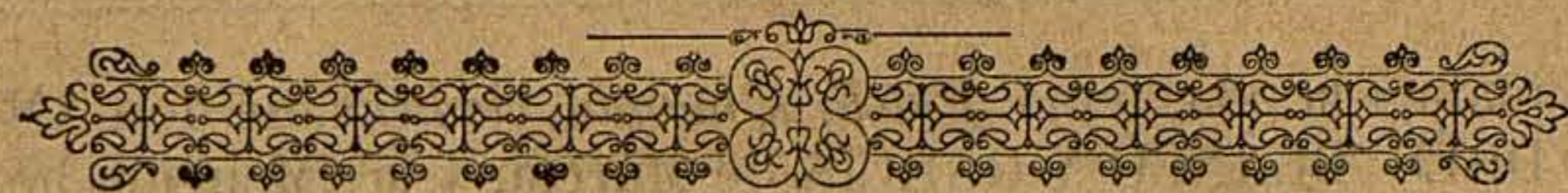


LÉRIDA:
—
Tipografía Mariana.
1887.

ESPANA, PATRIMONIO DE MARIA.



Todo por y para María.



Acta del Certámen.



EN la ciudad de Lérida, á diez y siete de Octubre de mil ochocientos ochenta y seis. Anunciada con oportuna antelacion, para este dia, la celebracion del XXV aniversario de la instalacion de esta «Academia Bibliográfico-Mariana,» con un público certámen artístico-literario, tuvo éste lugar en la preciosa capilla de la «Academia,» bajo la presidencia del excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo, y con asistencia de las autoridades civiles y militares, corporaciones, Junta directiva, Comisiones de exámen y gran número de sócios y personas invitadas que llenaban el local, abriéndose el acto por el excelentísimo señor Presidente á las cinco de la tarde.

Obtenida por el M. I. señor Director de la «Academia» la vénia de S. E. leyó el discurso que se inserta con el número 2, y seguidamente el secretario infrascrito la Memoria de número 3.

Pasóse acto continuo á la adjudicacion de los premios, y abiertos los pliegos que contenian los nombres de los autores premiados, resultaron haber obtenido la «Lira de

plata,» la oda, lema: *Pulchra, magna, clemens*, de don ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA de Murcia; y la «Mencion honorífica,» la oda, lema: *Assumpta est María*, de don TIMOTEO DOMINGO PALACIO, de Madrid.

El «Lirio de plata,» la oda, lema: *Tengo celos* de doña TRINIDAD ALDRICH Y PAGÉS, de La Bisbal, provincia de Gerona: «Accesit» los lemas: *Vita, dulcedo, et spes nostra*, de don ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA, de Murcia; *¿Cómo no amarte?* de don JUAN B. ALLÉS Y ALBAST, Presbítero, Colegio de Carreras de San Gervasio, Barcelona, y *Fac ut tecum lugeam*, de don AMENODORO URDANETA, Caballero de la Orden de Pio IX, de Caracas, República de Venezuela; y «Menciones honoríficas,» *Yo soy la Madre del Amor hermoso*, de Fray JULIAN REGLE-RO, Presbítero, Franciscano de Toledo: *El nombre de María tiene virtud de alcanzar auxilio y vida al que le invoca*, de don CARLOS CANO, de Murcia; y *Tu gloria Jerusalem, Tu lætitia Israel, etc.* de don EUSEBIO HERNANDEZ ZARO, Presbítero, de Valladolid.

La «Azucena de plata,» el lema: *Ab æterno ordinata sum* de don ANDRÉS SERRANO GARCÍA de Tortosa: «Accesit,» *Es tu nombre, María, el primero que pronuncian nuestros lábios*, de don SALVADOR CABEZA, de Leon, Santiago, Galicia; *De María la puresa com l' iman la terra atreu*, de doña MERCEDES FONT Y CODINA, de Vich; y «Menciones honoríficas,» *Tota pulchra es María et macula originalis non est in te*, de don JOSÉ IGNACIO MIRABET, de Barcelona: *Virgen que el sol más pura*, de Fray RESTITUTO DEL VALLE RUIZ, Agustino, Escorial; y *Fe y Esperanza*, de don JAIME CARDONA.

La «Pasionaria de plata y oro,» *Attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus*, de don DOMINGO PAGÉS Y JANES de Barcelona: y «Menciones honoríficas,» el lema: *Videte si est dolor similis ut dolor meus*, de don ANGEL GARRIGA BOIXADER, de Barcelona: *Amor y martirio*, de don ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA, de Murcia; y *Mater dolorosissima, ora pro nobis*, de don TIMOTEO PALACIO, de Madrid.

La «Cifra ó Anagrama de plata,» el lema: *Tutius exilium pauloque quietius oro*, de don MIGUEL ESTEBAN RUIZ, Presbítero, de Sagunto.

El «Rosario de oro,» el lema: *¡Oh bell astre de la gloria tú tant sols nos has salvat!* de don DOMINGO PAGÉS Y JANES, de Barcelona: «Accesit,» los lemas: *Dels pecadors amparo y del mon tot reparo*, de don PEDRO CLARET, de N. Sampedor: el lema: *Lepant. Regina Sanctissimi Rosarii, ora pro nobis*, de don ANGEL GARRIGA BOIXADER, de Barcelona; y *Benehida sia per sempre*, de doña VICTORIA PEÑA DE AMER, de Barcelona.

La «Escribanía de plata,» el lema: *Palma exaltata*. Memoria de don JAVIER FUENTES Y PONTE, de Murcia.

La «Medalla de plata,» el lema: *Rosa mystica*. Memoria del doctor don JULIAN DE PASTOR Y RODRIGUEZ, notario, de Madrid; y «Menciones honoríficas,» *Regina Sanctissimi Rosarii, ora pro nobis*. Memoria de don TOMAS CASALS É IBARZ, médico, de Lérida; y el lema: *Y si insistiese en llamar recibiré todo cuanto necesite*, de don SALVADOR MIR CASASES, Colegio de Jesús María y José, de San Andrés de Palomar.

El primer «Premio de pintura,» el lema: *Auxilium christianorum, ora pro nobis* de don LUCIANO SANCHEZ SANTAREN, de Mucientes, provincia de Valladolid: y la «Medalla de plata,» el lema: *Gracias le dá con humildad profunda*, de don RAMON CASALS Y VERNIS, de Reus.

«Premio de música,» el lema: *Dignare me laudare te, Virgo Sacrata*, de don FRANCISCO BRUNET RECASENS, profesor de música, de Barcelona; y «Accesit,» el lema: *María Virgo, omni laude dignissima*, de don DAMIAN ANDREU Y SITJES, Presbítero, organista de Santa María de Mahon; y *Nigra sum, sed formosa*. Media tarjeta en que se lee JE.... COMPOS....

Abiertos los pliegos de las composiciones premiadas, el señor Director dió las gracias á todos los concurrentes y anunció el lema del certámen próximo, que es *Nuestra Señora de la Misericordia* en Reus y suplicó al

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo que dirigiese su pastoral palabra á la concurrencia y la dispensase la bendicion apostólica, lo cual verificó S. E. Ilma. levantándose luégo la sesion, despues del canto á dos coros, de la *Salve* premiada, y de haberse inutilizado los pliegos de composiciones nó premiadas.

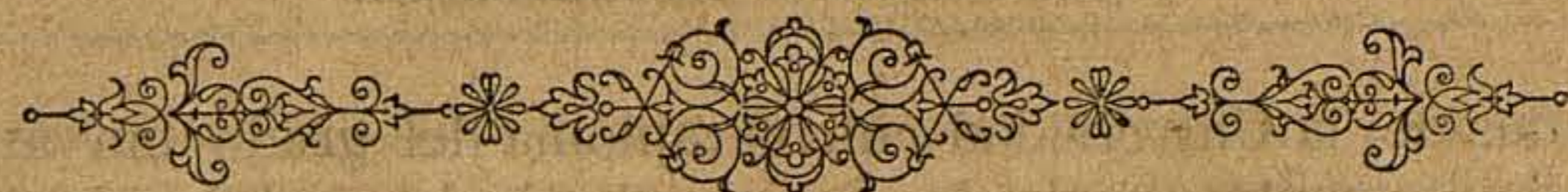
EL DIRECTOR,

José A. Brugulat, Ebro.

EL SECRETARIO,

José A. Mostany.

Lérida, 17 de Octubre de 1886.



Número 2.

DISCURSO

DEL SEÑOR DIRECTOR DE LA «ACADEMIA»

I. D. José Antonio Brugulat.



Excmo. é Ilmo. Señor:

UN sentimiento existe en el hombre que le alienta en la tribulacion, le alivia en sus fatigas, y parece dar alas ligeras á su corazon para que pueda volar á regiones superiores. Es, señores, la esperanza. Un filósofo griego dice que el hombre necio se alimenta de esperanzas, pero, si le quitamos al hombre la esperanza ¿cómo podrá vivir? Espera el labrador cansado la lluvia benéfica que fecunda la tierra en la que depositará la codiciada semilla, que *espera* ha de convertirse en manojos de doradas espigas: y la tristeza que siente al desprenderse de ella, se compensa con la esperanza de la futura cosecha. Espera el comerciante que deja á su esposa y á sus hijos, entregándose él á la furia de las olas, con la *esperanza* del lucro que de su viaje ha de reportar. Espera el estudiante el ansiado dia de salir, por última vez, de las aulas aborreci-

das de la Universidad con el diploma del grado tan ardentemente suspirado. Espera el niño la edad florida de la juventud para jugar, como dice Horacio, con los caballos ó los perros; espera el joven la edad viril para alcanzar honores y riquezas y espera el viejo, más que nadie, porque como dice Horacio, el viejo, es *spe longus*, largo en esperanzas, esperándolo todo, ménos la muerte, que cree siempre muy lejana.

Y si lo reflexionamos bien, qué es este acto sino la realizacion de muchas esperanzas? Cuántos días y en cuántas horas de la noche, los trovadores marianos, los que han pulsado la lira y los que han inspirado su pincel en la belleza de María, han deseado este día? Llegó por fin; y en este breve rato vengo á manifestaros que si todos en el mundo esperan, nosotros debemos esperar tambien, pero debemos colocar nuestras esperanzas en María que lo es de la «Academia».

Es indudable que debemos esperar en Jesucristo, como mediador del Nuevo Testamento que nos abrió con su sangre las puertas de los tabernáculos eternos; pero esto no impide que esperemos en María intercesora de gracia, pues sus méritos son mayores que los de todas las criaturas. Por esto todos los doctores la llamaron esperanza nuestra. Así san Efrén dice «Dios te salve esperanza de mi alma, salud cierta de los cristianos, ayuda de los pecadores, defensa de los fieles y salud del mundo.» San Basilio dice que María es nuestra esperanza despues de Dios, y Blosio añade «Vos despues de Dios sois la salud cierta de vuestros fieles servidores» y Eutimio concluye «En Vos tenemos puesta toda nuestra esperanza.» Pero no es este nuestro objeto. No queremos demostrar que María es la esperanza de cada uno de nosotros, sino que María es la esperanza de la «Academia» ¿sabeis por qué? porque es la esperanza del arte.

Triste es por cierto el estado artístico de Europa. En primer lugar la desamortizacion revolucionaria destruyó, como es sabido, las más preciadas joyas del arte. ¿Dónde

están, en efecto, los monumentos de Croyland, Concen-taines y Tirtem de Inglaterra, los de Heislerbach, Allem-berg de Alemania, Loivigni, Fontevrault y Pontigny de Francia, nuestras Cartujas de Miraflores ó las maravillas conocidas con los nombres de Poblet y Santas Creus de Cataluña? Ah! hubo un día en que turbas enloquecidas por la embriaguez de la mal llamada libertad, guiadas por un poder tenebroso y criminal, alumbraron el espacio con aquellas horribles hogueras que parecian convertir á la tierra en mansion de precitos: hoy sólo la melancólica luz de la luna alumbra aquellas solitarias ruinas y, dónde se oia el salmodiar grave y pausado de los siervos de Dios, sólo se escucha el monótono canto del buho que, turbando con sus desapacibles notas aquella triste y majestuosa soledad, parece el acusador terrible que, en nombre del arte profanado, llama ya á juicio á los criminales que tamaños crímenes cometieron.

Por otra parte los errores filosóficos influyen, no sólo en las ciencias puramente especulativas, sino hasta en la vida íntima de las familias, no ménos que en las regiones serenas del arte. El naturalismo tan en boga en los países meridionales ha casi muerto el génio y secado las puras fuentes de la inspiracion. Si hay poetas como Verdagner que en su Atlántida se eleva á una altura impropia de este siglo, es más bien como un fuego fátuo que brilla en el oscuro cielo del arte; si hay un Meyerbeer ó Gounod que con la escuela alemana vienen á sustituir las dulzuras de la escuela italiana de Rossini, Bellini ó Donizetti, sus notas no hacen vibrar el corazón de las muchedumbres embrutecidas; y es necesario inventar siempre obras nuevas para saciar la insaciable sed de los que vivimos en esta atmósfera de neo paganismo. Hoy, por regla general, no se escribe, ni se dibuja, sino por interés; exceptuando siempre rarísimos génios que sólo desean manifestar el sentimiento de lo bello que su imaginacion parece ha concebido. ¿Quién levantará pues, al arte bello de esta postracion en que parece debe sucumbir?

Es necesario presentar á la sociedad un tipo de belleza real é ideal al mismo tiempo; es necesario que ese tipo ideal, en cuanto pueda servir de tipo perfecto y acabado, sea real, en cuanto haya existido en el mundo, y no haya sido una vana quimera, un parto de acalorada imaginación.

Ese tipo ha de ser perfecto, pero ha de ser asequible, no sólo para todos los hombres que tengan la capacidad ó génio necesario para alcanzarlo, sino que también debe serlo para los hombres de todos los tiempos.

Para ser perfecto ese tipo debería ser en cierto modo infinito, porque lo que no lo es, no es absolutamente perfecto; y siendo infinito lo sería en el tiempo, puesto que para el sér infinito no puede haber limitación de tiempo y lo sería en extensión; porque para el sér infinito, no puede haber la limitación de espacio. Este sér perfectísimo, y por tanto eterno é inmenso, es Dios. Pero hemos dicho que el objeto ó el sér que nos sirva de tipo debe ser asequible; y Dios no lo es por razón de esa misma inmensidad, eternidad y falta de limitación. Por esto y siendo imposible un conocimiento adecuado de Dios, estéticamente hablando, Dios que es suma belleza y suma bondad, que es lo bello infinito, es más que bello es lo que conocemos con el nombre de sublime. El génio del poeta al ver la inmensidad de Dios no puede hacer más que caer de rodillas y decir con fervoroso entusiasmo:

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparición no ve;
Mi alma se estremece y, ante tu faz de hinojos,
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

Y el que se dedica al divino arte musical, al contemplar la armonía del sér de Dios, no puede ménos de dejar avergonzado su lira y poner un sello á su boca, hasta que un Serafin venga á purificar sus labios como los del profeta Isaias. El Dios verdadero es el Dios escondido, por lo cual ya el angélico Doctor había dicho «*contempla-*

tio divinarum est operatio homini proxima et delectabilis, sed tamen difficilis»—la contemplación de las cosas divinas es una operación propia y deleitable para el hombre pero difícil.

Siendo, pues, tan difícil la contemplación propiamente dicha, hemos de contentarnos con la de las criaturas. Ahora bien: entre todas las criaturas no unidas á supuesto divino: ¿dónde encontraremos un tipo que reúna mejor las condiciones que el que la «Academia» nos presenta en cada año?... María, considerada objetivamente y sin relación á nosotros, es tipo perfecto como demostramos en el certámen de 1884: es tipo real; pues la historia, además de la fe, nos revela que María existió realmente en la Judea, y que toda aquella tierra bendita quedó santificada con el suave aroma de sus virtudes.

Pero María, la criatura más pura de cuantas existen, por esta misma pureza es lo más opuesto al naturalismo repugnante de nuestro siglo; pues la contemplación de ese tipo purísimo, sin mancha ni desorden alguno, es como una contraposición á la contemplación de los tipos inmundos que el naturalismo nos ofrece; y por tanto presenta un carácter de idealismo muy propio para oponerse al realismo de nuestros días. Pero además su misma perfección causa en nosotros el efecto de que sea el bello ideal más apropiado para nuestra contemplación; porque, aunque fuera posible juntar la belleza de las flores con las de las plumas bellísimas de las aves y la del cielo bordado con franjas de oro cuando aparece el sol en la plateada superficie de las olas, ó cuando nos envía sus últimos rayos ántes de abandonar al horizonte; y aunque subiésemos más arriba y pudiésemos juntar la belleza del sér humano más perfecto con la del ángel más simple, y la del querubín más elevado, no llegaríamos á formar un tipo ideal que igualase á la belleza de la Señora.

Pero el tipo que nos sirva debe ser asequible, y si bien María por su *quandam dignitatem infinitam* excede los lí-

mites de la humana inteligencia, sin embargo es conocida y admirada como un tipo de belleza especial.

Veamos ahora, si María ha sido considerada realmente así por los hombres de diversos tiempos y países.

Existían símbolos y fábulas en la antigüedad pagana que representaban á la Santísima Virgen, no pudiendo deducir de aquí con el impío Dupuis que de ellos fué copiado nuestro tipo real, primeramente porque aquellos nunca existieron en la realidad; y, en segundo lugar, porque están envueltos en tales nebulosidades, que se ve claramente que son como la sombra de la realidad.

Así dice Augusto Nicolás que en una de las Eglogas de Virgilio encontramos los siguientes versos:

Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinit, ac toto surget gens aurea mundo
Casta fave Lucina.

Este niño, que aquí vislumbra entre las nieblas del porvenir el poeta latino, verá la serpiente á sus pies:

At tibi prima puer nullo munuscula cultu
accidit et serpens.

Pero no se contenta con celebrar al Niño é indirectamente á su madre, sino que María es cantada, aunque tras el velo del misterio de la maternidad divina, en esos otros versos tan sabidos:

Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem
Matri longadecem tulerunt fastidia menses
Incipe, parve puer, cui non risere parentes
Nec Deus hunc mensa, Dea nec dignata cubili est.

y aún cuando Virgilio atribuyó estas grandezas á un hijo de Augusto su muerte lo dismintió.

Los persas cantaban á Mithra, mediador que debía nacer de una virgen madre; y en nuestros días el arte se ha enriquecido con un monumento de Mithra descubierto en Oxford en 1747, en el cual se representa una mujer que

dá de mamar á su hijo, como símbolo de la fábula á que nos hemos referido.

Los romanos celebraron el nacimiento de Mithra en una cueva que le estaba consagrada: y los Druidas en las Galias celebraban esa noche del nacimiento de Mithra con una iluminación general.

¿Quereis ahora ver á María, objeto del culto, y por tanto tipo del arte bello, en Egipto? Recordad la fábula de Isis. Isis para los egipcios es la madre que dió á luz un hijo y éste se llamó Horus que significa Libertador. Isis y Horus combatieron á Tiphon génio del mal, el cual fué vencido, pero no destruido, por Isis madre y por Horus hijo: y que esta Isis era objeto del arte en Egipto, se comprueba con las muchas imágenes de la misma que han sido encontradas, y que se ostentan hoy en los museos de Europa.

Esta misma fábula con poca diferencia creían los griegos, sólo que cambiaban los nombres. Isis según ellos se llamó Io, y esta Io, á pesar de suponerla la muger de Júpiter, la llamaban Io, la casta virgen.

Los Druidas en su altar habían grabado aquella tan sabida inscripción:

VIRGINI PARITURAE
DRUIDES.

Como se ve en todos los pueblos antiguos había la creencia en un libertador y en una Virgen Madre de la cual había de nacer. Pero, prescindiendo de fábulas, existieron figuras que simbolizaban la realidad. En el pueblo hebreo, desde Rebeca la prudente y Raquel la hermosa hasta Judit y Ester ¿cuántos símbolos encontramos que representan la belleza de nuestra Reina? María, la hermana de Moisés, después de quedar sumergidas las temibles huestes de Faraon en las aguas del mar Rojo, eleva un cántico de acción de gracias por haber muerto al enemigo del pueblo de Israel; y María, la madre del Verbo Encarnado sobre las cumbres de Hebron, como citarista celestial, entona aquel majestuoso canto repetido por millares de voces ya en

los suntuosos coros de las grandiosas basílicas, ya debajo de las bóvedas severas de solitarios conventos. La madre de los Macabeos ve morir á sus hijos por la Religión y por la pátria; y María ve morir á su Hijo sobre las cumbres del Gólgota por la salud del género humano.

Pero vengamos á los pueblos posteriores á la Cruz. María en el cristianismo lo llena todo y el arte cristiano podemos decir que es esencialmente mariano.

En la pintura y escultura vemos á María como tipo, pues encontramos su imágen grabada en las catacumbas de santa Inés, en el siglo II, y apesar de los cánones de algunos concilios que, por temor á la idolatría, prohibían las pinturas en las iglesias, luego de acabada la persecucion vemos ya imágenes y pinturas; sobre todo despues del concilio celebrado en Nicea en 787, en que fueron condenados los errores de los iconoclastas. En los siglos posteriores al IV, ya se puede dar noticia exacta de varias imágenes y en nuestra Cataluña podemos citar la de Nuestra Señora de Nuria, llevada por san Gil ántes de terminar la época visigoda, la del Claustro de Solsona, y sobre todo la celeberrima de Nuestra Señora de Montserrat. Desde entónces María es verdaderamente la Reina que inspira á los artistas. El pastor se postra ánte imágen tal vez más devota que bella, encontrada entre los matorrales ó peñas, mientras que el caballero en su castillo procura tener una imágen de la Señora; y los reyes y prelados veneran las que llevan los títulos del Pilar, Mercedes, Desamparados ó Covadonga; no hay apénas casa en el que no se vea la efigie veneranda; no hay iglesia que no le consagre un altar, no hay en ciertos países, como España, calle alguna en la que, dentro de apretado nicho, no aparezca la imágen de María.

La poesía es también mariana. Ya en el siglo V se cree que Fortunato compuso el «Ave Maris Stella,» himno de salutacion con que la Iglesia saluda á María, como estrella de esperanza en este mar proceloso de la vida.

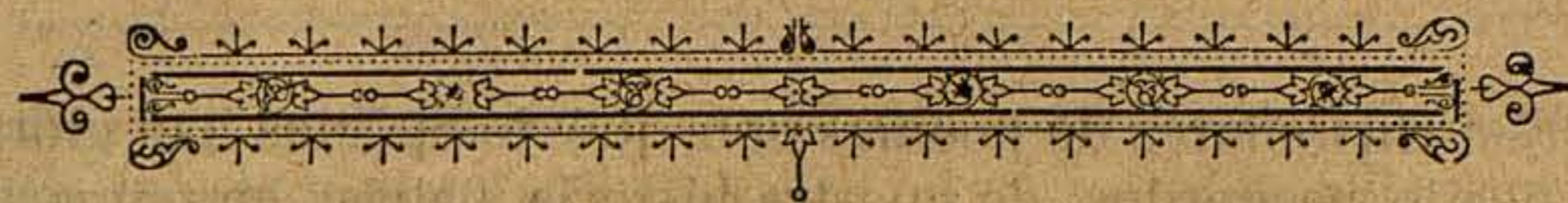
Despues se oyeron las tristes notas del «Stabat mater», sentida elegía de los acerbos dolores de María. Los trovadores, si cantaban á veces trovas inspiradas en los amores vanos del mundo, también hacían vibrar sus cuerdas para cantar á la Señora, y hasta las cántigas de Alfonso X rinden un tributo de reconocimiento y amor á María. ¡Cuántos himnos, como «O gloriosa virginum,» «Quem terra, pontus, sidera,» «Preclara custos Virginum» y otros mil podríamos citar! Es, señores, que María lo llenaba todo; María vivía en el corazón de la sociedad cristiana de la Edad Media, y fué preciso que viniera Lutero con el séquito de desgracias que afligieron á la Europa, para que el arte mariano fuese cayendo en olvido. El protestantismo, favoreciendo el llamado renacimiento, torció el curso del arte que, apesar de los esfuerzos heroicos de artistas como Murillo y Rafael, ha venido decayendo, hasta llegar al extremo en que hoy se encuentra.

Habéis visto, señores, que la esperanza es una virtud; que si todos esperan en algun objeto, nosotros debemos esperar en María, que es tipo real porque existió; perfecto como criatura la más perfecta que salió de las manos de Dios; ideal en cuanto no puede buscarse otro que reúna todas las perfecciones que podría concebir nuestra imaginacion, juntando todas las bellezas creadas; es asquible, pues la hemos visto como tipo de belleza vislumbraada aunque groseramente por los artistas de Roma, Grecia, Egipto y Persia, simbolizado en las nobles matronas del antiguo testamento, copiada despues que existió, y en cuanto fué posible, por los artistas cristianos que intentaban, en vano, grabar en la piedra ó en el lienzo su belleza peregrina, ó cantar sus perfecciones al plectro acordado de la música cristiana, y hemos visto que el decaimiento del arte coincide con el decaimiento del culto de María: ahora bien, ¿nos cruzaremos de brazos?

No, Señora: ahí teneis los frutos de la «Academia» en este año. Bendecid, Señora, á los autores de esas bellas composiciones; vuestro amor inspiró sus cantares y sus

trovas, vuestro amor movió sus pinceles y sus liras: que para ellos y nosotros la fruición de ese amor sea el premio con que recompenseis estos pequeños trabajos, pues para merecerlo os prometemos trabajar incesantemente en propagar vuestras inefables glorias.

HE DICHO.



Número 3.

MEMORIA

DEL SENOR SECRETARIO DE LA «ACADEMIA,»

D. José Antonio Mostany.

Excmo. é Ilmo. Señor.



VEINTICINCO años há que resonara en esta ciudad el grito entusiasta de un hombre providencial, y su mote «Todo para María» ha corrido ya todos los climas en que se habla nuestra lengua, habiendo valido á nuestra cara Ilerda el título de ciudad Mariana la proclamacion de «España, Patrimonio de María», hecha por el humilde fundador de esta «Academia.»

Veinticinco años han bastado para que la semilla de la devocion á María y de la propagacion de sus grandezas oculta en tierra abonada, junto á las riberas del Segre, se desarrollara vigorosa, levantándose de aquel gérmen árbol gigantesco que embellece con su frondosidad todo el Patrimonio Mariano, y para que el feliz pensamiento del fervoroso sacerdote de María quedase realizado en la publicacion de millones de libros escritos en obsequio de su nombre y esclarecimiento de sus virtudes casi infini-

tas; en millares de poemas con qué los poetas han glorificado recuerdos de nuestra historia patria; en numerosos himnos y cánticos sublimes que los artistas músicos han dedicado á la Reina de los coros celestiales, mientras que la escultura ha labrado efigies venerandas, y la arquitectura ha levantado palacios y la orfebrería y artes suntuarias han puesto á contribucion sus obras más preciadas para decorar su trono, coronarla y ofrecerle coronas de oro, símbolos del amor ferviente que ha encendido en todos los corazones, la llama que arde inextinguible en el de esta «Academia.»

Ved aquí la fiesta que celebramos.

Hemos felizmente llegado á las bodas de plata, como se acostumbra decir, de aquel momento dichoso, en qué un sacerdote ignorado de los hombres, pero á quien eligiese la Señora de los orbes por su paladin glorioso, pudiese á sus pies la rendida ofrenda del amor de los españoles, jurándole fe perdurable y poniéndolo todo á su servicio; juramento fielmente cumplido, sin que desde entónces fuese su vida más que un aliento purísimo de su amor, en cuyas aras hiciese el más completo sacrificio de todas sus potencias, dedicándole sin reserva todos sus actos, sus pensamientos y deseos.

Ya veis cómo María sabe corresponder á los que bien la quieren.

La obra de Escolá quedó bajo la protectora égida de María: por eso veis á la «Academia» seguir su curso magistoso, sin vacilaciones en los contratiempos que sufre, presentando todos los caracteres de estabilidad, á pesar de los embates y contradicciones que, como obra de Dios, de todos lados se levantan contra ella.

Y vedla hoy, como en el primer aniversario de su instalacion, congregar á los pies de María á los poetas, pintores y músicos para que con acrecido entusiasmo la ofrezcan el tributo de las flores y frutos más preciosos del arte; y á su voz responden más fervorosas que nunca

las lirás y los pinceles, y en estro sublime cantan á la más sublime de las criaturas.

Y hoy podemos ofrecer á nuestra Madre digna de toda alabanza, las ofrendas de setenta y un autores marianos, prontos á blandir por su dulce prenda las más brillantes armas del arsenal de las musas religiosas, ansiosos de merecer, con el lauro, una mirada bondadosa del Encanto celestial por quien suspiran.

Cincuenta y siete composiciones literarias, dos de pintura y diez de música se han presentado en tiempo hábil para optar á los premios ofrecidos, habiendo quedado fuera de concurso tres composiciones literarias, una de las recibidas en tiempo oportuno por no poder ser incluida en grupo alguno, y las otras dos recibidas, cuando ya el Jurado habia pronunciado su veredicto, lo cual, segun el cartel de este Certámen, las imposibilitaba para ser admitidas en él.

Y pasando ya á dar cuenta, como es de mi incumbencia, del resultado del Certámen ó juicio del Jurado, podré decir que de los ocho premios ofrecidos á otras tantas clases de composiciones poéticas, seis han sido brillantemente disputados, habiendo quedado desiertos el primero y el séptimo, ofrecido aquel al autor de la mejor leyenda en castellano sobre algun hecho realizado por intercesion de Nuestra Señora de la Asuncion de Elche, y éste al de la mejor elegía dedicada á Pio IX.

La última composicion recibida optaba al primero, sintiendo la Comision no poder incluirla entre las de concurso, por prohibirselo terminantemente el programa que es la ley del torneo.

La *Lira de plata*, premio segundo, ofrecido al autor de la mejor oda castellana á Nuestra Señora de Elche, ha tenido cuatro competidores.

El número 23 con el lema, «Pulchra, magna, clemens,» ha merecido ser distinguido con el premio, por reunir, á una correccion esmerada y propiedad intachable, la entonacion que el género requiere, profusion de imágenes

y rasgos poéticos y un arte especial para hacerse agradablemente interesante, aun prescindiendo, como prescinde, del adorno de la rima que tanto favorece al verso moderno.

El número 5, lema «Asumpta est Maria,» ha sido distinguido con mención honorífica.

El premio tercero, *Lirio de plata*, regalo del excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis, ha sido como de costumbre el que ha atraído mayor número de composiciones en competencia para alcanzarlo. Diez y siete, muy variadas en conceptos, géneros y valor poético, se lo han disputado, descollando entre todas ellas el número 21, oda, cuyo lema es: «Tengo celos.» A la esmeradísima corrección de estilo, elevación de conceptos, y bellísimas formas literarias, reúne la expresión sublime de los más tiernos sentimientos hacia la Santísima Virgen, que es condición requerida en el programa, expresando en delicados conceptos toda la fineza del amor en el grado de su lema, con suma originalidad y sin rebuscados efectos.

Tres *accessits* se han concedido á los números 19, 40 y 9, cuyos lemas respectivos son: «Vita, dulcedo et spes nostra,» «¿Cómo no amarte?» y «Fac ut tecum lugeam,» todos de recomendables condiciones, si bien inferiores á la premiada, sobresaliendo la primera por su ingeniosa textura, corrección y propiedad de estilo.

Otras tres composiciones, los números 18, «Yo soy la Madre del amor hermoso» por el mucho y bien empleado trabajo que representa; el 46, «El nombre de María tiene virtud de alcanzar auxilio y vida al que le invoca,» por sus buenas condiciones poéticas, y el 53 «Tu gloria Jerusalem Tu lætitia Israel,» que es una buena colección de octavas reales, se han considerado dignas de mención honorífica.

También ha sido brillantemente disputado en este Certámen el premio de la *Azucena de plata* que ha ofrecido, todos los años, desde su instalación hasta el presente, la

Academia de la Juventud Católica de Lérida. Trece composiciones forman el nutrido coro que canta á la Inmaculada Concepción de María, á quien tiene por patrona la asociación que ofrece ese premio; número que supera en mucho al de las que solían aspirar á él en certámenes anteriores, y de mucho más recomendables cualidades que aquellas; pues que en diferentes ocasiones, como en el concurso del año anterior, no se adjudicó.

¿Acaso los poetas marianos se han fijado este año con preferencia en el premio de la Juventud Católica, porque deba ser éste el último Certámen en que figure la tradicional azucena? ¡Ah! Señora, no consintais tanta desventura! ¡no dejéis perecer al embate de mundanales contingencias lo que fué establecido para atraer desde el centro del mundo, corazones entusiastas en pos de las divinas excelencias de la religión augusta que plantó y regó vuestro Hijo con su sangre! Haced comprender á todos los que luchan en este terreno, la elevada misión y grandiosidad de las obras á que está consagrada la Juventud Católica: dadles fuerzas para proseguirlas sin desfallecimiento y, sobre todo, inspirad á quien puede muy fácilmente devolverle el brillo de mejores tiempos el más acertado rumbo, para contribuir á que esta bellísima asociación persiga sin entorpecimientos, dentro del organismo que le es propio, el fin elevadísimo para que fué instalada.

Dispensad, Señora, que en este día de glorioso triunfo mezcle un eco plañidero á los alegres cánticos de nuestros entusiastas trovadores: es una asociación hermana la que se muere: como esta Academia, os reconoce por su Madre y en vuestro honor ha desplegado sus mejores galas. ¿Podréis dejarla morir? Yo no puedo hacer más que pedir os por su verdadera vida, fecunda y dedicada á vuestra gloria: en vuestras manos queda: ya sé que nos quereis dar lo que más nos acerque á vuestro Hijo.

Y ya sea este él último, ó bien uno de tantos en serie interminable, bien merecido tiene el premio de la *Azucena*

de plata el autor de la composición que lleva por lema «Ab æterno fordinata sum» que canta con propiedad verdaderamente teológica el misterio de la Inmaculada Concepción, y está perfectamente dentro de las condiciones del programa.

Ménos ajustadas al tema, pero con cualidades que las hacen apreciables, las de números 56 y 41, cuyos lemas son «Es tu nombre, María, el primero que pronuncian nuestros labios» y «De María la pureza com l' iman la terra atreu,» han sido distinguidas con accesit, y con mención honorífica los números 10, 43 y 55, sus lemas «Tota pulchra es María et macula originalis non est in te,» «Virgen que el sol más pura» y «Fe y Esperanza.»

Ocho composiciones forman el grupo de las que aspiran al premio de la *Pasionaria de plata y oro*, valioso legado de la gran figura de esta «Academia» y su primero é irremplazable secretario, doctor don Luis Roca.

La de número 35, escrita en correcto y enérgico idioma catalán, muy completa y cortada al patron del cartel de convocataria para este Certámen, composición de mucho aliento y que revela en su autor grandes condiciones para el cultivo de nuestra lengua nativa, con profusion de bellas y atrevidas imágenes y de efectos poéticos muy bien hallados, cuyo lema es, «Attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus,» que narra el poema de los dolores de María en siete cantos, precedidos de una bella invocación y terminados con apropiada conclusión, ha merecido que se le adjudicase el premio: siendo dignas de mención y de que sean conocidos los nombres de sus autores las de los números 14, 15 y 2, sus lemas «Videte si est dolor similis ut dolor meus,» «Amor y martirio» y «Mater dolorosísima, ora pro nobis» catalana la primera y castellanas las dos últimas, que reúnen muy buenas condiciones.

De las dos que han optado al premio de la *Cifra ó Anagrama de plata*, el jurado ha elegido para ser premiada la del número 31, «Tutius exilium pauloque quietius oro,» etc., de buenas condiciones literarias y que expone

con propiedad, al mismo tiempo que con holgada libertad el salmo propuesto en el tema.

Desierto, como queda dicho, el premio séptimo han acudido á disputarse el *Rosario de oro*, octavo y último de la poesía, seis composiciones, cuatro de las cuales, escritas en catalán, se han considerado dignas de ser premiadas. El número 36, lema «¡Oh bell astre de la gloria, tú tan sols nos has salvat!», leyenda sobre la fundación del Santísimo Rosario, enérgica cuando la situación lo requiere, sentida y dulce oportunamente y adornada siempre de giros poéticos, semejanzas y figuras apropiadas, ha obtenido el premio, y accesit las otras tres, que son:

El núm. 6, cuyo lema es, «Dels pecadors amparo y del mon tot reparo,» sobre el mismo tema, de buen corte y bien sentida: el número 11, «Lepant. Regina Sanctissimi Rosarii, ora pro nobis,» vigorosísimo cuadro de la batalla de aquel nombre, sin efectos rebuscados, con naturalidad indisputable, al mismo tiempo que con propiedad y corrección, y el número 27 lema, «Benéhida sia per sempre» preciosa leyenda sobre un milagro de la Virgen del Rosario, flúida, armoniosa y bien trabajada.

A los dos premios ofrecidos á los autores de trabajos en prosa han optado seis composiciones, cuyo grupo es el más notable del certámen, sobresaliendo en su género con indisputable superioridad el número 22, lema, «Palma exaltata.» Memoria descriptiva del Santuario é imagen de Nuestra Señora de la Asunción de Elche, extensa y nutridísima de datos y noticias, todos importantes y muchos curiosísimos que revelan en su autor un trabajo impropio, costoso y asiduo, conocimientos y hábito en las investigaciones históricas y, sobre todo, un afecto sincero á la Virgen Santísima, en cuyo obsequio, tan sólo, y en honor de su «Academia», pueden llevarse á término trabajos de la índole y condiciones del que nos ocupa. Por todos estos motivos ha sido adjudicada á esta Memoria el premio de la *Escribanía de plata*, conquistado justisimamente, aunque sin competencia.

De las cinco que se presentaron para optar á la «*Medalla de plata*,» ofrecida al autor del trabajo en prosa, con libertad de eleccion en la forma, en que mejor se desarrollase el tema, «Influencia de la devocion del Santísimo Rosario en el mejoramiento del individuo, de la familia y de la sociedad en general,» ha merecido el premio el número 51, lema, *Rosa mystica*, trabajo de indisputable mérito literario, extenso, razonado y filosófico, con el cual sólo hubiera quizás podido competir el número 20, lema *Regina Sanctissimi Rosarii, ora pro nobis*, que añade á su mérito absoluto literario el muy recomendable para nosotros de tratar detenidamente algunos puntos de la historia pátria, relacionados con la orden Dominicana y la devocion del Santísimo Rosario en Lérida; pero que no está completamente dentro de las condiciones del programa como la anterior. De todos modos es muy digna de ser conocida, por lo cual, el jurado vería con singular complacencia que la «Academia» en alguna de las múltiples formas de publicidad de que dispone para propagar las glorias marianas, difundiese un libro de tanto provecho como el del lema indicado, y aunque pequeño, ha querido también que, como galardón, pueda tributar el auditorio sus aplausos al aventajado escritor, concediéndole mencion honorífica y publicándose su nombre.

Otra mencion honorífica se ha concedido, y siente el jurado no haber dispuesto de mayor distincion que poderle conceder, al autor de la Memoria número 24, lema, *Y si insistiese en llamar recibiré todo cuánto necesite*, perfectamente dentro del programa, que desarrolla el tema con gran copia de datos, razonamientos y doctrina, y está escrita en buena y correcta prosa.

El primer premio de pintura, consistente en «*Caballete con paleta y pinceles de plata*,» se ha adjudicado al cuadro N.º 1, cuyo lema es *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; lienzo muy bien compuesto, de factura más que regular y dentro del tema; y la «*Medalla de plata*,» segundo premio, al número 2, lema, *Gracias le dá con humildad profunda*.

Las composiciones musicales que, entre las diez que han concurrido al certámen, han merecido ser distinguidas con el premio de la «*Lira de plata*» y dos accesits, son respectivamente el número 7, *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*, bellísima Salve á canto llano y figurado, de verdadero carácter artístico religioso, que se distingue por su género ligado, y revela un profundo conocimiento de la armonía y de los sublimes efectos del canto llano; el número 2, *Maria virgo omni laude dignissima*, que es notable por su mística pureza, sencillez y expresiva dulzura, y el número 4, lema, *Nigra sum, sed formosa*, de un sabor esencialmente religioso, y compuesta con una perfeccion tal en todos los detalles que revelan una mano muy experta en este género de trabajos artísticos.

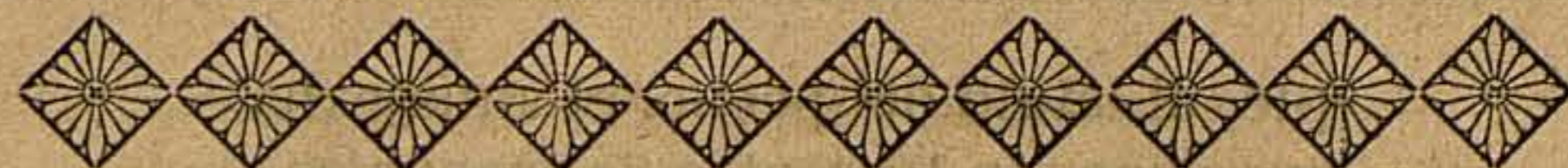
Ved aquí, Señores, el juicio que á los jurados, segun su leal saber y entender, movidos por el deseo del mejor acierto, aspirando sólo á distribuir entre los más dignos de los artistas marianos los lauros que hoy les ofrece su divina Madre, en cuyo obsequio aceptan únicamente sus miembros este honrosísimo encargo, han merecido las setenta y una obras recibidas en el presente certámen.

La «Academia,» llena de satisfacciones por el buen resultado del XXV que celebra, debe aquí hacer público su agradecimiento á los renombrados artistas y maestros músicos, los señores don Francisco Vidal, don Joaquin Zamarra y don Ignacio Simon Pontí, quienes á sus muchos méritos y á los servicios de que les es ya deudora, han añadido en el presente certámen el inestimable de ofrecerle sus profundos conocimientos, su imparcialidad y buen criterio para galardonar las mejores entre las composiciones musicales presentadas, mientras la Virgen Inmaculada les prepara condigno premio á sus relevantes méritos y sacrificios.

Para los poetas, para los artistas y cuantos se interesan por el brillo de estos actos, ofreciendo joyas, presentando trabajos ó disponiendo lo conveniente para que tengan el lucimiento que requiere el sublime objeto á

quien se dedican, eterna será también la gratitud de esta «Academia;» anhelando ya, como todos vosotros, conocer los gloriosos nombres de los autores que han sabido en este torneo arrebatar los artísticos premios, símbolo de los laureles que para ornar sus sienes crecen lozanos en los vergeles de María.

HE DICHO.



Número 4.

À NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCION DE ELCHE.

POR

D. Andrés Blanco y García.



ODA:

Pulchra, magna, clemens.



ARCÁNGEL celestial, que ante el fulgente
trono de Dios, con armonioso acento,
cantas la gloria del Autor del mundo,
tú, que eres digno de ensalzar tan solo
al purísimo Sér que fué sagrario
del Hijo del Eterno, al arpa mia
haz que descienda de tus dulces notas
la ardiente vibración. Quiero el portento
narrar, con voz que los espacios hienda,
de la augusta Señora, que, mostrando
su amor á un pueblo que con fe la aclama,
timbró por siempre su preclaro escudo
del orbe ante la faz. Quiero en mi anhelo

que, al latido del pecho, el alma exhale
su pasión, en torrentes de armonías,
y abrasado de amor santo y divino
digno mi canto del portento sea.

¡Oh, cómo el corazón enagenado
palpita, al desgarrar el velo oscuro
que con mano inclemente el tiempo forma!
Surge el pasado allí radiante y bello,
y de la fe el espíritu, flotando
cual perfume purísimo, el ambiente
de nuestra patria con su aroma llena.
Las graníticas cimas de los montes,
los valles escondidos donde brotan
hermosas flores, de la Virgen guardan
la imagen celestial, y aún en sus templos
parece resonar la voz sentida
del guerrero que, humilde, sus laureles
al pie del ara santa como ofrenda
deponía, ó el gemido del que ansioso
buscaba á su dolor grato consuelo,
á su Reina santísima llamando
refugio de los tristes pecadores.

¡Tiempo dichoso aquel! Ved: entre palmas
que al cielo elevan su gallarda pompa,
y al arrullo del céfiro se mecen,
cual las olas del mar, un pueblo encierra
una joya riquísima que el mundo
jamás otra igual vió. Todo un tesoro
de amor se encierra allí, y entre los rayos
de luz que envuelven su contorno, brilla
el sol de la Verdad, puro y sin mancha,
que el fondo alumbra de la eterna gloria.
Aun allí del pasado la grandeza
se siente palpar, y al ver la imagen
de la Madre de Dios, postra su frente

el mísero mortal, y cual se inunda
el espacio de bellos resplandores,
al asomar la aurora, el alma ufana
de celeste fulgor se llena, y brota
en el pecho un afán profundo, inmenso,
que hace olvidar cuanto en la tierra existe.

¿Y, como no olvidar, si allí patente
el prodigio se muestra? El cielo mismo
quiso premiar la fe con que su sangre
Elche vertió, cuando al combate fiero
sus hijos se arrojaban, desgarrando
del Islam orgulloso la bandera,
y al dulce nombre de la Virgen pura
el de Aragón con entusiasmo unían.
Y, cual rayo de luna que las nubes
rasga y el manto de la noche argenta,
tal de María la mirada hermosa
descendió sobre Elche, y de su cuerpo
dejando en él la imagen veneranda,
unió por siempre con divino lazo
su cariño al del pueblo que la adora.

¡Portento singular! De entre la espuma
de los mares surgió la efigie bella
en noche memorable, como surge
la esperanza en el pecho acongojado.
Bravo doncel con fervoroso anhelo,
sobre dócil caballo tal riqueza
depositó, sintiendo que su alma
en vivísimo fuego se encendía.
Y atrás dejando la quebrada costa
que el mar airado con sus olas bate,
veloz, cual rayo, hácia el verjel hermoso
que aún el árabe llora con ternura,
su rumbo dirigió. Y cuando el alba
su faz mostraba en el risueño oriente

perlas vertiendo de su rico manto,
 Elche feliz, como divina joya,
 la imágen de su Reina recibía,
 en la que quiso recordar el cielo
 de la Madre de Dios la dulce muerte.

Tal la Virgen Maria sus favores
 comenzó á demostrar á los que amantes
 su santo nombre enaltecian. Pronto
 los dónes celestiales de su mano
 pródiga derramó, como rocío
 que á los áridos campos da la aurora,
 y brotó para siempre en su horizonte
 el iris del amor y la esperanza.
 Himnos de gozo el corazon ferviente
 exalaba doquier; el ancho espacio
 las notas de su canto repetía;
 tiernos rumores en las leves ondas
 del viento se esparcian, y extendiendo
 de Aragon hasta el sólio los clamores,
 el noble Rey se proclamó en heraldo
 de aquella Reina, á cuyo nombre augusto
 el mismo sol ante sus pies se postra.

Y al par que el tiempo en su veloz corriente
 la gloria humana en polvo convertía,
 aquel pueblo feliz hácia su Madre
 el amor entrañable acrecentaba.
 De apartadas regiones sus ofrendas
 extrañas gentes á sus pies rendían,
 como signo de fe. Grandioso templo
 la piedad alzó al fin; y entre las nubes
 de blando incienso que en sus naves flotan,
 parece que de arcángeles divinos
 se recaman sus ondas azuladas,
 y la mente exaltada escucha el canto
 de los celestes coros, que responden

al órgano sonoro que en raudales
 desata sus acordes y armonías.

¡Oh! ¡cuánto, cuánto el corazon se engríe
 ante grandeza tal! ¡Cuánto misterio
 que al hombre eleva del terrestre lodo,
 para que en alas de la fe sublime
 huelle el espacio y lo infinito hienda!
 ¿Quién podrá describir el entusiasmo
 que rebosa en el alma de aquel pueblo
 que en la Madre de Dios sus glorias cifra?
 ¿Quién podrá condensar en lengua humana
 las gracias mil que la celeste Reina
 benigna manda al corazon del hijo,
 cuando, lleno de angustia, sus pesares,
 entre las gotas de su amargo llanto,
 le cuenta junto al ara bendecida?
 ¿Quién del arpa en las ténues vibraciones
 expresará la dicha de que se inunda
 el pecho estremecido, cuando late
 cabe el altar, donde la santa Virgen
 parece adormecerse entre querubes?

¡Nadie, nadie podrá! Siglos y siglos
 ha ya que la piedad ferviente y pura
 forjó á su Reina espléndida corona
 con suspiros de amor. Lleno de saña
 el error, con aliento pavoroso,
 se afana y lucha por secar las flores
 de tan rica diadema. ¡Empeño vano!
 Cuando á los aires lanza el bronce herido
 su ardiente vibracion; cuando se escuchan
 los populares cantos que se pierden
 en el bosque ondulante de las palmas;
 cuando la imágen de la Virgen bella
 acude á la memoria, nuevos bríos
 la sangre inflaman, y el ardor creciente

que por las hondas fibras se difunde,
 es muro do el error su fúria estrella,
 y el nombre de María, victorioso,
 mil lenguas con afan dicen y aclaman.

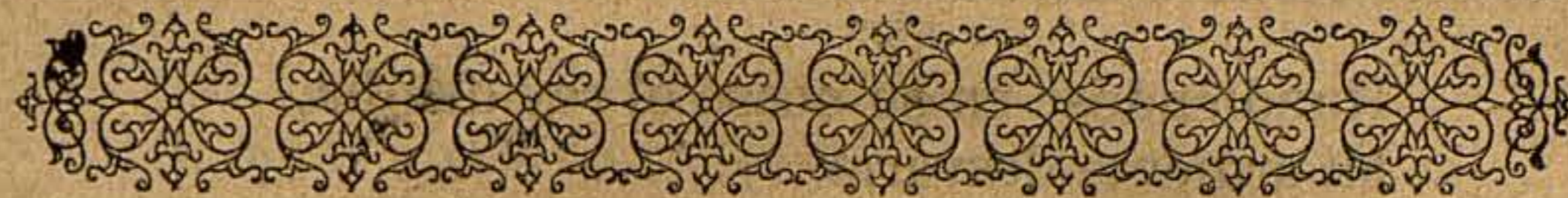
¡Ah! ¡cuánta admiracion! Venga el que sienta
 en el alma la duda, el que atrevido
 niegue al Supremo Sér. Venga, y la urna
 al ver de aquella excelsa Soberana;
 al mirar el fervor de todo un pueblo
 que llora y canta, que palpita y gime,
 de rodillas caerá. La fe esplendores
 tiene que no se amenguan, cuando el foco
 de la Madre de Dios el soplo enciende.
 La oracion es fragancia que, naciendo
 en el fondo del alma, al cielo sube,
 y al aromar los ámbitos del mundo,
 llega hasta el trono del que en gloria inmensa
 vela su Sér á la razon del hombre.

Elche feliz: si tu nobleza admiro,
 tambien aplaudo tu fervor. Los ojos
 vuelvo á tí, lleno de entusiasmo ardiente,
 y te contemplo grande, cuando humillas
 tu cerviz ante el sόlio de tu Réina.
 Viento de tempestad pasará en vano
 por tu historia inmortal, sin que tus timbres
 consiga deslustrar solo un momento.
 Tú siempre te alzarás sobre los siglos,
 como las palmas mil que te circundan:
 que si la fe tus obras edifica,
 lo que nace del cielo siempre vive,
 y tu fama, al arrullo de la gloria,
 llenará la extension del ancho mundo.

Y Tú, Madre amorosa, Virgen santa;
 Tú que en fausto momento tus favores

sobre Elche derramaste, y el recuerdo
 de tu ASUNCION divina allí esculpiste;
 Tú que benigna su plegaria escuchas,
 y enjugas de su pecho el triste llanto,
 oye tambien mi voz. Á Ti pretende
 subir el canto de la lira mia,
 con el fervor del alma que te adora;
 acógelo piadosa en tu regazo
 que es tesoro de amor; tus sacros dónes
 haz que lleguen á mí, cual rayo puro
 de un sol que nunca su esplendor amengua,
 para que siempre con ardiente anhelo
 pueda mi acento bendecir tu nombre:
 y cuando el soplo de la muerte abata
 la flor de mi existencia, entre tus brazos,
 que son de gracia inagotable fuente,
 recibe con amor mi último aliento.





Número 5.

A LA VIRGEN MARÍA.

POR

D.^a Trinidad Aldrich y Pagés.



Tengo celos.....



STRO de amor, Estrella immaculada,
Blanquísima Paloma;
¿Me escucharás, si te hablo, Reina amada,
Del cariño filial el dulce idioma?
Sonreirás acaso, madre mía,
Con esa deliciosa
Sonrisa que ilumina hasta á los cielos,
Si te vengo á decir que estoy quejosa,
Porque de tanto amarte.... tengo celos?

Cuando pienso que estoy de ti apartada,
Y los cansados ojos
Alzo al cielo de lágrimas preñados;
Y allí, á veces, en medio de los rojos
Fulgores que despide vacilante,

Hundiéndose en su ocaso el rey del día,
 Mi ardiente desvario
 Me presenta tu imágen soberana,
 En ondas de armonia y luz envuelta;
 Pura como el rocío,
 Que esmalta al lirio azul por la mañana:
 Agraciada y esbelta,
 Cual palma que, gentil, crece lozana,
 Y erguida entre olas de abrasada arena,
 Alza al cielo la frente soberana:
 Sonriente y vaporosa,
 Como en sueño castísimo de amores:
 Delicada, cual tímida azucena
 Que su cáliz inclina temblorosa:
 Pudorosa, cual tierna sensitiva....
 Entonces Madre.... ¡siéntome envidiosa!
 ¿Sabes porqué? Porque les tengo celos
 A esos astros que, en luz fulgente y viva,
 Circundan tu alba frente:
 A ese azulado manto
 Que rozas con tu rúbia cabellera,
 Y parece aumentar el suave encanto
 De tu faz candorosa y hechicera;
 A esa Luna gentil, que se estremece,
 De inmenso goce, al peso de tu planta;
 A ese sol que, al vestirme, se embellece!
 Tengo celos del ángel venturoso
 Que, absorto al contemplar belleza tanta,
 De gozo se extasia:
 Del eco que repite cadencioso,
 En sus ondas sonoras,
 Tu idolatrado nombre, Madre mia!
 Celos le tengo á la nevada nube
 Que sirve de dosel á tu hermosura;
 Al ardiente querube
 Que bebe de tus ojos la luz pura;
 Y al ver allá en Belen al Santo Niño

Que reposa en tus brazos virginales,
 Al abrigo feliz de tu cariño,
 Al calor de tus besos maternos,
 Mirándolo en tu seno reclinado,
 ¡Qué envidia le tendria,
 Si en aquel tierno infante delicado
 No viera al Salvador del alma mia!

Por eso yo sin tí no tengo calma:
 Santa Virgen, mi bien, alma de mi alma:
 No me niegues tu amor y tus consuelos
 Por esos locos celos,
 Que propios son de espíritus menguados:
 Porque dime: ¿No son los pequeñuelos,
 Madre del corazon, los más mimados?

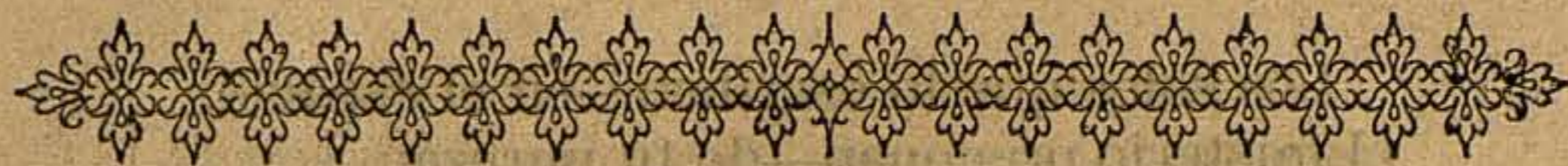
¡Ay! Tú sabes muy bien lo que te adoro:
 Tú sabes que tu nombre bendecido
 Debió brotar, cual místico perfume,
 Entre el rumor de mi primer gemido.
 Tú lo escribiste en caracteres de oro
 Sobre mi corazon, Madre querida.
 Tú sabes la ansiedad que me consume;
 Porque ya, en los albores de mi vida,
 En tanto que mi madre me arrullaba,
 Como un eco del cielo desprendido,
 Ese nombre dulcísimo á mi oído
 El ángel de mi guarda murmuraba,
 Para grabarlo en mí profundamente.
 ¡Oh! Feliz, Madre mia, el que no escucha
 Otra voz que esa voz aquí en la tierra:
 Aquel que, ageno á la mundana lucha,
 Rompe, niño, la carcel inclemente
 Que su espíritu encierra,
 Y en alas del deseo y la ternura
 Llega hasta Tí, y contempla tu hermosura
 Con limpio corazon y alma inocente.

¡Oh! ¿Porqué lloras: madre desolada;
 Henchida de dolor, pálida, yerta
 Ante la abandonada
 Mortuoria cuna que dejó desierta
 Esa prenda de amor que huyó del suelo,
 Si su alma pura, cual la luz del día,
 Rompiendo con afán terrenos lazos,
 Errante golondrina,
 A su patria inmortal remontó el vuelo,
 Y al entrar en el cielo,
 La santa Virgen le estrechó en sus brazos.
 Cariño como aquel ¿quién se lo diera?
 ¿Quién sus sienas ciñera
 Con guirnalda de angélica pureza?
 ¿Quién podría inundar su tierna vida
 De dicha indefinida,
 De luz, amor, perfumes y belleza?
 ¡Oh! Los niños no mueren,
 Porque son de la Virgen los amores:
 Ella elige entre todos los que hieren
 Sus dulces ojos con más puro encanto,
 Deposita en su frente casta y bella
 Aquel ósculo santo,
 Que su inmortalidad sanciona y sella;
 Y apoyados, con plácido abandono,
 En sus brazos de nieve y de jazmines,
 Los lleva al pié de su fulgente trono,
 Cual cohorte de bellos serafines.....

Dame de esos infantes la inocencia,
 La sencillez de su mirar sereno,
 Y llévame de Dios á la presencia,
 Inclínada, como ellos, en tu seno!
 Les tengo celos, Madre... cuando veo
 Tan mezquino mi sér! ¡Que triste quedo!
 Porque siempre te llama mi deseo
 Y ni escuchas mi voz ni verte puedo.

¡Oh! Que no diera el corazón cansado,
 El alma que ha luchado,
 Por recobrar de la niñez los días!
 Acíbara si quieres mi existencia
 Del pesar con las crueles agonías:
 Déjame abandonada,
 En medio del dolor, cual nave rota
 Entre las olas y el crujir del trueno:
 Destroza en mil girones,
 Y arrastra si te place, por el cieno
 Mis ensueños, mis bellas ilusiones:
 Y en la amargura cruel del abandono,
 Y del crudo pesar en la agonía,
 Y entre las luchas del mortal encono
 Bendeciré tu nombre, Madre mía!
 Mientras quieras volverme, en dulce pago,
 Esa dulce inocencia que te encanta,
 Ese perfume vago
 Que el corazón te roba, Virgen santa:
 Mientras tenga, algún día, allá en los cielos
 Bajo tu manto azul tierna acogida,
 Y acalles, de una vez, mis locos celos
 Con ósculo de amor, Madre querida!





Número 6.

A MARÍA SANTÍSIMA.

POR

D. Andrés Blanco y García.



Vita, dulcedo et spes nostra.



¿Qué diré á tu grandeza,—Virgen María?
¿Qué te diré en mi pobre,—sentido canto,
si aun que el pecho rebosa—fe y alegría,
no tiene dulces sonos—el arpa mia,
para expresar en ellos—tu inmenso encanto?

Dáme de tu corona—solo un destello
que encenderá en el alma—luz esplendente;
dáme la voz sonora—del ángel bello,
é imprimiré en mi trova—divino sello,
y expresaré la dicha—que el pecho siente.

¡Cuán hermoso es tu nombre!—¡Cuánta dulzura
encierra, como esencia—de amor fecundo!
Él es simbolo santo—de la ventura;
él borra los pesares—y la amargura,
y cual signo de gloria—lo aclama el mundo.

Los soles que lo escriben—en el espacio,
el misterio pregonan—de tu pureza;
y sus orlas brillantes—de oro y topacio
forman entre las nubes—rico palacio,
do se encierra el tesoro—de tu belleza.

De la dulce sonrisa—de Dios naciste,
para ser ornamento—de su corona;
del jardín de los cielos—la rosa fuiste,
y al entreabrir el cáliz—tu aroma diste
que perfumó la tierra—de zona á zona.

El mismo Sér Divino—de gozo lleno,
al ver en Ti el reflejo—de sus fulgores,
de su esencia el sagrario—forjó en tu seno,
para que de él brotara—puro y sereno
un Sol que nunca apaga—sus resplandores.

Y los coros celestes—Reina y Señora
del cielo y de la tierra—te proclamaron;
rodó por los espacios—su voz sonora,
y á la creacion gigante—y encantadora
las notas de sus liras—entrelazaron.

¡Oh, cómo henchida el alma—de amor, ansia
volar hasta tu sólio—para adorarte!
¡Cuál huye de la mente—la duda impía,
brotando por doquiera—luz y armonía,
para que el hombre pueda—libre ensalzarte!

¿Cómo nó, si Tú eres—puerto sagrado,
donde el faro se ostenta—de la esperanza,
cuando al hinchar sus olas—el mar airado,
el bajel de la vida—surca azotado,
y entre hirvientes espumas—gira y avanza?

¿Cómo nó, si Tú eres—puerta del cielo,
tesoro de amor santo,—de gracia fuente,
arca de la alianza,—gloria y consuelo,
y el mortal en Ti cifra—todo su anhelo,
y su goce en Ti funda—la ansiosa mente?

Desde niño, tu nombre,—Virgen amada,
en mis empresas todas—fué siempre el lema,
y al pasar mi inocencia,—hoy tan llorada,
tu imágen en mi pecho—quedó grabada,
cual de un amor dichoso—sagrado emblema.

Y te sigo adorando,—como se adora
lo que es excelso, grande,—puro, infinito;
y cuando el alma triste—de pena llora,
tu proteccion sublime—rendida implora,
y á tus divinas plantas—eleva el grito.

Gozoso te consagro—mi pensamiento,
mi pecho te bendice,—mi voz te aclama,
humillado te pido—paz y contento,
contigo se ennoblece—mi sentimiento,
y arde en mis hondas fibras—vívida llama.

Todo mi sér ocupas,—vives conmigo;
en tu sacra belleza—yo me recreo;
siempre en mis alegrías—eres testigo;
en los fieros dolores—busco en Ti abrigo,
y á donde van mis ojos—tu gracia veo.

Jamás, jamás me sácio,—Madre querida,
de amarte y bendecirte—con toda el alma;
Tú eres mi luz, mi gloria,—mi bien, mi vida,
en tu mano amorosa—tengo mi egida,
y anhelo hallar contigo—la eterna calma.

Eres pura y sin mancha,—como la nieve
cuando descende en copos—desde las nubes;
dulce, como el arrullo—del áura leve;
casta, como las flores—que el viento mueve;
tierna, como un suspiro—de los querubés.

Te miro entre los rayos—de la alborada,
de las ocultas selvas—entre las frondas,
en el cáliz que ostenta—flor perfumada,
en la fuente, en los prados,—en la enramada,
y en el rio que extiende—sus claras ondas.

Porque todo refleja—tu galanura,
 porque todo respira—tu dulce aliento:
 los astros son espejo—de tu hermosura,
 el sol bebe en tus ojos—su lumbre pura,
 y tu manto es la gasa—del firmamento.

Por Tí la inteligencia—su linde extiende,
 y de la fe en las alas—á Dios se eleva;
 por Tí en fuego el poeta—su pecho enciende,
 y del arpa la nota—que se desprende
 en sus vibrantes sonos—tu encanto lleva.

No existe para el alma—dicha cumplida,
 si tu amor no la llena—con su tesoro:
 si un instante ocultaras—tu luz querida,
 un páramo desierto—fuera la vida,
 un piélago infinito—de amargo lloro.

Oh, Virgen sacrosanta,—sol de mi anhelo,
 iris de inmenso encanto—que siempre brilla,
 lazo de union perpétua—de tierra y cielo,
 refugio donde el alma—templa su duelo,
 de la gloria y del orbe—la maravilla;

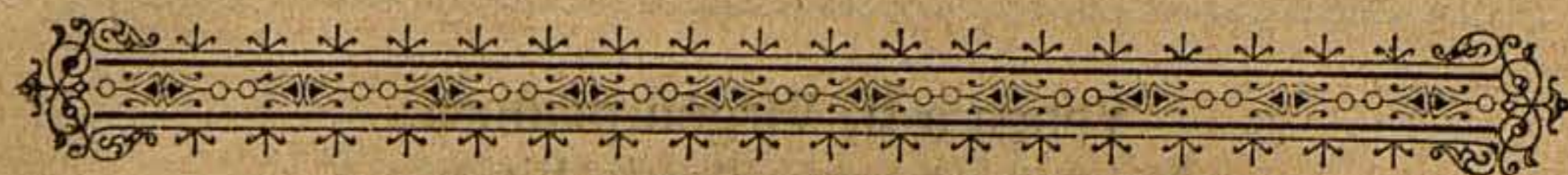
Bendita Tú mil veces:—tu hermoso nombre
 los ángeles celebren—con dulce canto;
 repítalo doquiera—gozoso el hombre:
 y al resonar sus himnos—Luzbel se asombre,
 y tiemble en sus cavernas—lleno de espanto.

Bendita Tú, mil veces,—y el orbe entero
 con los rayos se alumbre—de tu belleza:
 de mi pecho el cariño—grande y sincero,
 como incienso fragante,—suba ligero
 hasta el fulgente sólio—de tu grandeza.

Dáme tu gracia pura,—Virgen Maria;
 dáme tus dones santos,—Madre amorosa;
 aparta de mi pecho—la duda impia;
 desciendan tus eflúvios—al alma mia,
 para que amarte pueda—siempre dichosa.

No ambiciono del mundo—los oropeles
 que ocultan con su brillo—mortal veneno;
 sólo encierran espinas—nuestros vergeles;
 yo no quiero en mis triunfos—otros laureles
 que los que puros guarda—tu casto seno.





Número 7.

¡YO TE AMO!

POR

D. Juan B. Allés y Albast, Presbítero.



¿Cómo no amarte?



MARÍA, dulce Señora,
Puerto de plácida calma,
Sonrisa eterna del alma
Que, por su dicha, te adora:
Permíteme que, llegado
A este tranquilo rincón (1),
Donde encuentra el corazón
El bienestar suspirado;
Y al bañarme en el ambiente
Y deleitosa fragancia
De recuerdos de la infancia
Que refrigeran la mente,

(1) Pátria del autor.

Venga á tí, Virgen piadosa,
Y á tus pies puesto de hinojos,
Busque de tus dulces ojos
La mirada cariñosa.

Porque sólo en tu presencia
Hallo la divina flor
Que embalsamó con su olor
Los días de mi inocencia.

Hablando contigo á sósas
Sacio mi sed de ternura;
Aquí está la fuente pura
Que al alma envía sus olas.

Aquí me siento volver
A los infantibles días,
Y hallo suaves alegrías
Que regeneran mi sér.

Y como en tiempos mejores,
Cuando, azucena en capullo,
Se abría el alma, al arrullo
De tus celestes amores,

Quiero, con el desaliño
Que al corazón mejor cuadre,
Contigo hablar, dulce Madre,
El lenguaje del cariño.

Quiero decirte que ignoro
Cuando á amarte comencé....
¿Eso qué importa, si sé
Que sin límites te adoro?

En la penumbra indecisa
Que envuelve la edad primera,
Veo cual ródia hechicera
La lumbre de tu sonrisa.

Y cual pinta el sol naciente
Paisajes de oro y topacio
En la tela del espacio
Que extiéndese por Oriente,

Así, escudo de inocencia,
Tu amor embellece y pinta
Con pura y mágica tinta
La aurora de mi existencia.

Si recuerdo con placer,
Del crepúsculo en la calma,
Y aun beso con toda el alma
La imágen de una mujer;

Si en dulce ilusion arguyo
Oír su voz todavía,
Y estremece el alma mía
Aquel timbre sólo suyo;

Si con suprema delicia
Que en el corazón no cabe,
Y el labio expresar no sabe,
Siento que ella me acaricia:

Es que en mi piadoso anhelo
Que tanta ventura encierra,
Con mi madre de la tierra
Veo á mi Madre del cielo.

Si, á un tiempo, llamo á las dos
Con el más sabroso nombre
Que pudo inventar el hombre,
Y quizás el mismo Dios,

Es que con estrecho lazo
Miro á las dos siempre unidas,
Y en una las dos fundidas
Dentro del alma yo abrazo.

Es que no puedo pensar
En la madrecita aquella
Que, casta, sencilla y bella,
Fué la dicha de mi hogar,

Sin que mi triste memoria
¡Oh, Reina de Serafines!
No consueles é ilumines
Con un rayo de tu gloria.

Ni hasta tí nunca dirijo
 Consoladora oracion,
 Sin que lleno el corazon
 De las ternuras del hijo,

No recuerde á la mujer
 Que, á tus plantas de rodillas,
 Me contó las maravillas
 De tu amor y tu poder.

A la que cabe las gradas
 De tu concurrido altar,
 Me enseñó luego á rezar
 Con las manitas plegadas;

Y balbucir ya logrando
 Tu nombre, en dulce embeleso,
 Un beso tras otro beso
 Me iba en las mejillas dando.

Por eso, cuando del mundo
 Huyendo el ronco fragor,
 Cruzo del monte el verdor,
 O bajo al valle profundo,

Donde en grata soledad
 Se abre, cual rosa temprana,
 La aromosa flor lozana
 De tu célica beldad,

La encuentro tambien allí;
 Y no son mis oraciones
 Sino de dos corazones
 Eco que vuela hasta tí.

Siempre que mi lira brota
 En tu obsequio algun sonido,
 Con él vibra confundido
 El nombre de tu devota,

Que con su sangre, cual creo,
 De tu devocion me dió
 La dulce leche, que yo,
 Sin cansarme, saboreo.

Ella, cual suave ambrosía
 Hince el corazon amante;
 Ella al labio suspirante
 Sabroso frescor envia.

Ella, bálsamo precioso
 Que fluye dentro del alma,
 Secretos dolores calma
 Y ofrece blando reposo.

Ella, cual fresco rocío,
 Vida y gloria de las flores,
 Hace que castos amores
 Brote sólo el pecho mio.

¿Cómo no amarte, oh María,
 Si esta vida que yo tengo,
 Y á ofrecer á tus pies vengo,
 Es más tuya que no mia?

¿Cómo no amarte, si fuera
 Y dentro de mí y por dó quier
 No acierto otra cosa á ver
 Que tu imágen hechicera?

¿Si los punzantes abrojos
 Que me van á lastimar
 Los sabe en flores trocar
 La blanda luz de tus ojos?

¿Si nube que tapa el sol
 De fuego y rayos preñada,
 La convierte tu mirada
 En sonrosado arrebol?

¿Si, cuando en la noche oscura
 Del dolor perderme espero,
 Vienes tú, alegre lucero,
 A anunciar el alba pura?

¿Cómo no amarte, si el mar,
 Tierra, cielo, plantas, flores,
 Sol, estrellas, ruisseños
 De tí me hablan sin cesar?

¿Si, cuánto de puro y bello
Al rededor de mí vive,
Y cuánto el alma concibe
Lleva de tu amor el sello?

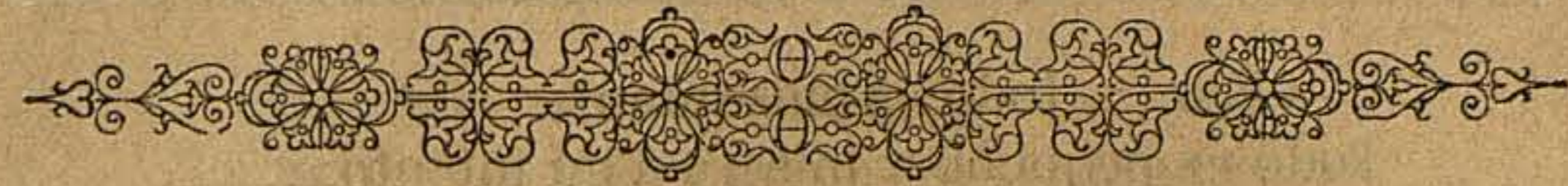
¿Si, guardada en el rincon
Del pecho fiel que te invoca,
Eres panal á la boca
Y ventura al corazon?....

Y al amarte, Madre mia,
Con el más intenso ardor,
Aun deseo que ese amor
Se avive más cada dia.

Quiero amarte, cual no sabe
En el mundo el hombre amar;
Quiero mi pecho abrasar
En llama tan pura y suave.

De tu rostro encantador
Mientras la beldad no vea,
Quiero que mi vida sea
Sólo un suspiro de amor.

Y, mientras de mi existir
Se va el término aplazando,
Vivir quiero, suspirando,
Y suspirando.... morir.



Número 8.

Á LA VIRGEN MARÍA.

POR

D. Amenodoro Urdaneta.



Fac ut tecum luceam.



No quiero los primores
De la luz, que risueña se pasea
Sobre lechos de flores,
Y esparciendo doquier vida y colores,
Con blando aliento la campiña orea.
No quiero el dulce canto
Del pintado turpial en la espesura;
Ni el misterio y encanto
Del impalpable y estrellado manto
Que tiende en la Creacion la noche oscura;
Ni el velo de esmeralda
Que ufano ostenta el empinado monte;
Ni la florida falda;
Ni los celajes de carmin y gualda
Que forma el sol bajando al horizonte.....

—Eso..... todo es mezquino!
 Todo es pequeño y misero á mi intento....
 ¡Dad un pincel divino
 Y alas de luz al débil peregrino
 Que del eterno amor vive sediento!

—Quiero cantar *Aquella*
 A quien el ángel prosternado adora:
 La celestial *doncella*
 De este iracundo mar *iris y estrella*,
 Y del eterno sol eterna *aurora*.

Del *serafín* el vuelo
 Dadme; porque no basta á gloria tanta
 La inspiracion del suelo.....
 Para cantar la *Emperatriz* del cielo
 Es preciso aspirar el aura santa:

Huir del infecundo
 Espíritu de lodo y la materia:
 Desprenderse del mundo:
 Volver la faz de este lugar profundo
 Donde moran la muerte y la miseria.....

—¿Qué valen, claro río,
 Tus brisas, tu frescura tu corriente,
 Tu grato murmurio,
 Ni tú cristal para el asunto mio,
 Que es todo luz y amor omnipotente?

Amor que no perece:
 Luz que nunca se amengua ni disipa
 Ni en sombras se oscurece;
 Amor que no delira ni enloquece,
 Porque de lo mortal no participa.

¿Qué son, risueña aurora,
 Tu rosa y tu jazmin, para el semblante
 De aquella *Gran Señora*?
 ¿Ni á su acento qué son, ave canora,
 Tu dulce voz, ni tu querella amante?

¿Qué son, nieve cuajada,
 Tu brillo y tu esplendor, para la albura
 De la veste sagrada,
 —Símbolo de una vida immaculada—
 Que lleva aquella *expléndida criatura*?

—Si en éxtasis divino
 Los ángeles la miran; si los Santos
 En el suelo mezquino
 No hallaron un lenguaje peregrino
 Digno de su virtud y sus encantos;

Si esa *Virgen* bendita
 No cabe en la razon ni humana ciencia;
 Si en el *Empíreo* habita,
 Y del Dios que los siglos precipita
 Es madre, y es bondad y es providencia;

Si el *querubin* es sombra
 Ante su hermosa faz; si con la planta
 Pisa la eterna alfombra
 De rosas y de luz; y si la nombra
 El Padre «la más bella y la más santa.»

Si el tiempo es punto breve
 De su vida inmortal, y son los dias
 Como corriente leve
 Que, murmurando, apénas si se atreve
 A unirse á las celestes salmodias.....

¿Qué podrá el rudo canto
 Del débil peregrino, cuyos ojos
 Vela el luctuoso manto
 De lo flaco y carnal, y en hondo espanto
 Entre zarzas camina y entre abrojos?

—¿Cómo, pues, tu pureza
 Cantar con labio impuro, Madre mía?
 Ni cómo tu grandeza
 Quien es gusano vil, y en su bajeza,
 No halla digna de ti ni una armonía?

—Oh torre fabricada
De la excelsa humildad sobre el asiento:
Oh, *lámpara sagrada*:
Oh, *Virgen*, por los mundos alabada,
Que tienes la piedad por solo aliento:

Puerto de bienandanza;
Nubecilla fecunda del Carmelo;
Iris de paz y alianza,
Que de la tierra al infinito alcanza;
Esclava del señor ¡Reina del Cielo!

Vuelve los dulces ojos
Vuévelos, *Madre*, y á tu siervo mira,
Implorando de hinojos
Un dulce acento de tus lábios rojos,
Para sanar el aire que respira.

Sin tu favor no espera
Cantar tu santidad mi alma mezquina.....
¡En la sagrada hoguera
Quien abrasar y consumir pudiera
Tanta insana pasión que nos fascina!

¡Tanta visión ardiente
Que finge un cielo..... y quema la pupila!
Tanta ilusión riënte
Que abrasa el corazón, besa la frente.....
Y luego los sacude y aniquila!.....

Mas.... ah!—Si tu lo quieres
Yo te puedo cantar.....—Pues Tú, *Señora*,
Portento de Dios eres.....
Oh! *Bendita entre todas las mujeres;*
Sé de mi pobre canto Protectora.

Si el milagro es tu esencia,
Si eres *crystal de Dios*, donde se mira
Su infinita clemencia,
Lanza un fulgor de la creadora ciencia
A este tu siervo que á cantarte aspira.

Pero, no de tu gloria,
Porque puedo morir, me des un lampo:
Vuelve á tu humana historia,
Cuando hollabas con planta transitoria
Del combate mortal el rudo campo.

No quiero aquellas horas
Que en la *Sagrada Infancia* se pasaban
Dulces y encantadoras,
Cuando á verte bajaban las auroras
Y á tu paso las palmas se inclinaban:

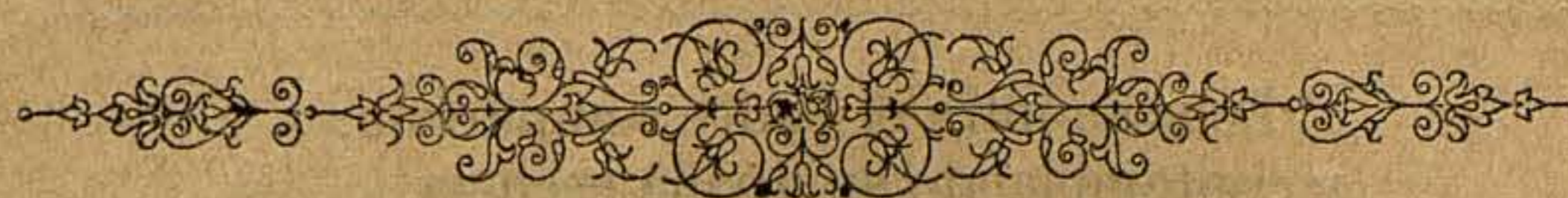
No quiero los portentos
Que en la Naturaleza se veían,
Cuando los elementos,
Y cielo, y tierra, y sol, mares y vientos
A la voz de Jesús obedecían

No me des el fecundo
Espíritu de luz y de hermosura
Con que llenaste el mundo.....
Quiero otra prenda de tu amor profundo:
Dame el santo licor de tu amargura.

Mi sér, ó *Madre mía*,
Unge con una lágrima de aquellas
Que, en el tremendo día
En que el *Divino Redentor* moría,
Afligieron al sol y las estrellas.

Madre de los que lloran,
Yo soy el más indigno, soy un triste
De aquellos que te adoran,
Y confiados, tu piedad imploran.....
Que así en tu inmenso amor lo prometiste.

Con tu divino llanto
Da alimento y fervor al rudo verso
De mi insonoro canto,
Y tendrá más virtud y más encanto
Que el encanto y virtud del Universo.



Número 9.

Á LA CONCEPCION INMACULADA
DE MARÍA.

POR

D. Andrés Serrano y García.



ODA.

Sub aeterno ordinata sum.

CANTARÉ alegremente, Virgen pura,
si algun destello tu esplendor me envia,
tu feliz Concepcion immaculada.

Quando del cielo en la inmortal altura
la gasa azul aun no resplandecia,
ni ostentaba la estrella nacarada
su faz iluminada;
antes que el monte al suelo con la planta
besase, y con la cumbre el alto cielo,
y en el espacio su anhelante vuelo
la tierra alzase, y entonara santa
cancion la mar alborotada y fiera,
con Dios María Inmaculada era.

Feliz se mira el Padre sempiterno,
y contemplando su divina esencia,
ve en el augusto seno iluminado
su imágen santa, que es el Verbo eterno;
y por tierna, amorosa complacencia
procede amante Espiritu Sagrado.
En consejo elevado
el Trino Dios su gozo difusivo
llevar decide al seno de otros seres
que gocen de su dicha los placeres;
y, dóciles al eco imperativo,
del cáos, entre nubes y arreboles,
se levantan los mundos y los soles.

Su rey tendrán, que en la divina mente,
encanto es ya del Verbo soberano,
quien por la bella, humilde criatura
tan puro amor enardecido siente;
que resuelve vivir con el humano
y su carne tomar por vestidura (1).
¿Pero será tan pura
que de Dios al Espíritu no ofenda?
Pura y hermosa está ya concebida,
y cuando el fuego de la humana vida
con el soplo creador su faz encienda,
de Dios la dicha gozará en el suelo,
respirando la atmósfera del Cielo.

Será la afortunada criatura
el asilo de cándida inocencia,
y honor le prestará respetuoso
dócil y complaciente la natura:

(1) Alúdese á la bellissima sentencia de Escoto y otros gravísimos teólogos, cuya probabilidad admite también el Doctor Angélico, (Sent. III, dist. 1, quast. 1, art. 3) según la cual Dios, en la primera intención que tuvo de comunicarse á las criaturas, y antes de la prevision del pecado, decretó ya la Encarnacion del Verbo, movido por la excelencia de tan alto misterio. (Suar., De Incarnat. Disput. V.)

ni temores, ni envidia, ni dolencia
su calma alterarán, ni su reposo.
Como el sol luminoso
que elevado del mundo, en la montaña,
despidiendo vivísimas centellas
se eleva ardiente, y con sus luces bellas
de suave claridad el mundo baña,
tan puro á Adán salir veo inocente
de las manos de Dios omnipotente

Mas.... ¿cómo en llanto abrasador deshecho
su faz oculta y del Señor se esconde?
¿Por qué la calma del Eden se ahuyenta?
¡Ay! llamarada levantó en el pecho
la rebelion satánica: ¿y en dónde
lavar podrá su criminal afrenta?
Su desgracia cruenta
llora, de Dios oyendo los rigores:
»Pues que tu mala voluntad lo quiso
»desterrado serás del Paraiso;
»con sudor comerás y con dolores
»parirá la mujer: tu descendencia
»sufrirá de tu culpa la dolencia.»

Ya la fatal condenacion el Padre
quiere sellar con voluntad divina.
Mas ay! de su Hijo entre la espúrea gente
contempla con dolor la dulce Madre.....
¿Y ella también—exclama—entre la ruina
mortal perecerá? ¡Nunca!! ¡detente,
venenosa serpiente!
Yo entre tí y la mujer pondré rencores,
tu cabeza herirá débil doncella;
del mal la libraré, verán en ella
de mi seno divinos resplandores,
y á su espíritu puro el Amor mio
mis gracias le dará y mi poderío.

Los ángeles altísimos que vieron
 en el seno divino su retrato,
 del portento de gracia se admiraron:
 Postrados, Virgen Santa, te rindieron
 el culto de su amor férvido y grato,
 y alegres por su Reina te aclamaron.
 El cántico entonaron
 que el mundo todo en tu loor eleva;
 y al ver en tí, purísima Señora,
 la Madre de los hombres salvadora,
 pura cual Ángel y mujer cual Eva,
 tan grande fué del cielo el alborozo
 que, si es posible, se aumentó tu gozo.

Virgen; sagrada Virgen, victoriosa
 tu concepcion anhelan las edades,
 y en símbolos te miran retratada.
 El arca del diluvio venturosa
 del castigo de innúmeras maldades
 libre flotando, la paloma alada
 con la oliva sagrada
 limpia volando sin manchar la pluma,
 la escala de Jacob, la venerable
 arca de la alianza, la inmutable
 del norte Estrella y la celeste bruma,
 figuras son, como la erguida palma,
 de la limpia pureza de tu alma.

Imágen tuyas son, Virgen María,
 la Rebeca gentil, Raquel la bella,
 y Dévora valiente, y Sara anciana,
 la casta Ruth, y la fecunda Lía,
 y Esther, la hermosa y virginal doncella,
 la sabia Abigail y la Susana
 jamás, jamás liviana:
 Judit la fuerte que á Holofernes fiero
 la cabeza cortó con osadía,

y Jahel que á sus plantas abatía
 la soberbia de Sísara altanero,
 son un celage á tu sin par belleza,
 y un átomo de luz á tu pureza.

En el albo lirio y en la blanca nieve,
 en el iris de vívidos colores,
 del sol en el destello luminoso,
 de la pálida luna en la luz leve,
 de la aurora en los puros resplandores
 tu beldad mira el hombre ya gozoso.
 El curso presuroso
 ¡oh tiempos! abreviad: llegue la hora
 por los hijos de Adán apetecida,
 en que acabe la noche denegrida,
 vertiendo su esplendor: luzca la aurora
 del sol de eterna luz, del bello día
 que alumbre la llegada de María.

Mas... ¿no mirais rasgarse el ancho velo
 del alto Alcázar? ¿la mansion divina
 brillar no veis con esplendor luciente?
 Ah! ya descende del amado cielo
 la Inmaculada Virgen peregrina,
 llenando el orbe de placer vehemente.
 La maldita serpiente,
 por aliento infernal enardecida,
 lanza á los aires su clamor de guerra,
 que al tímido mortal débil aterra.
 Mas ¡vano intento! su cerviz hundida,
 lánguida está bajo la firme planta
 y alegre el hombre su victoria canta.

Ilustre Pío, de inmortal memoria,
 que brillas en las célicas alturas,
 como el sol del espacio en las regiones:
 luzca tu nombre en la moderna historia,

y alábente con gozo las futuras
cristianas gentes: de loor canciones
angélicas legiones
entónen, de placer enardecidas:
pues con santa emoción, ante millares
de fieles hijos de remotos mares,
á la Reina feliz de nuestras vidas
pusiste la corona deseada,
proclamándola *siempre Inmaculada.*



Número 10.

A LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

POR

D. Salvador Cabeza.

ODA:

...es tu nombre, **Maria**, el que primero
pronuncian nuestros labios....

I.



QUISIERA, Madre mia,
para cantar tu espléndida belleza
en sonoros raudales de poesía,
que esos altos querubes que rodean
tu trono diamantino,
celebrando asombrados la grandeza
que darte plugo al Hacedor divino,
la mágica armonía
prestasen de sus arpas á mi lira,
y los acentos suaves
de sus trinos dulcísimos le diesen
á mi pobre canción las raudas aves.

¡Ah! ¡Si á entonar llegase
un canto digno de tu excelso Nombre!

¡Si una chispa de amor con él lograrse
encender en el pecho de un solo hombre,
cuanta fuera ¡oh María! mi ventura.

Pero ¡ay!; ¿dónde, Señora,
podrá encontrar mi mente acongojada
alas para llegar hasta tu altura?

¿Quién, Virgen sin mancilla,
sabrás guiar el alma pecadora
á esa grandiosa, celestial morada,
dónde en trono de soles,
coronada de estrellas,
de pedestal sirviéndote la luna,
reinas ¡oh Virgen pura, Inmaculada!

Cuando estaba en la cuna;
cuando aún mi torpe labio no sabía
apénas balbucir, ya allá en el fondo
de mi pecho en eternos caracteres
escrito estaba el nombre de *María*.
El fué siempre la estrella luminosa
que en el revuelto mar de la existencia
me alumbraba cariñosa
con luz radiante y pura;
de igual modo en la edad de la inocencia
que en la difícil juventud ardiente;
lo mismo en la sonriente
hora de dicha, que en la aciaga y triste
de amarga desventura....
¡Quién pudiera cantarte dignamente!

II.

¡Cuán dulce al desgraciado
suena ese Nombre, ¡oh Palma florecida
de la Sión celestial! ¡blanca Azucena
jamás tocada por el cierzo helado!
¡Con qué profunda fe vuelve sus ojos
hacia Tí el pobre náufrago su vida

confiando á la *Estrella de los mares!*;
¡con qué ansiedad te invoca
el infeliz marino
de la suya en los míseros azares!

Cuando rugiendo el mar con ira loca,
en desatada lucha con el viento
vá á estrellar sus furores
contra la inerme y frágil barquichuela
que á merced de las olas flota y corre.
Tú aplacas los temores
del pobre navegante; y das aliento
al que en congojas preso desmayaba,
para que audaz emprenda
contra el fiero huracan, ruda contienda!

Tú al pecador contrito
bajo tu manto acoges cariñosa;
dás al triste, piadosa,
celestiales consuelos; fe sencilla
al que su frente humilla
de Dios ante el poder y la grandeza;
ciencia al ignaro, al mártir vivo anhelo
de sufrir por tu amor; santa pureza
á la tímida virgen que en estrecha
y oscura celda busca
el camino del cielo!

Cuando la blanca aurora
por las puertas saliendo del oriente,
con débiles reflejos, bienhechora
monte y valle ilumina,
y con sus suaves dedos, diligente,
á la tierra despierta de su sueño,
es tu nombre, *María*, el que primero
pronuncian nuestros lábios;
y al espirar el día,
cuando al mundo su rayo postrimero
el astro-rey envía,
y el són de la campana, grave y lento,

sus armoniosos ecos por dó quiera
 difunde en alas del ligero viento,
 al escuchar del *Angelus* la tierna
 armonía insondable,
 también á nuestra mente tu dulcísimo
 Inmaculado Nombre
 acude, recordando el adorable
 momento en que encerró su omnipotencia
 en tu seno purísimo
 el esperado Salvador del hombre!...

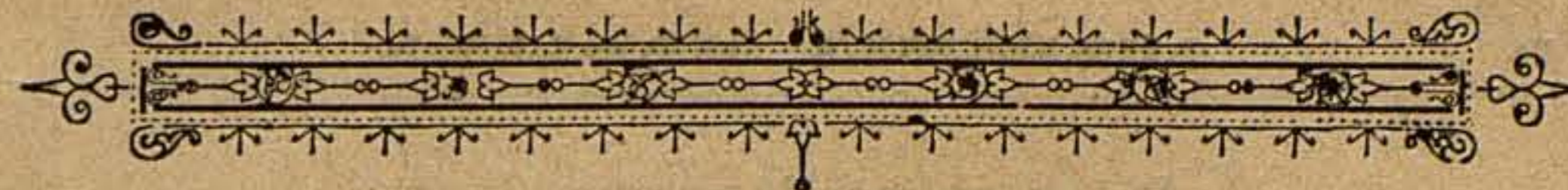
III.

¿Quién, Madre de la gracia,
 habrá tan duro que su pecho cierre
 de tu amor á las dulces impresiones?
 ¿Qué ruines corazones
 serán aquellos que escarnezcan fieros
 á la que fué elegida
 por el Sumo Hacedor para morada
 del dador de la vida.
 Arca de la fe santa,
 por la asquerosa planta
 del inmundo Luzbel jamás manchada;
 Madre del Hombre-Dios; Reina y Señora
 de Arcángeles, Querubes,
 Dominaciones, Tronos, Potestades;
 Virgen clemente y pura,
 cuya belleza espléndida enamora
 á su mismo Creador, embelesado
 al contemplar de su obra la hermosura.

¡Y aún hay quien en la tierra que Tú honraste,
 cuando á alentar bajaste
 al Santo Apóstol de quién somos hijos,
 en la fe salvadora que Tú guardas,
 se atreve á mancillar con lengua impía
 el nombre de *María*

tan dulce al español, y que fué siempre
 sosten y luz y aliento
 del valiente soldado
 que supo conquistar con su ardimiento
 inmarcesible gloria
 en Covadonga, Navas y Salado:
 ese nombre que España
 en áureos caracteres ha grabado
 en las páginas todas de su Historia!
 ¡Perdónales, Señora,
 y protege á tu pueblo que errabundo
 en congojosas ansias gime y llora:
 si se apartó de Ti, ya arrepentido
 á tus plantas acude,
 esperando de Ti perdón y olvido!
 ¡Atiéndele, piadosa,
 que, si es grande su culpa, es infinita
 la dulzura de tu alma generosa!
 Luzca en tu faz bendita
 blanda sonrisa que hasta el alma llegue
 derritiendo la nieve
 que indiferencia acumular pudiera.
 Ya vuelve á ser tu Nombre
 la gloriosa bandera
 que nos lleva al combate; ya sentimos
 la santa llama del amor divino
 que en nuestros pechos luce, ardiente y pura;
 de la Cruz el camino
 con firmeza emprendemos,
 cantando tu poder y tu hermosura:
 si es rudo nuestro acento, ya sabemos
 que no puede la frágil y terrena
 naturaleza humana alzar su vuelo,
 y traspasar las puertas
 que cierran á la carne el alto cielo!





Número 11.

A MARÍA INMACULADA.

PER

Na Mercés Font y Codina.



De María la pureza com l' iman
la terra atreu.

Com riu baixant de la serra
lliga la montanya al plá,
per lligá 'l cel á la terra
á María Deu creá.

La creá com á l' arch-iris
qu' en les bromes lluir se veu,
perque per viarany de lliris
guiás los homens á Deu.

Mes pura que la congesta,
alça immaculat son front,
tocant lo cel ab sa testa,
tocant ab sos peus lo mon.

Es mes bella que la rosa,
mes dolça que 'l jeçami,
com la lluna n' es hermosa,
com al sol Deu l' elegi .

De sa pureza l' aroma
quant lo Criador ha espirat,
diu qu' hermosa ets, ma coloma,
en ton cor no hi ha pecat.

Respon la naturalesa
del Altíssim á la veu,
y de Maria la pureza
s' alaba per tot arreu.

Tot quant del sér ab la flama
lo Criador habia dotat
en chor á Maria aclama
concebuda sens pecat.

Ab constelacions d' estrelles
en son sí la nit ho escriu,
llegintha, en ses ones belles,
ho copia 'l llac y el riu.

Enmirallantse en les ones
en parlá la lluna al mar,
y á la platja juguetones
ho van elles á contar.

A la rosa encantadora
ho esplica lo zefir,
ab ses llágrimes l' aurora
ho grava en lo front del llir.

Lo sol ab ses llums divines
á l' orella ho diu del mont,
daurant les neus y boyrines
que cubreiyen son bell front.

Tot xuclantne mel, l' abella
á la flor galana ho diu,
y ella, badant sa parpella,
al escoltarho somriu.

Al herbey ho diu la fulla,
al verger lo rosinyol,
al ayre que les esbulla,
de papallones l' estol.

Ho canta la primavera
als arbres que va enjoyant,
lo torrent á la ribera,
qu' ab s' escuma va besant.

De l' ermita la campana
tres voltas ho repeteix
l' ou 'l pagés en la plana,
y per pregá 's descubreix.

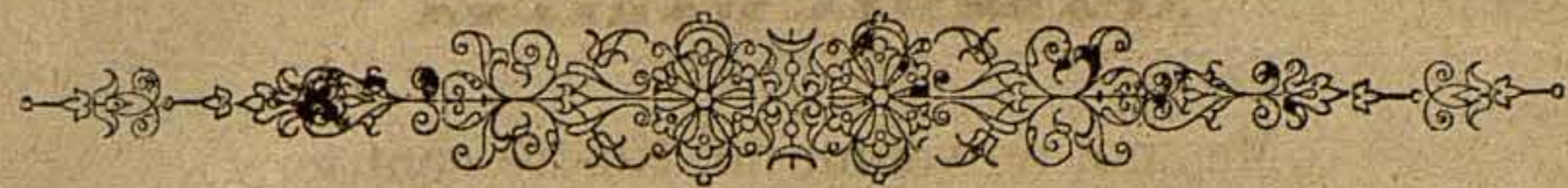
Alça á sa Mare amorosa
son front, que 'l sol ha colrat,
clamantla ab veu fervorosa
Concebuda sens pecat.

Cull lo vent sa oració encesa,
y del vell cloquer la veu,
y 'l cant que naturalesa
entona per tot arreu.

Y ab sospirs, ab prechs y aromes
bella garlanda enllaçant,
alçantla mes que les bromes
vers lo cel la va aixecant.

Aixís es ab sa bellesa
de Maria la pureza
iman que la terra atreu,
y ab sa celestial aroma,
d' aqueix mon sobre la broma
aixecant lo cor del home,
lo fa arribar fins á Deu.





Número 12.

LLEGENDA DELS SET DOLORS DE MARÍA.

PER

En Domingo Pagés y Janes.



*Attendite et videte si est dolor
sicut dolor meus.*



H anyoradisa tórtora que ploras!
¡oh rossinyol que trist ploras també!
veniu, veniu ab mí, y en negres hores
cantem sota á la sombra del xipré.

Veniuombres de dol y d' anyoransa,
gemechs y planys y penes veniu prest
y en fúnebre concert, sense esperansa,
cantem los set dolors ab cant agrest.

Veniu; que ja la sombra te per darnos
les negrenques mortalles de la mort,
y ab cant d' esgarrifansa, pera aydarnos,
la fossa, 'ns diu, aquesta es vostre port.

Mes no; no veniu, no. Nostre cant fora,
 en lloch de dolor viu, gemech d' infern:
 que baixi, donchs, del cel l' àngel que plora,
 los serafins y arcàngels de l' Etern.

Ses lires de marfil y arpes daurades.
 que baixen ab frenétich aleteig,
 y cantarém, tots junts, notes sagrades
 que us cercaran ardentes ab panteig.

Vos cantarem Maria; febrosenca
 nostra ànima ja bat á dintre 'l cor,
 y á cada polsació que d' ell arrenca
 ¡amarch! ¡amarch! ja diu, es ton dolor.

¡Amarch! mes ay! Maria, ¿qui sentirlo
 podrà, si nostre cor es tan petit?
 si á sa sombra tant sols es ja partirlo,
 digau, ¿com podrà cabre en nostre pit?

¿Si ab lo seu cor la mare cau ja morta,
 al lleu dolor á vòltes del fill seu,
 com los podrém sentir, quan tots los porta,
 si tant dolor sentirlo sols pot Deu?

Perdó, Verge Maria, per cantar lo
 ta inspiració demano, ingrát de mi,
 y 'l monocordi trist per companyarlo
 d' un conmogut y pobre querubi.

Demano per sentirlo, ¡oh! Maria,
 que 'l meu cor arrencau de pecador
 y en son lloch, ple de febra y d' agonia,
 que hi deixau bategant lo vostre Cor.

I.

¡Quin dia mes trist! quin dia
 avuy fa en Jerusalem!
 ¡quin dia mes trist! la boyra
 ses ales negres hi extent,
 la boyra negra que passa
 embolcallada suaument,
 com fantasma malestruga
 d' un dimoni escardelench.
 A la negror de la boyra
 ¡valgam Deu! Jerusalem
 ab sos cimboris de pórfir
 y ab los seus mil monuments,
 apareix fosch cementiri
 poblat de nobles y reys.
 Tothom tem: lo noy que alegre
 jugaba, tot just despert,
 en los brassos de sa mare
 á ses galtes fentli un bes,
 fins abuy senglota y plora
 y no juga afalaguer
 ab los rulls d' or que onejavan
 per sont fron de son cabell.
 Tothom tem; mes no Maria
 que seguit de sant Joseph
 s' encaminan vers lo temple
 ab Jesús mitx-somrient.
 Miraula, sos ulls aixeca
 per la volta del blau cel
 y no veu, ni sent febrosa,
 tot besant al Jesuset,
 que negres los nubols passen,
 que l' aubada s' enfosqueix,
 que tristos los auçells piulan,
 que xiula ab gemechs lo vent

y 'l rossinyol que planyívol
 enmitx del fullatge vert
 ab ales baixes com plora
 desfallint de sentiment,
 fins que en les branques rodola,
 pobra lira, ab desconcert.
 No veu, no, 'l sol que sens rissa
 com desfá son ros cabell
 per la testa, coll y espatlles
 dels monts gegantins y fermes,
 que ab sa rissa, apar que sigan,
 y ab son front cobert de neu,
 atletas rossos que 'ns vetllen
 y 'ns signen mirant lo cel.
 Lo que ella veu es lo temple
 que l' espera ab bras obert.
 Ja ha entrat dintre; les falsies
 al aire s' han l lensat pres
 que carinyoses niavan
 en ses antigues parets
 y plenes de dol y angoixa
 y ab esllanguit aleteig
 sospiran, ploran y xisclan
 volanthi arrant, frech á frech.
 ...Camina en dins... les columnes
 ja s' adressan al moment
 espantades, ja les voltes
 s' encorvan encara mes
 tremoloses y alguna óliba
 ja romp ab un xiscle agrest
 y, esgarrifada, ses ales
 per fugir depressa extant,
 ses ales que al bátrer deixan
 un fantástich remoreig.
 Jo també, Verge Maria,
 sento al pit fort esbatech,
 l' embranzida sento forta

que l' meu cor per fugir pren,
 mes vostre amor tant lo lliga
 ab vostre dol, tan estret,
 que sospirant dintre 'l temple
 roman prop de Sant Joseph,
 prop dels coloms que parrupan
 aletejant sens concert.
 ¡Oh dolor! ja entre les voltes
 ressona una trista veu:
 —Messias, Infant que adoro,
 prou n' ets de ros y de bell,
 prou somriuhen los teus llabis,
 prou tes mans son glop de neu,
 tos ullets dugues estrelles,
 lo teu front de Deu lo bes,
 garlandes de flors tos brasos,
 calzer de lliri 'l cos teu,
 mes, ¡pobret! los cabells rossos,
 ab enredat descabell,
 s' estendrán sobre ta testa
 coronada d' esvarzers,
 que ab ses urpes encorvades
 unglejarán ton cap bell!
 Tos llabis, fulles de rosa,
 regat sols de verge ab llet,
 en lo mitx de l' agonia
 s' abeurarán ab lo fel,
 y en tos brassos per esposa
 dormirá la dura creu,
 que en senyal de nuviatge
 te dará de claus l' anell,
 y tú, Amor, ensenyantli
 lo teu pit de foch encés,
 t' hi clavará una llansada
 per compte de darte un bes;
 y despres de dar la vida
 ¡oh, amor, de tot un Deu!

molts dels cors que conquistares
 en lloch d' oferirte incens
 t' oferirán... ¡oh! perdonals...
 d' ingratitud lo vil fel.
 ¡Pobra Mare! 'l que li passa
 al oir lo sant vellet
 no 's compta, no, tanta pena
 sols se compta que 's vegué.
 volar enlayre y sens forses
 los coloms de sant Joseph,
 mes no blanchs, com eran ántes,
 sino morats com de fel.

II.

Si del Temple surt Maria
 llastimosa y tot plorant,
 ab son bras que esllanguit penja
 y ab son cor ja traspasat,
 ¡pobra Mare dels martiris!
 en la nit ¡ay! qué farà?
 ¿Qué farà la trista Verge
 si en lo cor se l' hi ha enfonzat
 ja una fletxa que 'l traspassa,
 sagnantlo, de part á part?
 ¿Será auçella que ferida
 rodola brancatge avall
 tenyint sa nevada ploma
 ab sa roija y mora sanch,
 fins que mor plena d' angoixa
 ab mil ánsies bategant?
 Qué será?... L' ángel que baixa
 commogut ja 'ns ho dirá:
 —Fugiu á Egipte, Maria,
 fugiu depressa, volau,

fugiu, que vostre Fill cerca
 Herodes per degollal:
 no temeu, no, la nit negra,
 sols correu sense parar,
 fugiu... y 'l somni dels ángels
 en vostres brassos salvau.—
 ¡Mes que veig! á ses paraules
 un núbol s' ha congriat,
 un núbol perque no 's mogan
 per la tempesta 'ls soldats
 y entre 'ls plechs de ses tenebres
 se descargola lo llamp,
 que un cru espetech descarrega
 que roda ronch per l' espay,
 repetint ab terratremols
 llarchs y sorts, marxau, marxau:
 terratremols que contestan
 des son cau, esgarrifats,
 ab un magich rebombori,
 los ecos:—marxau, marxau:
 rebombori que fantastich
 se va perdent tot volant,
 mes no com ell, no se perden
 los sospirs los plors y planys
 de Maria, que desvetllant
 á sant Joseph d' un plegat
 que ab torrens d' enceses llágrimes
 també 'l pobre se desfá.
 Y los dos portan tals brassos
 á la bresca del cel blau,
 bresca hon nien los arcángels
 los querubs, verges y sants
 caminan folls per les plasses.
 traspasan carrers avall,
 y 'l cel crú encara espetega,
 encara 's cargola 'l llamp,
 y 'l mon enter trontolleja

y ells corran que correrás.
 Ja son al camp; á la groga
 claretat del llampegar
 de sos peus vehuen alsarse,
 de sopte, duchs espantats
 que ab ses alasses exteses
 ne fugen ab feretat.
 Los boscos vehuen salvatjes
 que, arrasats per l' huracá,
 apareixen mars de exércits
 ab ses ones de soldats
 que venen muts, y si vehuen
 algun riu als trémols raigs
 de la lluna, ja 'ls hi sembla
 un jas de llanses y darts,
 de capells y de corases
 que l' exércit hi ha deixat.
 Y avall corran, com mes corran,
 pel negre vel del espay
 escabellada hi dibuixa
 mil fantasmes, mil espants
 la por, voltada deombres,
 de misteris y de esglays.
 Perxó 'ls roures, que s' axecant
 dels márgens dels torrentals,
 ab ses branques rabassudes,
 y ab son front robust y alt,
 los hi semblant fermes atletes
 que vetllen sens pietat
 pera arrèncar de sos brassos
 á Jesús, son fillet sant.
 Perxó los remors son passos,
 falanges son los canyars,
 y les fulles de los arbres
 llengues son que parlan baix;
 y no veu, no, ab sa follia
 los ángels que hi van volant

ab salteris d' or y plata
 y lires de diamants,
 ni tampoch veu l' oreneta
 com vola per tots costats,
 ni veu que obren les violes
 sos ullets, ni los caps-blaus,
 ni sent la fraganta aroma
 que apar incens celestial,
 ni les dolces refiledes
 dels rossinyols que, plorant,
 li diuen:—Blanca azutcena
 que portas lo lliri blanch,
 camina sempre camina,
 no 't torbes, no 't gires may—
 ni lo sospir de la tórtora,
 ni de la merla 'l trist cant
 y sols senti que escotxine
 la perdiu:—ara ha passat
 la palmera ara l' acotxa
 ...ara fuig... ara se 'n vá,
 y que lamenta ne diga:
 —miraula; es á dintre 'l blat.—

III

—Hont es, digaume, crida María
 ab veu de mare, mont Fill hont es?
 hont es la rosa que ha poch floria,
 flor hont volava mon trémol bes?—

Sant Joseph diuli ja ab ulls plorosos:
 —¿Tú no 'l tenias pel temple sant?—
 no be sos llabis ha mitx desclosos
 ¡ay! esllanguida, cau senglotant.

Mes si l'angoixa la tira á terra,
son amor l'alsa dihent sa veu:
—¿heu vist, germanes, á un nin que serra
dugues branquetes fent una creu?

¿Heu vist, digaume celestial lliri
que obra son cálzer ab grat somris,
llir que mes tendre, ni adalt l'empiri
no 'n floriria del paradís?

Son ses manetes dugues petxines,
cinch ponselletes sos nevats dits,
dugues estrelles ne son divines,
sos ulls que miran embadalits.

Sa rossa testa rica cascada
que descapdella ses trenes d'or,
sol que 's destria, rihenta aubada
que gronxa y besa l'alé d'amor.

Fulles sos llabis son d'una rosa
que 's mitx desclohuen ab dols somris,
¿com no desclourers si sempre 'ls rosa
ma llet de Verge, mon bes felis?—

Les donzelletes que la sentian
mudes parlavan dintre son cor,
y ara escoltavan ó be corrian,
ja buscant folles lo seu amor.

Enemorades ¡ah! con cercavan
y ab foch enceses son somni bell!
somni que veyan ó se pintavan
vestit de blanques plomes d'auçell!

Y plorant totes, ja fet á troços
son cor de verge dintre son pit,
miran si veuhen sos cabells rossos
entre 'ls raigs trémols de l'or brungit.

Passan arcades, columnes passan,
mil giravoltes, no 's veu per tot;
....sols vehuen llises que 'l cel traspasan
negres falsies ab esvalot.

Perxó del temple ja surt María
ab ulls que vessan torrents de fel,
y ab amargura, febra y follia
pregunta sempre, hont es son cel.

Pregunta als arbres que l'oreig bressa,
al riu que corra bellugadiç,
y á la fontana, que ploránt, vessa
caigudes perles del paradís.

Que no 'l vegéren los arbres diuhen;
que no besaba lo riu sos peus;
les aigues pures que no somriuhen,
que no xuglaren los llabis seus.

Corra María, ja 'n ensopega,
tot fent basetes, tres infantons,
ja 'ls hi pregunta y ab plors los rega
ses galtes tendres hont fa petons:

—¿Angelets rossos de l'encontrada
heu vist, digaume, altre angelet,
que te per rostre una besada,
per cabellera un sol desfet.—

Y 'ls angels rossos de l'ignoscencia
aixis li diuhen ab veu d'infant:
—sobre estes aigues de grata essencia
jugar un cisne hem vist nadant.

Mentres jugaba sos ulls obrian
les violetes y jeçamins,
les pasioneres ¡com s'estenian
y li lligavan sos peuhets fins!

Les roses blanques que sols tocava
 ¡com se tornaban totes de foch!
 y si algun lliri suau pisava,
 ja un llis se veyá prest en son lloch. (1)

—¿Est nevat cisne, ninets hermosos,
 en quines aigues lo puch trobar?
 ¿hont son los lliris que ell ha desclosos,
 per sanch poguerlos pobre pintar?

—No, germaneta, un altre deya,
 no era un cisne, sinó un nin ros,
 entre ses ales son riure veyá,
 sos ulls blavissos, son rostre hermós.

Aprés vingueren blanques colomes
 tot parrupantse apropet d' ell,
 après volaren adalt les comes
 y entre mitx d' elles lo cisne bell.—

Si l' ignoscencia no diu hont para
 ¡pobra mareta! ¿quí li dirá?
 li dirá trista potsé una mare?
 ¡mes ay! oh pena! ja ho preguntá.

Ja les matrones y les donzelles
 assaboreixen son amarch fel.
 Tal volta ho digan prest les estrelles
 quant tant la miran desde 'l blau cel.

Perxó 'ls pregunta ab veu mes dolsa:
 —digaume, estrelles, ¿hont es mon sol?
 dígame, corra, desde la molsa,
 tú que refilas, dols rossinyol.

(1) Llis, flor, que vulgarment se 'n diu "la flor de lis," que es d' un vermell molt fort y de forma y magnitut com la del lliri.

Mes afligida veu que tremola
 la muda estrella llagrimejant
 y ab ales baixes veu com ja vola
 l' auçellet tendre de terra arrant.

Ses ales baixes també veu ella,
 com ja no volan ¡ay! de son cor
 mes sense veurer, pobra, s' estrella
 sa joya rica, son dols amor.

IV.

Com corra en mitx del bosch la mansa ovella
 quant l' ala del torp rúfol fort s' agita,
 y á son detrás hi volan tots negrosos
 los núbols que á pilots s' arremolinan,
 ensemps que salseredes y boscatges
 ses cabelleres d' arbres també agitan,
 y, arrabassats, la pols que al cel s' enlayra
 á besar á sos peus cruixint s' humillan,
 aixis corra sens fré per entre plasses,
 carrers y carrerons la Mare trista,
 puig veu entre las boyres que s' aixecan
 uns núbols mes negrenchs, que se congrian
 á l' ala del doló y de la tristesa
 que ab crits d' esgarrifansa sent com xisclan.
 Y al oir de la gent lo rebombori
 ab brassos esllanguits que desfallian,
 com branquillons d' una eura que, aferrada
 al olm, la ma del noy destortolliga,
 ab sos cabells de rosa que humil besa
 lo çers, que llastimós los esparpilla,
 com mil madeixes d' or, ab sos ulls térbols
 y ab cor ja traspasat, axis camina,
 quant sent apropet seu una veu forta

que commoguda y trista als altres crida:
 —¿Per qué corra la gent afal-lerada,
 y retruny per les conques la botzina
 ab son viu espignet que, lluny perdentse,
 com eco esglayador, als sayons crida
 y aquets, com negres corps que carn flayrejan,
 vers ella adelerats sempre caminan?
 ¿Per qué boija la gent ab sa veu ronca
 fa ressonar sa crua cridadissa,
 que vola pel vil vent de la blasfemia
 en ales de sarcasme y d' ironia?
 ¿Per qué en mitx de les llanses que llambregan,
 y dels ardots cavalls que viu renillan,
 y que superbs ses crins al aire extenen,
 mentres sa boca ardenta foch vomita,
 aixeca lo seu cap l' áliga altívola,
 que ab xiscles de venjansa aterrorisa?
 ¿Per qué, fins se rebull de gent la turba,
 com negra tempestat que al cel s' agita,
 ab son fort terratrémol que rodola
 y ab son espetech crú dintre als abismes,
 y ses mirades fréstegues y enceses
 á les serpents y boes fins imitan
 que abrasades, tot sech descargolantse,
 de sos caixals de foch xiulant relliscan?—

La Verge que escoltaba estas preguntes
 de santa indignació ¡com la ferian!
 mes sense contestar sols caminaba,
 quant sopte á terra cau tota esllanguida,
 sens esma á terra cau, ahont hi corra
 alguna gota encara de sanch viva.

¡Pobra tortra d' amor! sos ullets dolços
 que veyan de son Fill la tendra rissa
 de sos llabis de foch, hont la neu blanca
 de puresa en amor se consumia,
 y que en sos ulls de cel veyan amorosa,
 com en son rostre hermós, la llum divina,

han vist ¡trista amargura! á son Fill cáurer,
 al pes dur de la creu plena de espines,
 que feixuga reposa en ses espatlles
 que fallan, ¡quan los cels fins dur podrian!

Veü cáurer á son Fill; dogals y cordes
 als brassos veü nevats com desllorigan
 y assotan ¡oh cruesa! perque s' alse
 al seu somni d' amors, al bell Messías,
 que humil prova d' alsarse... mes ses forces...
 no poden r'esistir; y ¡oh dura vista!
 se 'l veü tornar á caurer per les roques
 que rossegan ses carns y les destrian,
 per entre 'l pedrugall, entre etzevaras
 que hi enfonzan cruelment ses llanses fines,
 ó enmitx de l' argelaga que l' enrotlla
 desgarrantlo del tot, ó en la bardissa
 que, enroscada en son coll, quan surt, hi deixa
 un collaret de gotes de sanch viva!
 ¡y ho veü Ella, afligida, ab ulls de mare,
 y ab cor de mare y verge sent l' espina,
 y en terra 's desmayaba, y desmayada
 encare ho veü mes viu, puig que li pinta
 pel camp amortallat de la tristesa
 en sa mateixa sanch la fantasia
 y en sos mes vius colors y mes negrosos
 ab ses ales de dol que s' estenian!...

En terra muda está; ploroses verges
 l' aconsolan y besan entristides,
 y sant Joan que la sosté en sos brassos
 li rosa lo seu front ab perles vives,
 li rosa lo seu front, mentre aprop passen
 les llanses y 'ls soldats fent llargues files
 y s' ou aterradors los corns xisclarne,
 y 'l espignets de mort de la botzina,
 la confosa cridoria de la turba
 y 'ls gemechs de la Verge que suspira,
 quan d' un plegat s' aixeca tremolosa

y á les donzelles diu ab veu sentida,
mentres montanya amunt puija sens esma:
—corremhi que sos ulls, verges, m' hi cridan
y, si 'l seu front no bessan los meus llabis,
s' eclipsará mon Sol en plé mitx dia!
Y com riu que anguileja entre les selves
y 's giravolta y fa mil torçedisses,
corra ab brassos oberts y afal-lerada
entre mitx dels soldats que boixos riuhen,
quan ja, ausella ferida per la fletxa,
va á caure á sobre 'l niu de les delícies
y allí ¡oh grat consol! sos cors s' estrenyen
ab compasius ullets los dos se miran,
fins que ¡ay! la Verge diu:—¡puja al Calvari,
pel pecador tú ets, no per María!!...

V.

¡Pobra Mare! montanya amunt camina,
entre mitx de donzelles y d' infants,
que ab ulls embadalits y llagrimosos,
ab llabis sens la rissa celestial,
ab rostre esgroguehit y ab cabellera
que destria lo vent per son coll blanch,
se la miran, pobrets, com se la miran
los serafins que baixan del cel blau
ab ses ales de neu que 'l dolor pinta
ab son pinzell de fletxa ab fel amarch.
Se la miran, pobrets, y á son vol corran
mentres rosan ses llágrimes de infant
los claps de negra sanch que bull encara,
ó be corran rodant pel pedregall
relliscadis, com perles de rosada
la mes bella, mes pura y celestial,
per besar amoroses entre roques

algun desfil de túnica sagnant.
Y corrant cap amunt, devant la Verge
afadigats, sens treva ni descans
entre l' incert camí del dur Calvari
que 's cargola, serpent, de dalt á baix.
Axis corran com ells tras la pastora,
quan mira ab sos llampechs la tempestat,
los tendres anyallets entre 'l boscatge
que, arreballats, gemega pel mestral;
ó be volan, com ells, les orenetes,
quan lo desembre porta fet un glas
ó l' envellit hivern en los seus brassos
que trémol per tot mira ab feretat,
com en gegant de marbre 's torna 'l cingle
y velles les montanyes de cap blanch.
Ya son aprop del cim; ja poch los falta,
¡mes ay! ¿que sent María, que axis cau?
¿que té, angelets, que té? digau, depresa,
¿de qué, trist passarell, es lo seu plany?
¿de qué gemega 'l bosch, quan lo vent passa
xiulan y escabellantse pels penyals?
¿de qué, digaume prest, plorosos núbols,
la Verge dels amors té tal desmay?
.....Mes no; no ho digau, no; ja al lluny, com Ella,
sentho un pich y altre pich á ressonar
del martell crú, entre 'ls crits del rebombori
que creix ó puja ó baixa esvalotat.
¿Perqué, martell sens pit, perquè ressonas
ab ton fort esbatech pel fret espay,
que extremeix les montanyes y desperta
als ecos que dormian, recolzats
en los llits dels abismes, d' ahont s' alsan
y ab veu seca escarneixen ton picar?
¿No veus que á cada colp les carns traspallas
ab sos osos y nervis y venam
de les mans de Jesus; que mitx descloses
dugues petxines semblan de la mar

que vessantes de sanch, apar que esperen
als cors dels pecadors, pera rentals
y que digan aixis:—si us batejava
un jorn ab aigua pura sant Joan,
veni; que jo bateixo ab l' aigua dolça,
ab l' aigua del meu cor, del nou Jordá.
Y encara picas cruel ?.....pica y mes pica,
pica per sempre mes, no 't paras may;
mes pica á tots los cors que se desperten,
pica y sens treva romp lo meu de glas,
mes no tronçeis, no, sos peus d' espuma,
ni 'l cor de Maria traspasat.

....Miraula; per fi s' alsa y ab sos brassos
que s' obran bat á bat pera abrassal,
corra molt mes amunt, quan s' esllangueixen
de prompte, com les branques d' un desmay
ja sens forces, ó cauhen com les ales
d' algun ferit auxell que á terra cau.

Ja arriba al cim; ja entre la turba immensa
de cavalls, de sayons y de soldats
veu alsarse tres creus que ab front enlayre
y ab sos brassos oberts talment apar
que sigan del sarcasme diabólich
y de la burla vil lo funest blanch.
Y encara veu mes dol; les creus que negres
veu alsarse per sobre d' aquell mar
de gent, com los tres mástils d' un navili,
en la mes negra la pobra hi veu clavat
lo Fill de sos amors entre dos lladres,
que mentres l' un compadeixentlo está,
lo befa irónich l' altre, aixis dihentli:
Tú que 'l temple sagrat fas y desfás
en tres dies no mes, ¿per qué soportas
estar en mitx l' afront en creu clavat?
Y 'l veu tot carnejant, y com regala
y s' escorra la sanch brassos avall,
veu los cabells sedosos de sa testa

enlloas ab sanch negra, pols y fanch,
y com s' entortolligan entre espines
que enfonzan sos uyals dintre son cap,
fins que s' extenen ¡ay! per ses espatlles
que mostran, sense pell, ossos y carn.
Ja cechs sos ulls veu, sos ullets dolsos
que en sa falda li reyan sent infant,
y sos llabis morats sense la rissa
y la gracia y l' amor, papellons blanchs
que hi volavan allí, puig sa boca era
una rosa d' abril, un bes del maig.
Y ¡encara sofreix mes! la rosa mústia
veu com obra ses fulles, quan tot baix
sent ¡ay! á ressonar una veu tendra
que diu:—tinch set, tinch set, mitx afinant,
y encastada prest veu á los seus llabis
l' esponja ó nostre cor de fel amarch.
Y recordant sa llet que un jorn de verge
sos llabis endolsian de coral,
la trista, ab un arranch sos peus abraça
tant fort y ab tantes ánsies y amor tant,
que apareixen sos brassos branques d' eura
en son tronch de delicias aferrats,
y en son llabi tot blanch que trémol besa
la llaga de sos peus que va sagnant,
blanquinós papelló que amorós cerque
una rosa de foch regada ab sanch!

VI.

Lo mon tremola encar. Encar les penyes
de muscles rabasuts son pit de marbre
esberlant sols d' un colp y d' ell s' arrencan
son cor de bronzo dur y sas entranyes,
mentres sa testa de gegant titánich,

oberta en lo refrech de la batalla
per l' espasa del llamp, avall rodola
espurnejant llampechs per totes bandes,
y salta rebotint de timba en timba
ensemps que sotraqueja les montanyes
y arrastra braholant dintre 'ls abismes,
agabellanho tot á rufagades,
rouredes y pinars, pollanchs y freixes
que ja creman rodant, tot capolantse.

Encara tothom fuig. Encar les lloses
del sepulcre ferest d' un plegat s' alsan
y ab ellas tots los morts, que sens espera,
cayent á tomballonts y barallantse,
tots sechs y descarnats del fossar surten,
envolts de llumanetes que s' escampan,
y en desbordat tropell corran fantástichs
y escardalenchs entre carrers y plasses,
mentres de part á part lo vel esqueixan
y esporugueixen, folls, per totes bandes
als homes y á les feres que, en va, cercan
esgarrifats un cau pera amagarse.

Ab son fuet de llamps que 's descargolan,
com mil serpents de foch, se veu encara
com percuteix al mon lo negre núbol
que, desplegant de foch totes ses ales,
descarrega sos trons que espaternegan
ó cauhen de son carro que s' arrastra,
ó saltan rebotint per l' ample sostre
del cel que, crú també, en caure amenassa.

Encara 's veu l' horror; ses ales negres
xisclant encara bat l' esgarrifansa
y 'l mon, confós del crim, envolt deombres,
en un recó d' espay corra amagarse.
Sí encara 's veu aixó també la Verge,
la Mare dels dolors se veu encara
abrassada ab son Fill que 'ls llabis obra
com si volguessen ¡ay! aconsolarla.

Miraula, pecadors, los que ab cruesa
á clavarlo tornau, correu, miraula!
mirauli los seus ulls com á dolls vessan,
ja cechs, gotes de sanch que 'l fel amara,
mirauli lo seu front, bes de l' aurora
que ab ses ales de foch lo sol daurava,
cálzer de lliri, obert, hont hi somreya
ab sa ignoscencia pura la neu blanca,
com cau enmustehit entre sos brassos
y enmitx de sos cabells que fins ses llágrimes
li aixugan piadosos, quan rodolan,
com transparentes perles, per sa cara!

Miraula, pecadors, com sols contempla
lo seu Fill, sense veurer que s' esglaya
lo mon, ni sens sentir de les donzelles
lo xiscle esgarrifant de que 's desmayan,
ni l' espetech del tró, ni 'l cant de l' óliva
que embolcallada volant pels penyals passa.

Tant sols veu á son Fill. ¿Perqué l' abisme,
tal volta ha de mirar que á tots espanta,
del dolor, si la mar té dels abismes
dins son cor, hont la sanch morada 's glassa?

Tal volta 'l rossinyol, que sempre plora
tot vagarós saltant y ab ales baixes
pels branquillons que 's torsan de tristesa,
sent lo gemech de mort del vent que plora
amagantse, confós, per sota 'ls arbres?
La solitaria tortra, que sospira
á son bell tortoret desde una branca
d' un sálzer vert, veu la cardina hermosa,
com piula aletejant entre les garres
del esparaver fatal? Lo xiprer negre,
que acotxat dia y nit lo cel aguayta,
tal volta á son costat veu esllanguirse
ab sos cabells que cauhen y ab ses branques
ó braços ja caiguts, tot ple d' angoixa,
al trist desmay? Perxó desconsolada,

sols veu, Ella á son Fill; veu sa corona
 com de sa testa cau tota enllotada,
 mentres per sos cabells s' entortolligan
 finisims d' or ses punxes encorvades
 que encara 's van clavant; veu los seus brassos
 que en sa infantesa feyan de garlandes
 de roses y de flors, com avall penjan,
 alicaiguts sens vida, per l' espatlla
 dels sants varons, hont, com rubins, rodola
 de sanch alguna gota viva encara!
 Veu son cor obert, son cor, d' hont surten
 ó hi entran febrosenchs á grans volades
 los ángels y querubs mes blanchs y rossos,
 com un aixam disolt, mentres ses ales
 tenyeisen ab la sanch que l' amor bessa
 ab son cálzer de mel per totes bandes.
 Sos peus veu destrossats, sos peus de rosa
 que trepitjaban sols los lliris d' aigua
 y la molsa del bosch; ses mans descloses,
 que un jorn sols violetes esfullavan,
 ó corones jugant de flors teixian
 ab sos cabells en sa mateixa falda,
 les veu á troços ja, mans que sostenen
 los cels, astres y mons dintre sa palma.

Ja 'l veu tot despenjat, ja com s' inclina
 veu, sobre de son pit, desfigurada
 sa testa d' angelet y tots sos membres,
 com se doblegan morts, ó s' abalansan...

Los brassos ja te oberts, son pit de verge
 cruixint y, ensemps de mare, tot s' axampla
 per rebre á son Fill... Ja 'l té y l' estrenya
 en lo foch del desvari, com un náufrech
 que en la maror escabellada lluyta,
 un mástil troçejat d' alguna barca
 que en lo pregon ja dorm; ja los seus llabis
 xuglan los del seu Fill, que encar regalan
 gotes de fel amarch, ó folla xugla,

com infant, de son pit la sanch que raja
 á glops, com un torrent, mentres lo rosan
 sos ulls ja cechs y térbols ab ses llágrimes,
 y sos cabells li aixugan piadosos
 la sanch, que á claps negreja dins ses llagues.
 Y sos dits com si fossen cinch poncelles
 d' algun lliri nevat en una branca,
 quan per sas llagas passen d' un bes deixan
 tota sa dolsa mel y sa fragancia
 fins que ¡pobreta! ab son mantell l' acotxa
 y, sens volguer, sos brassos forts l' abrassan
 y de la Mare y Fill una existencia
 se veu tan sols que l' agonia passa.

VII.

Ja tot está acabat. La primavera
 que á cada bes d' abril de flors vestia
 als atmetllers nevats que, gronxolantse
 en los brassos dels çers de son front queyan
 tot voleyant, com papellones blanques,
 mentres los auçellets d' elles bebian,
 saltant y refilant bellugadiços,
 lo néctar perfumat de sa rosada,
 fugi ab tot lo bonich ¡pobra doncella!
 puig que vegé al estiu que la seguia,
 quan ella eternament vol ser lo lliri
 que floreix ignocent voreta l' aigua.

L' estiu, també ha fugit, sos cabells rossos,
 que la calor tallava en ple mitx dia,
 no 's vehuen á volar per sobre l' ordi
 y 'l blat d' espigues d' or, ni 's veu somriure
 al tendre cirerer ab ses cireres
 que en les fulles s' amagan vergonyoses,
 ni á somriure se veu la tardor bella

ab sa boca encisera que 's mitx obra,
com s' obran enciseres ses mangranes.

No 's veu res de bell, sols ab son gebre
se veu al trist hivern que aranlit vetlla
al mon que ja gemega en l' agonia,
ó se veu, com l' acotxa ab ses nevades,
al pas que son alé als arbres despulla
que, fermes en lo seu bosch, ja apar que siga
un exércit tant sols de calaveres.

Ja tot está acabat. La trista Mare
de son rossinyolet la veu tant dolsa
no escoltará ja mes, ja 'l nevat cisne
que ajoguessat en les tranquiles aigues
nadava, entre infants rossos que 'l seguian,
entre roses y lliris d' ignoscencia
que á sos peus escorrian tot son flayre,
ja may més lo veurá, puig que ses ales
de neu en lo Calvari vegé exteses,
com si abrigás lo mon sobre d' un arbre,
y ara sols l' arbre mut veu y en silenci
y esgarrifós y escardalench com s' alsa
y sent á ressonar en l' espay negre.

—Ja tot está acabat; quan Deu nos falta.—

¡Ja tot está acabat! fins les confoses
boyrades que á pilots s' arremolinan
ab los llampechs de sas mirades fréstegues
y espetegan s' ho diuhen l' una ab l' altre,
com en lo bosch esparverades ólives
s' ho diuhen, tot xiulant, y al cel ho escriuhen
ab ses cues de foch en l' ampla volta
les trémules estrelles, ó be hi deixan,
plorant, punts suspensius, ó be s' ho diuhen
ab sa parla de trons, com los abismes.

Ja tot está acabat. Ja 'l fret sepulcre
ó niu que ab sos mantells la mort fabrica,
te un tortoret de foch y d' ales blanques
y un cor anyoradís de verge tórtora,

que sempre hont es l' amor lo cor hi nia.
Per xó Maria sent com la natura
sols diu:—¡ja tot es mort! puig ¡ay! la freda
buydor sent dintre 'l pit, perque li falta
son cor, que fou un jorn niu de delicias.

Lo cel está de dol. Avuy no hi volan
alegres y amorosos ja los ángels,
cantant y refilant, avuy tots baixan
ab sos llahuts trencats sobre 'l sepulcre
que está mut y ferreny. Ja los arcángels
no hi voleyán tampoch, ni 'ls cors de verge,
encesos girasols que á Deu anyoran,
rossinyols del amor que al amor cridan
y alicayguts se lleansan per l' esfera,
fins que, aprop seu, mitx-morts, cauhen sens forces
y allí, coloms que ploran y parrupan
baten sense repós ses ales blanques
y diuhen baix, baixet ab dolor fúnebre:
—¡Lo nostre Amor morí, també nosaltres!—
¿Si les vegés Maria que 's sa reyna
que 'n fora de son cor ja fet á trossos?
La pobra res no veu, sols se veu sola,
mes á voltes no ho creu, y perxó mira
si amagan á son Fill les penyes dures
que s' obriren d' un colp y á les bosqueries
y 'l seu desitj no veu, desitj de Mare,
quan mira cap á munt y en lloch d' Ell trova
los claus que carnejaren ses mans belles,
lo martell entre espases d' etzevara,
sagnanta la corona en les bardisses,
y á sobre de l' ars cruel la hermosa túnica
que ab sos cabells teixí d' or y de seda!
Y ab ulls tots cechs, que térbols ja no ploran
puig han escorregut totes ses llágrimes,
y ab sos brassos caiguts diu:—¡sola! sola
jo, sola, ¡qué faré! y 'ls ecos tristos
ab desconhort també de sos abismes

s' alsan llagrimiejant y diuhen:—¡sola!
ensemps que 'l vent planyivol los escampa,
y per tot l' univers, casi sens esma,
s' ou ressonar un plany de ¡sola!.. sola!
mentres brunzeix y vola, escabellantse
la tramontana ab ales de tempesta,
fins que en los gorchs s' arronsa de la terra
y allí, cruixint de por, gemega y xiula
esbufegant seguit. Y 'ls núbols tétrichs,
embolcallats de dol, lo cel traspasan,
mirant esferehits, y en un sepulcre
al veurer á tot un Deu y aprop sa Mare
que rega lo seu pit de dura penya
ap plors, puig creu, pobreta, que 'l sepulcre
mogut á compassió sa negra llosa
desclourá, com desclouhen les campanes
per rébrer de la nit les tristes perles
son cálzer moradench, y que ha de escorrer,
com elles enternides tot son flayre,
roncant esvalotats y plens de rabia,
sos llamps corsecadors al mon envian,
ensemps que de plorar al cel transforman
en una inmensa catarata oberta
dihent:—tot s' ha acabat.—La lluna hermosa,
al veure al Criador dintre 'l sepulcre,
tal fou lo seu espant y tal que frévola
y esgroguehida trau per entre núbols,
encara tremolant, y ab palidesa
son front esblanquehit que de nits guayta.
No tremola aixi 'l sol; ¡mes ay! miraulo
en aquell dia trist, com roig s' amaga
y s' ennegreix del tot ¡y als auçells tendres,
mirau, que ajoguessats de branca en branca
volavan refiletant, com volan pobres
per sobre l' argelaga y la bardissa!
y al mon embolcallat, mirau, com sembla
per la volta del cel tota negrosa;

un cadavre que dorm en la mortalla,
ó be mes trist encara, que ja estiga
en sa fossa dormint! y ¡ay! á la Verge
en sa pena, mirau, com veu als homens
que clavaren en creu al Fill dolcíssim
de son somni d' amors, al bell Messias!
Com lo contempla, pecadors, miraula,
tot destrossat y sagnant dintre sa pensa,
com l' assotan y cau y com espira,
deixant orfe á lo mon, y lo despenja
l' ingratitude del hom que folla 'l deixa
en un sepulcre fret! y resignada
miraula, com sos ulls al cel aixeca
y prega pels botxins y com sos brassos
obra de bat á bat y aixis exclama:
—Si us obri lo meu Fill morint la gloria,
veniu; ¡oh pecadors! set voltes morta,
jo us obro, com son pit, mon Cor de Mare,
mentres los sers criats per les tenebres
com abelles perdudes van encara
d' un esbullit aixam, y 'ls sers angélichs
ab ses dos ales lo seu front cobrixen
y amortallada encar diu la natura;
—Ya tot esta acabat, puig Deu nos falta.—

CONCLUSIÓ.

L' ardent llahut del cor, Verge Maria,
ja mes no us pot cantar: ja troços es,
ses venes ó ses cordes melodia,
ja trencades de dol, no 'n vessan mes.

Mon esperit encés que tant volava
pel camp de la tristesa ab mágich vol,
abrassat ab la lira que polsava,
trencada aquesta, ha de plorar tot sol!

D' una embranzida forta ab la seva ala
prou prova de enlayrarse en l' infinit,
¡mes ay! lo vostre dol mateix l' aixala
y 's veu cáurer á terra un tendre pit.

Se veu mon pit sagnant com esbatega,
y com de tant pesar ses ales clou,
y com us crida ab ánsia y com us prega,
mentres, agulla sens nort, febrós se mou:

—¡Oh Verge dels dolors! ma dolsa Mare!
soch pecador, morir dixau-me aquí;
¡mirau de vostre Fill com raja encara
la llaga de son cor que un jorn obri!

Mirauli lo seu front, sol de grandesa,
com hi regala encara roixa sanch!
y arrastrant-me en lo llot de la vilesa
com li llansi, mirauli, tot lo fanch.

Ja sé, Verge Maria, que benigne
al mes empedernit li obras ton cor;
¡mes ay! si 'm veig, jo pobre, vil é indigne!
¡si mi ha tancat lo cel sent pecador!

En lo rusch de ta amor en grat deliri
sols hi entran abelles de jardí,
puig que vols tú la mel tan sols de lliri
y 'l lliri no conech, ja trist de mí.

¿Com entraré en ton niu, vas de delicia,
ab ses ales de corp mon negre pit,
quan sempre, purs y blanchs de sa primicia,
hi entran mil auçellets de dia y nit?

Mes si; Mare amorosa, ja mes ales
per ta clemencia alsades prenen vol,
ja vinch á respirar l' olor que exhalas,
y allí ja á refilete rossinyol.

Ja sé que ets lo refugi, que ets la vida,
l' aussili y lo consol y 'l nostre nort;
á l' ánima ja se que arrepentida
plora, que son tos brassos lo seu port.

Les llagas de ton cor, que cruel un dia
obrí de part á part lo meu pecat,
ja se que son per mí, Verge Maria,
set portes que m' esperan bat á bat.

Ja sé, que si 'n es de l' ignoscencia,
adolorit, blanch papelló mon cor,
que será, tot xuglant la teva essencia
d' azutzena, una abella de l' amor.

Ja vinch extasiat; mon llavi 't resa
los teus amarchs dolors en fel desfets,
y mon pit que esbatega 't diu que 'm pesa,
mentre vola vers tú, que 'l amor ets.

¡Oh, si á mon vol los pecadors seguissen,
com foran tes espases rius de mel!
¡com fora lo teu cor, si al mon morissen,
un vas que copsaria 'l pler del cel!..

Veniu, ¡oh pecadors! dalt del Calvari,
allí Maria 'ns crida que hi plorem;
veniu ¡oh pecadors! que bon plorarhi
fá allí, quan ab los plors al cel volem.

Veniu, no hajau temor; si 'l cor es negre
se tornaré de sopte un cisne blanch,
al paradís d' un colp volará alegre,
si s' arrastrava vil pel llot y fanch.

Veniu, veniu ab mí; també jo ploro;
també pel negre vici m' enfanguí;
mes, ¡oh! correu, veniu, que la que adoro
us rentará del tot, com á ne mí.

Veniu, jo vos convido á la delicia;
 plorau, y en vostres cors caurá la mel.
 Si en creu clavareu á Deu ¡ay! ab malicia,
 plorant, devallará fins ab son cel.

Veniu y commuguts á qui sospira
 aprop la creu y compasius mirau,
 que us diu ab sa veu dolosa, veu de lira:
 —mon dol s' acabarà, quan no pecau.

S' acabarà ma pena y mon martiri,
 quan no vegia en la terra pecadors,
 y en lo meu pit obert, cálzer de lliri,
 hi nien refiletant ja tots los cors.

Volemhi, pecadors, donchs á sos brassos;
 com nos crida, miraula, ab son sospir.
 Volemhi febrosenchs y ab sos abraços
 fonentnos ab perfums de nevat llir.

Volemhi y plorem tots, que 'ls plors en terra
 fan creixe una palmera á dalt del cel;
 y si férem un jorn á Jesús guerra,
 contrits, nos la farà d' amors y mel.



Número 13.

EXPOSICION DEL SALMO LXXXVI,
 FUNDAMENTA EJUS IN MONTIBUS SANCTIS,

APLICADO A LA

SANTÍSIMA VIRGEN,

POR

D. Miguel Esteban Ruiz, Presbítero.

Fortius exilium, pauloque quietius oro

Nec coelum, nec aquaefaciunt, nec terra, nec aerae.

Ovid.



LACENTERA vision del alma mia!
 De Dios sobre el poder y la grandeza
 Alzábase María,
 Virgen pura de cándidos amores,
 Ostentando su gloria y gentileza,
 Irradiando vivísimos fulgores:
 Ciudad llena de encantos
 Por Dios fundada sobre montes santos
 Y vi miles de estrellas
 Que rápidas cruzaban

Sobre las sienes bellas
 De María su Reina y su Señora,
 Y absortas de placer la coronaban
 La rutilante aurora
 A quien saludan con gorgoros suaves
 Arpadas lenguas de pintadas aves,
 Y aljófares y luz vá derramando;
 La luna plateada
 Que vá en trono de nácares llevada
 El horror de la noche disipando;
 El sol de disco de oro
 Que, en ignea carrera,
 Remóntase veloz al alta esfera
 Y es de calor y luz rico tesoro,
 Miraron á María y.... se eclipsaron:
 Porque la amó el Señor de tierra y cielo
 Mas que á todos los santos que pasaron
 Dichosos por el suelo,
 De bendicion dejando una memoria.
 Corona de laurel ciña á su frente
 Que su realeza y dignidad ostente;
 Vístase el manto de esplendor y gloria
 Sión, pues son sus puertas bienhadadas.
 Mas que las tiendas de Jacob amadas.

De repente una música suena
 Vibraciones de célicas liras
 Que en conciertos armónicos corren,
 Difundiendo placer y alegría.
 El Arcángel Miguel victorioso
 De Luzbel y sus huestes precitas;
 Y Gabriel que es de plácidas nuevas
 Nuncio fiel que el amor simboliza;
 Y aquel otro que al triste doliente
 Con su nombre llevó medicina,
 Forman coro, y unisonos cantan
 Dulces himnos de gloria á María.

«¡Cuántas cosas de tí se han escrito
 Ciudad santa de Dios bendecida!
 Ecos son de halagüeña promesa,
 Que el Eden escuchara algun dia,
 Los murmurios de fuentes parleras
 Que á las flores con besos dan vida,
 Y de arroyos que en tersos cristales
 Por frondoso vergel se deslizan;
 Y del céfiro blando el suspiro;
 Y de mar bonancible la brisa;
 Y el susurro del viento en el bosque;
 Y el trinar de canora avecilla.
 Por tí viste sus galas natura;
 Por tí el cielo de tul se atavía;
 Del Vidente te anuncian palabras
 Que venturas sin fin profetizan.
 ¡Grandes cosas de tí se han cantado
 Ciudad santa de Dios bendecida!»
 Y repiten angélicos coros
 Con torrentes de grata armonía:
 ¡«Grandes cosas de tí se han cantado
 Ciudad santa de Dios bendecida!»

Levántase María; los ángeles acuden
 Sus cánticos suspenden, y miranla con ansia.
 «Volad, ángeles míos, y avisad á mi Amado:
 Ya de amor desfallezco: que suene tú voz santa;
 Su voz que de delicias inundará mi pecho,
 Su voz que en suave acento conmueva mis entrañas.
 ¡Qué dulce es la sonrisa con que Jesús contesta!
 ¡Cuál tierna hácia María dirige su mirada!
 «Contempla, Madre mía, de Egipto y Babilonia
 Ya los pueblos mi nombre conocen; ya proclaman
 Que un noble desposorio se celebró en tu seno;
 Y de júbilo henchidos epitalamios cantan:
 Vuelve tus ojos, mira, todos á tí vinieron;
 Tirios y Filisteos, y Etiopes avanzan,

Como el mar que, subiendo del monte hasta la cima,
 Allí su blanca espuma dejó como guirnalda.
 Del tiempo en los umbrales están cuarenta siglos
 Que al Dios-Hombre anunciado suspiran y reclaman;
 Tranquilos se retiran al verme ya humanado,
 Y esperan en sus tumbas la Redencion cercana.
 Hendiendo vá los aires celeste mensajero
 Que bate apresurado sus diamantinas alas;
 Al limbo cuando llega las férreas puertas abre;
 Los padres, al oírle, David descuelga el arpa.
 De la esperanza el árbol sin fruto pero verde
 Con sazonados frutos de pronto se engalana.
 Sion, tierra escogida, ven, tu rodilla dobla,
 Y al altar de María se eleven tustimianas;
 Que es la ciudad bendita que omnipotente diestra
 Fundó para que fuera de amores la morada.
 De la vida en el libro yo anotaré los nombres
 De príncipes y pueblos que altares la consagran,
 Do ofrecen sacrificios y perfumado incienso,
 Que en espirales sube y al Padre Eterno agrada.
 Por tí, amada Madre, sus ojos abre absorto
 El mundo que en tinieblas errante vacilaba,
 Y vé la luz radiante de la fé que es su guía,
 Y de verdad divina condúcele al alcázar.
 Por tí viven los buenos á usanza de las flores
 Que en prados y jardines tranquila mece el aura.
 Por tí duermen los justos sin miedo ni zozobra,
 Pastores inocentes bajo copudas hayas.
 Por tí en el antro hundióse rugiendo la discordia,
 Y alegres las naciones, y unida toda raza
 Con besos fraternales, habitan en mi Iglesia,
 Y ante la cruz se postran que es símbolo de alianza.



Número 14.

LO ROSARI.

PER

En Joseph Pagés Janes.



¡Oh bell astre de la gloria!
 tú tant sóls nos has salvat.

PREDICANT de nit y dia
 sant Domingo y fra Bernart,
 plens de foch, lo sant Rosari
 de la Verge en totes parts,
 uns pirates los lligaren
 tant estret y ab crueltat,
 que de sos brassos saltavan,
 com rubins gotes de sanch;
 y acotxats per la nit negra
 passaren boscos avall,
 xaragalls torrents y abismes,
 traspasaren monts y plans
 sense veurer en sa pressa,
 com la lluna, tremolant
 treya son front de cadavre

entre 'ls núbols endolats,
que miravan, tot passantne,
esferehits, ab sos llamps;
y sens veure esparverades
y fantástiques volar,
tot xiulant, les fréstes ólives
ab ulls encesos d'espant.

Lo que ells veuen es la platja,
lo bressol hont dorm la mar,
hon juguina ab les petxines
y ab les branques de coral.

....Ja hi arriuan.... ja en silenci
donan baix tres colps de mans
y muts veuen acostarshi
ab vela estesa una nau,
que cruixint lo seu pit talla
les negres ones del mar,
com talla les negresombres,
tot volant, lo rat-penat.

....Ja hi son dintreja los ferman
sens pietat en un pal;
y 'l velam se torna á estendrer,
los rems tornan á bogar,
á cruixir torna l' entena
y á tallar torna la nau
á les ones que, espantades,
reculan, tot fent un salt;
mentres resan lo Rosari
sant Domingo y fra Bernat
ab ses salves y ab ses santes,
papellons que van volant
ajogueinats á la gloria,
á son jardí celestial;
ensemps que 'ls moros endintre
reman llest, que remaras,
que la presa que avuy portan
que tot l' or val mes encar,

fins que veuen enfonzarse,
ab sos singles y penyanls,
peresoses les montanyes
ab les costes dintre 'l mar,
y no veuen á volarne
ab ales blanques cap nau.

Ya son lluny, ya los salvatges,
tot rihent y flastomant,
se burlan de sant Domingo,
dihenli:—¿no 'ns predicau?
que ab sa parla apresada d'àngel
los contesta, mel vessant
y tendresa com un lliri:

—¡Deu us mira, mos germans!—
y ab sarcástiques rialles
esclatan tots d'un plegat,
y ab renechs asgarrafosos
que l' espay fan tremolar,
tot pegantli bofetades
y dihentli flastomant
y ab vilesa:—fesne un altre,
com aquet, si tant te plau.

Mes ell ab los ulls enlayre,
y ab los llabis murmurant,
rep los colps ab tendra rissa,
mirantlos apiedat,
com mira á son niu la tórtora,
quan les serps li xiulan ja,
y sols s'esborrona 'l pobre
al horrible blasfemar,
que li fa dir ab sa febra
y ab son cor tot destrossat:

—¡Pegaume! germants, pegaume!
mes per Deu, no renegau!—
y á riurer tornan, com riuhen,
despedint llampechs y llamps
en son jas de foch y sofre,

Llucifer y Satanás,
fins que, beyentlo pacífich
y ab sonris propi de sants
rebre oprobis y sarcasmes,
lo desferman ja del pal,
dihentli cruels:—au: predica
ab los remes á tot lo mar.

Y rema humil y sens forces,
rema humil tot resant,
resos que 'ls ángels responen
ab dols concert pel cel blau,
los pirates ab blasfemies
y los remes ab son compás
que alsantse, sembla que conten
de perles rich esgranell;
y es que les ones senzilles
també lo rosari sant
ab Domingo resan dolses,
y perxó cada compás
esgranen los seus rosaris
de perles y diamants.

II.

Tres mesos fá que en sos brassos
los gronxa rihent lo mar;
tres mesos que 'l sant rosari
resa Domingo, remant,
y que 'ls pirates ab burles,
empedernits y malvats,
renegan de Deu ab rabia
y de la Verge y dels sants.

Mes ja Deu, cansat de veurels
arrastrarse per lo fanch
de sos vicis y blasfemies
y pel llot de sos pecats,
alsa 'l dit y 'ls vents enjega

que, xiulant y esvalotats,
corran pels monts y s' enfonzan
d' un capgirell dintre 'l mar.

Alsa 'l dit y se desperta,
de sopte, la tempestat
que ab ales de foch traspassa,
amenasant tot l' espay,
y ab sos ulls de llampech mira
fit á fit per totes parts
y al véurer que 'l mar capdella
ab remolins cargolats,
rebullint y esbufegantse,
de pirates á una nau,
vola allí, y 'ls dos se parlan
ab tronades ronchs y brams;
mentres la nau combatuda
ja de pit ó costellam,
ab ses veles que s' esqueixan
y ab sos mástils trocejats,
ja sobre l' ona al cel riba,
ja tot fent un daltabaix,
se veu dintre de l' abisme
que l' engoleix afamat,
ensempe que cus la tempesta
ses esberles y esboranchs
de sos llampechs ab les cordes
y ab l' agulla de sos llamps,
y 'ls mariners ja sens forces,
veyent á sos peus lo jas
de la mort, ab les entenes,
s' aferran y ab pals trencats.
....Y vé la nit... mes Domingo
que seré estava resant,
puig veyá que la tempesta
la movian sos pecats,
los hi diu amorosintlos:
—lo just Deu está irritat;

demanau li que us perdone
 y veureu lo temporal
 com ses alas de torp plega,
 com se dorm rihent lo mar,
 com tanca l'avench sa gorva
 y lo cel surt estrellat.
 Y ells malvats, quant gens de força
 no tenian per bogar,
 per clavarli ne tingueren
 encare algun rem pel cap,
 fent seguir una tronada
 de renechs encargolats
 que, al sentirlos, la mar ronca
 s'esvalota mes encar,
 y 'l llamp fereix mes depressa
 y ab xiulets canta 'l mestral:
 «eixa nau n' es una caixa,
 sa fossana es tot lo mar,
 sa llosa n' es tota l'aigua,
 sa amortalla 'l negre espay,
 y sa absoluta funeraria
 jo canto ab gemechs y planys.»
 Sant Domingo, al véurer, pobre,
 tanta cruesa y maldat,
 á la Verge ab plors suplica
 llastimós ab son company:
 —¡Salvaulos, Verge Maria,
 del infern que obert ja está!
 quant confosos se desmayan,
 á una nova claretat.
 No alsan los ulls, pero veuhen,
 entre ángels rossos é infants
 y donzelles d'ales blanques,
 que les extenen formant
 una escala totes juntes,
 mentres sos brassos nevats
 coberts de roses y lliris

forman sa barana ab rams,
 á baixá ab Jesus als brassos
 á la Reina del cel blau,
 que ab son front de nevat lliri
 y ab sos cabells onejants,
 que forman una cascada
 tota d'or que va saltant
 per ses espatlles, sols fetes
 de besos d'abril y maig,
 y ab los seus brassos que escampan
 la ditxa per totes parts,
 mentres son cos de palmera,
 que 's gronxola tot suau,
 vestit de llums y d'estrelles,
 fa remoure, tot passant,
 ab son rossech, mil boyrades
 plenes d'or y diamants,
 apareix que talment baixen,
 entre mitx del temporal
 que ronca crú y en mitx d'àngels
 de verges, querubs y sants,
 á tot lo cel plé de gloria,
 d'hermosura y claretat.
 Embadalits, com l'aguaytan
 sant Domingo y fra Bernat!
 prou son cor, tot aixamplantse,
 deya baix: al cel som ja.
 Quan de prompte, una veu senten
 tant dolsa, tendra y suau,
 que en son nectar nadarian
 per tota l'eternitat;
 y així 'ls diu:—Mon fill, Domingo,
 bé prou lluytas per salvats,
 prou los dius que la tempesta
 sols la mouhen sos pecats:
 mes ells durs com una roca
 no t' escoltan ni 'n fan cas.

Digalshi, donchs, que 'ls perdono
 si lo meu rosari sant
 aceptan prest; mes ¡ay pobres!
 si despreci d' ell ne fan,
 que 'ls abismes ja s' esperan
 per glatirlos de un plegat,
 y ab urpes corves s' espera
 tot l' infern per destrossals.
 Digalshi prest; y á ta parla
 s' adormirá 'l temporal;
 y ovelles serán les ones
 que besarán vostra nau.
 Y, dantlos una abrassada
 de bresca, mel y manná,
 fuig volant; y com un núbol
 que acotxa al sol d' un plegat,
 en la nau foscós se quedan,
 hont trovan mitx ofegats
 als pirates, mentre encare
 lo cel tronant se desfá,
 y en crú espetech descarregan
 tota sa rábia los llamps.

III.

¡Com riu lo sol ab l' aurora,
 tot desfent y destrenant
 sa daurada cabellera
 pel front nú dels penyalars,
 que de puntetes fins sembla
 que s' alsen per aguaytal!
 En l' espay que riu d' alegre,
 ¡com jugan que jugarás
 les boyretes que nevades
 se dauran lo seu front blanch.
 Com somriu l' iris que ab ditxa
 á los astres diu: mirau;

jo soch lo brés dels arcángels,
 de les verges soch lo llas,
 de María la corona,
 la joguina del Infant,
 la garlanda ab que s' enjoya
 tot lo cel enamorat,
 puig que soch lo sant rosari
 que 'ls ángels passen, cantant.—
 Los pirates que aixó veyan
 prou deyan plorosos baix:
 ¡oh bell astre de la gloria
 tú tan sols nos has salvat,
 puig que, al resar lo rosari,
 s' adormí prompte la mar,
 y 'l torp rúfol ja no xiula,
 no ronca la tempestat,
 lo llampech ja no esgarrifa,
 ni crú espetega lo llamp,
 y tot riu ple de dolsura
 y tendresa sens parar.
 Riu lo çers que la mar besa,
 la mar riu ab lo cel blau,
 lo cel blau ab les boyretes
 que somriuen tot jugant.
 ¡Oh rosari de María!
 tu tant sols nos has salvat.
 Y ploran pobres y vessan
 mil llágrimes de fel amarch,
 que al rodolar amoroses
 de sos ullets cara avall,
 com perles al pit s' encastan
 que ja 's torna un cisne blanch:
 fins la barca que era negra
 també blanca 's va tornant,
 que si 'ls corps volen niu negre
 ¿los cisnes com lo voldrán?
 Perxó la Verge Maria,

al veurer aquesta nau,
 del sol baixa desseguida,
 feta un Sol molt mes brillant,
 coronada pel bell iris
 que abrassaba á tot l' espay,
 y á devaill d' un doser d' ales,
 que texeixen, tot volant,
 los angelets amorosos,
 mentre espargint lliris blanchs,
 roselles y violetes,
 clavells, roses y cap-blaus,
 un vol de verges volava
 ab aleteig desigual,
 y set querubins hermosos
 ab los seus cors á las mans,
 incensavan á la Reyna
 ab l' incens mes dols y grat,
 ensemps que 'l salteri alegre
 vessava rihent á raig
 la mel d' amor, y les arpes
 y les lires dolsos cants.
 Baixa esta Estrella que hermosa
 sempre es l' Estrella del mar
 y plena de llum y gloria
 se para sobre en la nau,
 y allí 'ls cors encen y abrasa,
 y ab tal amor los desfá,
 que prou creu lo cel que mira
 anyoradís, que la nau
 un incensari es ab ales
 que incensa, tot voleyant.
 Y aixís los parla la Verge:
 —Domingo, fill estimat,
 en prova del que jo t' aymo,
 dónam, corra, alguna abras,
 que mon cor, per tu, fill digne,
 es de foch tot un volcá.

Y vosaltres, cors hermosos,
 mon rosari no deixau,
 que 'l rosari n' es l' escala
 que de terra en lo cel vá;
 sos grahons ne son estrelles,
 ne son sols los seus replans.
 En cada grá hi ha una rosa,
 en cada gloria un llir blanch;
 cada part fá una garlanda,
 les tres, tres coronas fan;
 l' una será per ma testa,
 per Jesus l' altre será,
 y la mes hermosa y rica
 será un jorn pel vostre cap.
 No 'l deixau, no, si en la gloria
 del meu cel voleu entrar.
 ¿Com lo tancaré, digaume,
 si á cada rosari 'm dau
 un rich collaret de verge
 per posarme en mon coll blanch?
 No 'l deixau; y si teixirne
 un altre 'n voleu mes sant,
 ja teniu per llas les venes,
 vostres cors teniu per grans,
 per gloria les vostres ánimes
 que per creu ja 'l cel vindrá,
 ¡Oh si tots los cors de terra
 del rosari fossen grans!
 jo no sé, si allavors fora
 ja un paradís celestial!
 Y, dantlos una mirada
 de tendresa y pietat,
 fuig, dihent al Nin que porta:
 —juga, juga sens parar,
 ¡oh Jesús de mes delicies!
 ab roses y diamants,
 que un roser mon fill Domingo

en una barca ha plantat,
 y l' onada escabellantse
 perles hi tira á ruixats.
 Y embadalits tots la miran,
 lo sant rosari resant,
 y la veuhen que traspassa
 somrihent los núbols blanchs,
 enmitx d' arcángels y verges,
 quan de sopte lo cel gay,
 plé de llums y de misteris,
 veuhen obrir d' un plegat,
 y ells pobres sols ab la fosca
 d' aquest mon s' han de quedar:
 mes.... ¡que veuhen!.... ¡oh miracle!....
 En terra se veuhen ja,
 en mitx de jardins plascévols
 que llansan olors suaus,
 en mitx de palmers que 's gronxan
 ab rahims de or convidant,
 de fontetes que rondinan,
 de riuets que, ajoguessats,
 corran, trascan per floretes,
 que obrint son cálzer nevat,
 somriuhén que mes somriuhén,
 puig que tenen al devant
 una creu que ab oberts brassos
 s' aixeca en mitx l' hermós camp.
 Y tots ells, ab ulls que vessan
 rius de mel extasiats,
 son cor arrenca y 'l deixan
 á sos peus, hont febrós bat,
 tot dihent, mentres que l' iris
 torna á somriure en l' espay:
*¡Oh bell astre de la gloria!
 tu tant sols nos has salvat.*



Número 15.

FUNDACIÓ DE LA CONFRARÍA
DE NOSTRA SENYORA DEL ROSER.

PER

En Pere Claret.



**Dels pecadors amparo
 y del mon tot reparo
 (Goig de Ntra. Sra. del Roser.)**

LLEGENDA.



Oh soberana, oh jardinera hermosa,
 del hort diví, hont ab flayra mes dolsa y mes melosa
 lo célich roser creix;
 avuy, per festejarvos, voldria fer una toya
 y en vostre altar penjarla, com espresiva joya
 qu' un cor vos ofereix.

Rebeula, puig qu' ab ella lo meu com á cimera
 ponzella 'us hi acompanyo, l' ofrenda mes sencera
 que jo vos puch donar;
 si' us plau, oh verge aymada, de vostre amor donauli
 ardenta una guspira per paga, y regalauli
 lo vostre per son far.

Lo sol en llit d' escumes, lo Pirineu passantne,
 anaba ja á amagarse, al bes darrer, daurantne
 lo mar blau dels Atlants;
 y esquerpes cogulladas de parda voladuria,
 enlayre bressolantse, donaban sa canturia
 d' amor á dos viatjants.

Del mar de Lusitania placentes marinades,
 deixant del Miny les vores, anaban regalades
 son front á festejar:
 front hermosíssim qu' era niu de sabiduria
 qu' al ferlos sos esposos d' amor ardent, María,
 com prenda 'ls volgué dar.

Son dos coloms, qu' en ales d' amor diví volantne,
 perdudes joyes buscan, sovint donantne
 als angelets del cel;
 son niu porque 'l bressoli lo vent ab mes dolçura
 al pom mes alt del arbre de la religió pura
 penjar es son anhel.

Domingo, cimera del qu' en diada mystica
 assi plantá Sant Jaume, devall s' ombra celística
 als Ibers ha cobert;
 mes per qui creix bebentne del alt la sava dolça
 l' Iberia es esquifida y estendre vol sa molsa
 fins hont lo sol se pert.

Ses toques com lliri ben 'n son de nacarades,
 del iris de puresa son belles alenades,
 d' amor glop virginal;
 y, encés clavell en toya de llirs esmeragdina
 hi brilla en llur pit d' ángel una creu coralina,
 del fill de Deu regal.

Ab ella com ab fina destal ab gran coratge
 del negre esprit tallaren l' horrible y lleig plumatge
 mil voltes aixelat,
 mes, forses renadines feréstegues l' hi restan,
 per nostre mal, y hasta homes ferótjes que l' hi prestan
 llur pit com ells malvát.

Ensempls, vora Galicia, les ones bressolaban
 rientes una nau, y alegres l' hi donaban
 bonichs, y perles d' or,
 mes ¡ay! que no ho vol veurer la lluna platejada
 que espés mantell l' enllora, y 'l blau de l' estelada
 vestit s' es de tristor.

Puig qu' aligóts qu' espantan entre 'l brancatge altivol
 d' aquella nau penjaren son niu l' alé fresquivol
 de l' aygua á mitx podrir;
 y anant per camps y ribes, als dos germans trobaren,
 y ab llurs ferestes urpes cap á la nau portaren
 als dos per fé 'ls patir.

De sos honestos habits burlaren la puresa,
 rabiosos renegantne ab infernal feresa
 de tot lo mes sagrat;
 á cada colp qu' obrian sos llabis verinosos,
 dels dos angelichs monjos los cors senzills y hermosos
 xafantne sens pietat.

Que brétols tots ells eran qu' en l' ample mar creixian,
 lo cor y sanch de fera abans que d' hom tenian,
 escoria de marins;
 robantne y degollantne passaban sa existencia,
 y vora d' ells llevaban aixís á l' ignocencia
 tots los tresors divins.

Ses cares escupiren, y monstres, amararen
 ab fortes bofetades, mil voltes, y assotaren
 son cos sens compassió,
 y, com esclaus tenintlos, volgueren qu' á tot' hora
 remessen, nova empenta á la nau voladora
 donantne de debó.

Y, anyels dintre la cova mateixa hont hi braholan
 los llops de nit y dia, los dos germants s' inmolan
 per ells pregant á Deu;
 y vessan de sos llabis ruixats qu' endolsarian,
 junt ab sos ulls hermosos, les pedres, si tenian
 un cor menys fort que 'l seu.

¡Ay nau que, tremolosa, com fletxa enlayre volas
obrint en eixes aygues del mar en que t' engolas
un sorch oblidadis,
qu' has d' esser sa juguina, si 'l bras que t' amenassa
de Deu irát, no abaixas, llansant aqueixa rassa
d' anyells del paradís!

¡Ay naugers que les ales muntau enorgullides!
deixau que voli lliure, que prompte, defallides,
haureu de penedi 'us:
mes ¡ay! si aqueix cor vostre tant dur no 's mollifica
ab bes d' aquella llum qu' al home vivifica.....
haureu de penedi'us

Be n' es ella de dolsa, de suau, y de melosa,
mes ¡ay! que l' impuresa dins aquells cors llotosa
sa petja hi vá estampar,
y busca sols les gales marcivoles que' anyora,
daurat badell qu' omplena sa pensá somiadora,
y á Deu los fá llansar.

Prou vessa un riu que' encisa dels ulls dels religiosos...
¿consols divins?... ¡si 'n bessan sos llavis amorosos!
¡si 'n vessan ¡ay! de mel!....
mes ¡ay! que no s' ablana de l' aigua als dolsos besos
lo bronce: molt menys d' homes tossuts als raigs encesos
lo cor mou son anhel.

Y Deu, cansat dels fástichs impíos que l' hi tiran,
y compadint als frares á qui aquells homs ni miran,
son bras ha d' abaixar;
y aquell orgull románich qu' al castich tant l' inclina
rebelt al jou dolcíssim de sa bondat divina
endinزارá en lo mar.

Y 's feu aixís. Un dia plorosa eixí l' aurora,
llurs cintes platejades ans flama abrasadora
n' eran, ans foch rogent.
y l' estelada bella sa vesta nacarada
de negre va mudarse, puig era ja arribada
l' ira del Deu potent.

Y esquerps, batent ses ales, los aucellets fugtan
buscant mes belles aubes qu' aquelles que tenian
marcian son amor;
y 'l sol de raigs qu' escalfan y l' argentina lluna
la trista nau no veyá voltada de nit bruna,
de dol y de tristor.

Y escumejantes ones que fins al núvol colcan,
als peixos esfurisman que 's muntan y 's revolcan
en torb espantadis:
y fondos valls que s' obran, com gorges afamades,
als naugers amenassan, ¡apar moltes vegades
lo mont com si finés!

Y 'l trist baixell, ab elles, ja esculls tant prompte topa
que Deu al fons plantá, ja te la xata popa
enlayre trontallant:

ja, pel Mestral empés, y 'l Boreas que' s bellugan
¡apar brévola closca de nou ab la que jugan
sos brasos de gegant.

Y acaba d' omplenarse d' angunia aterradora
lo cor del home, al veure la pluja abrasadora
de llamps corsecadors
que 'l firmament esqueixan, sovint recargolantse,
y llansan, serps fogoses ab rábia agarbonantse,
renills espantadors.

En mitx d' aytal tempesta que 'ls mariners no aturan
veyent les amenasses de Deu, sos prechs apuran
per fé ablaní aquells cors
los frares humils, fentne pregueres amoroses
qu' hasta amanyagarian á feres mes rabioses
qu' aquells blasfemadors.

Mes pregan endevades, y Deu, sa ira acreixentne
envers aquells soberbis que sempre despreu fentne
maltractan á sos fills,
envials desde 'l soli safirich, hont s' ostenta,
un llamp roig de ses ires que fer la nau rabenta
y aixorda ab sos renills.

En mitx d' eix caos qu' espanta los mariners renegan,
al veure que panteija la nau, mes tots s' entregan
del mateix modo al crim,
dels dos germans umplintne de fel l' ànima hermosa
que, desde qu' alli dintre ficárenlos, no gosa
may d' esplayós ruixim.

Y 'l cel per endolsarla, los elements parantse,
de bat á bat obrintse, sollicit demostransse
als dos ab goigs divins,
rabejals en delícies, y envials amorosa
la Verge de les verges, la dalia mes hermosa
que creix en sos jerdins.

Y á fra Bernat que nera d' aquell arbre hermosíssim
un tany joliu, essentne Domingo 'l pom altíssim,
d' amor ardent umpli;
y als dos ab veu melosa, y plena d' armonia,
llasantne de sos llabis ruixades d' alegria,
parlá 'ls placenta així.

Domingo, bell cap-pare qu' adornas mon doser,
mon cor de ta pureza
s' ha fet esclau, donante ab goig lo meu roser
qu' es célica riquesa.

Com amorosa esposa de dols y tendre cor,
al veure que 't tractaban
tant mal aqueixos homes, empesa ab ton amor
mos ulls llagrimjaban.

Y una preguera alsaba sovint, sovint á Deu,
sovint queixes sentides;
y 'ls angelets posaban, d' esglay, vora son peu
ses arpes condolides.

La pietat sens límits mos prechs no rebutjá.
—Jo mudaré en ovelles,
me diu, d' aquelles feres lo cor que 't fá plorá;
y d' amor en ponzelles.

Dirás al bell Domingo que Jo també l' estim,
qu' estengui son rosari,

qu' es un tresor de perles, de mel suau ruixim,
de delícies sagrari.

Dirásli, dolsa filla, que l' aymo sempre mes,
y qu' àngels d' ull celístich
en copes d' or l' es llagrimes que 'm don son cor encés
recullen ab goig místich.

Que Jo en bacins de plata les guardo ab tot amor;
contra-veri suavíssim,
l' esprit pera curarne d' aquells homs de terror
com bronze rebeldíssim.—

De part de Deu y mia los deus participar
qu' escullin eixes coses:
ó mon escapulari, ó indinzars' en la mar,
com feres ominoses.

Mentres per mans angélicas portats sereu los dos
per sobre de les ones,
y cenyiré joyosa lo vostre front hermós
ab céliques coronas.

D' eix modo ab gran dolsura la cándida María
parlá als dos religiosos, mentres d' amor complia
llurs cors ja purs y bells;
y de sos ulls vessaban, á doll ab gran ternesa,
un riu d' hermoses perles que 'ls àngels ab finesa
plegaban per anells.

Y missatger Domingo de tant rica embaixada
als homs d' aquella nau pel mar mitx anegada
predica ab zel diví;
ses mans tant animades ja soles persuadian,
y, robadors y encesos á tots los confonian
sos ulls de serafí.

Y enlayre dirigintse envers lo cel qu' ardia,
á sa veu d' àngel minvan les ones sa follia
y son fer braholar;
y lluny, molt lluny les bromes, encar' tronant, marcharen,
com fera á qui la presa los cassadors robaren,
en pau deixantla anar.

Veyent aquells marins de nou la cabellera
del sol, que ja 's pensaban per ells qu' apagat s' era,
esclatan tots en plor;
y entre sospirs y llágrimes al Sant dolsa preguera,
envian, peneditse contrits de sa ceguera,
y dónanli son cor.

Y d' harpes y salteris entre música alegre,
del cel devalla un núvol, no ja pahorós y negre,
sinó com l' alba hermós,
arreu, arreu semblantne en son camí pels ayres
de céliques floretes perfums y dolsos flayres
y un pler dols y melós.

Y 's veu qu' hermosa brilla entre angelets dolcissims,
llasant arreu madeixas de raigs d' or hermosissims,
com lluna entre 'ls estels,
la reina de les verges, del cel l' august sagrarí
qu' en ses mans belles porta l' hermós escapulari
per da 'l á sos fidels.

¡Es tanta sa hermosura! ses gracies tant l' hi escahuen,
qu' aquells marins ans feres, ovelles are cahuen
en terra de jonolls;
y transportats de ditxa, d' amor y de dolsura,
l' escapulari reben d' aquella reina pura
que 'ls fa del cel rebrolls.

Llavors los manifesta que vol que s' agermanin,
y donará, joyosa, tot lo que l' hi demanin
á los seus afillats;
y que pel mon s' estenguin, qu' aquest tresor publiquin,
y á les nacions promet, mentres be s' hi dediquin
mols dias benheurats,

Y 's diu que, mentres feya la Verge eixa promesa,
desde la nau sentias, un plant que feya fresa
qu' eixia del infern;
puig sempre lo rosari fou arca salvadora,
fou un consol celistich, y espasa triomfadora
dels monstres del Avern.



Número 16.

LEPANT.

PER

En Angel Garriga y Boixader.



Regina sanctissimi Rosarii,
Ora pro nobis.

DINTRE les blavenques ones
de les aygues de Lepant,
¡quina tempestat s' hi aferma!
Deu del Cel ¡quin temporal!
De por fugen les gavines,
al remor dels trons y llams,
de tant baixes que aletejan
los seus planys s' ouhen ben clars.

—
Diu, que un gran estól de feres
que 'l sol d' Assia encoratjá,
á trencar la creu d' Espanya
s' acercavan ab afany;
quant aquesta, al adonarsen,
surt á dals lo Deuvosguart,

com marí que de les ones
jamay tem la tempestat.

Tan bon púnt s' han ovirades
l' una á l' altre allá d' allá,
quant fent ressonar per l' ayre
lo redoble dels tabáls,
los clarins que cridan guerra
y 'ls corns que responen sanch;
com un remolí, juntantse,
comensan lluyta tan gran,
que saben donarne comte
sols les cróniques del mar.

Dels navilis del rey moro
¡valgam Deu! de plum si 'n cau;
sembla, á fé, una pedregada
en desfeta tempestat.

Los cristians que se n' adonan
si agenollan tots plegats,
y á la Verge del Rosari
tots elevan prechs y clams:
invocantla per patrona
y regina del combat;
los soldats en ses galeres
en l' altar los capellans,
y en la capella de Roma
de genolls lo Pare Sant.

Primer sotraqueix que 's donan
los moros y 'ls cristians,
n' es com tro que Deu del Cel
fa remourer per l' espay;
y com riu que surt de mare,
anegant boscos y camps,
uns ab altres s' agarfeixen
famolénchs de tastar carn.

¡A ells' en Joan d' Austria los crida
¡a ells! responen los cristians;
tot son frestechs crits de muyra,

tothom te desitx de sanch.
¡Deu del Cel, alló semblava
lluyta de corps infernals.

Aquí s' ouhen drinchs d' espases,
allá corns, allá timbals
allá 'l bronzir de les fletxes
que 'ls arquers fan voltejar,
xocan daus, ab cimitarres
mitxes-llunes, ab alfanchs,
y 'ls cervells botan dels cránichs
al sotrach de les destrals.

¡Doria, ¡Requesens, ¡coratge
que está Deu de nostra part,
¡au! si Aluch-Alí t' encerca
Barbarrigo está al aguayt...

Mes jaquiulos, que ja 's topan,
com dos monstres infernals,
foragitant foch y flames
com dos craters de volcá.

Un esboranch càda bala,
cada esboranch una nau,
cada nau, quatrecentos moros
que s' esfonsan ab esglay.

Mes ¡ó Deu! ¿qué es aquell nuvol
que á ne 'ls moros va envoltant;?
—¡Es la Verge del Rosari
que 'ls confront ab lo sen mant!

Quant los Cristians la oviran,
valor mágich han cobrat,
l' orgullosa mitxa-lluna
recula recularás.

A cada brasetx dels nostres
cauhen dos ó tres al mar,
cada pas que en devan donan,
fan fer lloch per tots costats;
¡Viva Deu d' aquesta lluyta
t ot lo mon n' ha de parlar!

Mes ¿qué es aquell crit de fera,
que allá al mitx s' ou ressonar?
—Es Ali que cau sens vida.....
que Deu l' haja perdonat.

Quant los moros se n' adonan,
fugen tots esparverats,
deixant barcos y galeres,
llanties, joyes y turbáns;
pels cristiáns que al Cel aixecan
de la Verge l' estandart.

Mariners de Catalunya
pleguéu veles... ¡ohissa! ¡ohá!
de victoria com aquesta
may al mon se 'n vora cap.

A la Verge que 'ls l' ha dada
tots alaban, genollats,
grillonant ab los rosaris
los baixells dels fills d' Alá.

¡Mariners de Catalunya
pleguén veles ¡ohissa! ohá!
de victoria com aquesta
may al mon se 'n vora cap.



Número 17.

MIRACLE DE LA MARE DE DEU DEL ROSER.

PER

Na Victoria Peña de Amer.



Benehida sia per sempre,



la terra de Vizcaya
Anemsen hi en romeria,
Del Roser veurem la Verge
Plena d' or y pedreria

I

Triste está la Ciutat, los bronzes sonan
Ab un toch d' agonía,
La justicia del homens se prepara
Per mostrar la divina.
Jorn es de dol, per ço 's tancan les portes
Desde la nova triste,
Y plorant per llurs fills, les mares pregan
A la Verge Santíssima.

Contan que 'l reo, malanat y pobre,
A la Iglesia entrá un dia,
Y del Roser en la Capella santa
Resava ab cara triste.

Y fingintse devot, va aná á la Verge,
Y la sandalia rica
Agoserat de lo peu dret robantli
La du á vendre en seguida.

Quant l' argenter la joya examinava
D' or y argent macisa,
Ben tost regoneguent lo fur sacrilech,
Lo marxant detenia.

Ja á los inquisidors part ne donava,
Y el poble 's conmovia,
Vehent al lladre lligat com se l' enduya
La força de justicia.

Oh! Deu nos quart de 'l hora desdixada
De temptació maligna!
Mes ay! lo delinqüent conta una historia
Per cert molt peregrina.

Si vera fos, en lloch de castigarlo,
Coronar-lo caldria,
Y, com á Sant, bastirli una capella
Hont hi diguessen Missa.

Diu ab un plant que fa condol d' ohirlo,
Qu' es pare de familia,
Que sense un troç de pa per alentarla
Ni roba per vestirla,

Vehent ses filles, hermoses com estrelles,
Per malvats perseguides
Y en perill de pecar, cap á la Verge,
Com au que 's sent ferida...

Va volar, exclamant: «Oh gran Senyora,
»Oh Verge clementissima,
»En los lliris que tinch á casa meua
»L' escorpí vol fer cria!

»No ho permetau, Regina Sobirana,
»¡Oh dolça Mare mia!
»Abans gelats de mort los veja caure
»¡Que creixe entre matzines!»

Diu que la Verge tota 's va conmore,
Que 'l mirá compassiva
Y, com per dar un pas, lo peu alçante.
La sandalia li tira.

Y descloguent los llabis candorosos
De sa boca divina,
Va dirli: «Ves, fill meu, veste 'n á vendre la;
Salva, salva á tes filles.»

Oh Deu, si certa fos tal maravella,
¡Quin miracle seria!
Y si nou fos, oh falsedad hermosa,
¡Oh celestial mentida!

¡Si us es devot, oh Verge, deslliuraulo
De la irada justicia,
Mas confoneulo, sobre d' ell si pesa
Lo crim de hipocresia!

II.

Ya tocan la campaneta
De la Pau y Caritat,
Per si 's vol fer una almoyna
Per lo pobre sentenciat.

A dalt del chór son les monjes,
Per ell pregan al Senyor...
Des la mitja nit en punt
Que salmejan ab fervor.

Ja la tropa está formada,
Per durse 'n lo delinqüent,
Pe 'ls carrers y per les plaçes
Va entrant y sortint la gent.

Diuhen: *Oh gran sacrilegi,*
Mirant la forca fatal,
Y els mes compassius responen:
Deu ens alliber de mal.

Quant li han llegit la sentència,
S' ha agenollat un moment,
Demanant al Senyor jutje,
Que li deix fer testament.

Llega sos fills y ses filles
A la Verge del Roser,
Y los dexa per herencia
La devoció qu' ell li té.

Ab vestidura d' escarni
Lo passen per tot arreu,
Sobre del cor lo Sant Cristo,
Les mans lligades en creu.

Essent devant de la Iglesia,
Per les llagues de son Deu
Ha demanat que li entressen
Per dir á la Verge: *A Deu.*

Quant ha vist la Santa Imatge,
Ab un crit de gran dolor
Ha dit: Mare y Reina meua,
Jo soch un grant pecador.

«Mes del fet que se m' acusa
Vos sabeu la veritat,
Vos sabeu, oh Mare mia,
Que no he comés tal pecat.

«Mostrau la mia innocencia,
Vostre poder demostrau,
Jo so 'l mateix d' aquell dia,
Vos la matexa sia.»

La Verge s' ha conmoguda,
Alça 'l peu y sonrient
L' altra sandalia li tira
Fent lo miracle paten.

Al silenci mes solemne
Crit d' esglay ha succehit;
Qui, mans juntes, s' agenolla,
Qui se dona colps al pit.

Al sant home l' enrevoltan
Cavallers y sacerdots,
Donant vives á Maria
S' arreplegan los devots.

Tots s' empenyan á abraçar-lo,
Ja li besan mans y peus,
De la burla y del escarni
Arrancatli los arreus.

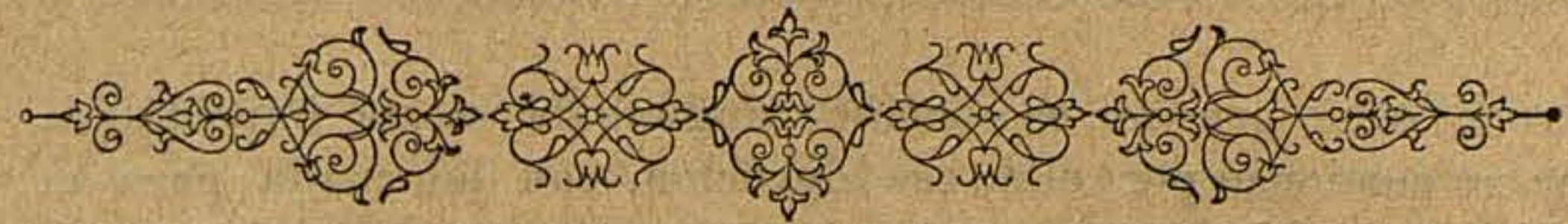
Y ell esclama: Deu vos salve,
Reyna y Mare de pietat,
Vida, dolçura, esperança
Del fill d' Eva desterrat.

Vida, dolçura, esperança,
La multitud repeteix,
Vida, dolçura, esperança,
Y en triunfo 'l condueix

Penidits se li rendeixen
Quants l' havian condemnat;
De dotar sos fills y filles
Sagrament fa la ciutat,

Y ell demana que á la Iglesia
Lo deixin sempre servir,
Perque esclau de la gran Reyna
Vol esser fins á morir.

A la Verge de Vizcaya
Anemsenhi en romeria
Li besarém les sandalies
D' or, argent y pedreria.



Número 18.

APUNTES

SOBRE LA INFLUENCIA DE LA DEVOCION

DEL

SANTISIMO ROSARIO

POR EL

Dr. D. Julian de Pastor y Rodriguez.



Rosa mística....



ENTRE las mil y mil tiernas y patéticas devociones que surgieran en el curso de los siglos, al calor del filial cariño profesado á María. acaso no haya ninguna que pueda competir con la del Santísimo Rosario, ni en popularidad, ni en extencion, ni en admirable y divina filosofía, ni en teológica profundidad colocada de portentosa manera al alcance de todas las inteligencias, ni en provechosos efectos de toda índole. Esa es, efectivamente, la devocion que ya en el seno del hogar, ya en el templo, ora en las calles, vimos practicar desde nuestros primeros años cuantos hemos tenido la incomparable dicha de nacer en pueblos católicos; esa devocion la hemos frecuentado despues constantemente en todos los actos piadosos, hasta el punto de que

parece como que no se concibe ninguno de cierta importancia que no comience por ella; esa devoción, tan adecuada para el sabio como el ignorante, para el niño como para el adulto; para impetrar el auxilio poderoso de María, como para tributarle gracias por las mercedes que nos otorgara, viene constituyendo para todos los católicos el mágico recurso á que acudimos, lo mismo en la prosperidad que en las frecuentes adversidades de la vida. Una sencilla observación confirmaría, si hubiese necesidad de ello, las profundas y extensas raíces que ha echado esa devoción santísima: ¿podreis encontrar muchos católicos que no posean su rosario?

Y si esa devoción tiene para todos tan singular atractivo, ¿qué deberá sucedernos á los que nos podemos gloriarnos de haber nacido en la patria del santo autor del Rosario? ¿En cuánto aprecio no deberemos tener esta insigne gloria de la religión y de la patria á un tiempo mismo?

No puede ya maravillarnos que la ilustre Academia Bibliográfico-Mariana, tan amante de las glorias de la religión de María y de la patria, que en España acostumbra á estar unidas, haya elegido como tema del presente Certamen *la importancia de la devoción del Santísimo Rosario en el mejoramiento del individuo de la familia y de la sociedad en general*. Con ello ha suministrado, por otra parte, una prueba más, sobre las muchas que ya tenia dadas, de su firme adhesión á las doctrinas de la Cátedra pontificia, que recientemente ha propuesto de nuevo el Rosario como el heroico remedio capaz de curar los graves males de que adolece la sociedad de nuestros días.

Y ¿cómo podría permanecer en la ociosidad nuestra pluma ánte el caluroso llamamiento de la esclarecida Academia ilerdense? Verdad es que carecemos de las dotes necesarias para desarrollar con el debido acierto tan interesante asunto; concurre en este caso hasta la desfavorable circunstancia de tener que escribir estos pobres renglones en un rincón de España donde nos es difícil ó imposible utilizar los preciosos antecedentes que sólo pueden encontrarse en el rico arsenal de copiosas bibliotecas; pero ¿nos detendrá el temor de que este humilde trabajo quede oscurecido, ó podrá por ventura más en nuestro ánimo la humillación merecida de quedar vencidos en la lid del Certamen, que el deseo de consagrar á nuestra amadísima Madre el mísero fruto de nuestra menguada inteligencia y frío corazón?

Seguramente que, sin un especial auxilio de María, nuestra obra ha de resultar muy inferior á lo que su materia exige, é indigna, por tanto, de obtener el galardón ofrecido; mas de todas suertes habrémos logrado satisfacer los impulsos de la conciencia que nos excita á emplear algunas horas en honor de la más sublime criatura que saliera de las manos omnipotentes del Eterno, ya que tantas y tantas nos vemos precisados á consumir en los negocios mundanos. Si en ella encuentra el lector algo provechoso, atribúyalo únicamente á la que es dispensadora de todo bien; y si, como es probable, no logra descubrir nada útil, culpe de ello al autor que no puede dar de sí más preciado fruto, y sirva en buena hora para hacer más brillante el triunfo del adalid victorioso.

Por lo que se refiere al plan que nos proponemos seguir en este trabajo, estimamos conveniente comenzar por algunas indicaciones encaminadas á establecer el origen, desarrollo histórico y naturaleza de la devoción del Rosario, aunque limitándonos á meras indicaciones, en cuanto sean necesarias para el asunto principal, ya que cuando se trata de un asunto de esta índole, entendemos que no procede encerrarse en vagas generalidades, sino que, ántes bien, es preciso partir de su propia esencia y fundamento. Con estos antecedentes procuraremos no ya agotar la materia, ni aún repetir todo lo mucho y bueno que sobre ello se ha escrito, sino apuntar algunas consideraciones que sirvan para probar con la debida separación el benéfico influjo que esa piadosa y santísima devoción ha ejercido, y está llamada á ejercer, en el mundo católico bajo el triple aspecto individual, familiar y social.

¡Plegue á la Santísima Virgen del Rosario que cuanto escribamos se inspire únicamente en el más puro deseo de que todo redunde en su mayor gloria!

I.

Origen de la devocion del Rosario.—Variedad de opiniones sobre él.—Establécese su verdadero origen.—Decadencia de esta devocion.—Restauracion de la misma por Alano.—Institucion de la fiesta del Rosario.—El Rosario en los siglos posteriores hasta nuestros dias.

Apénas podrá encontrarse institucion alguna que cuente alguna antigüedad, cuyo origen no haya dado lugar no sólo á opiniones singulares, sino áun á reñida controversia. Tal sucede tambien con la devocion del Rosario.

Hay quien parece deducir que estuvo en práctica entre los solitarios de los primeros siglos de la Iglesia, del hecho de que estos se servian de piedrecitas y otros medios análogos para contar sus oraciones. Otros atribuyen su primitivo origen á San Pablo, abad del monte Fermeo, en la Libia, contemporáneo de San Antonio, fundándose en que hacia trescientas veces al dia una misma oracion, contándolas por igual número de piedrecitas que llevaba consigo (1).

No falta quien lo atribuya á San Benito, ó al Venerable Beda. Escritor hay que relaciona el origen del Rosario con la cruzada que predicó Pedro el Ermitaño, el año 1096, en tiempo de Urbano II: afirma, en efecto, que para escitar á los pueblos á la guerra santa, los exhortaba á rezar todos los dias el Salterio lego compuesto de ciento cincuenta Ave Marías á imitacion del Salterio eclesiástico que consta de ciento cincuenta Salmos (2). Bien que en tal caso el Rosario deberá estimarse de origen mucho más remoto, pues añade que esa devocion la tomó de los solitarios de la Palestina entre los que era muy antigua. El haberse encontrado unas cuentas enebreadas á manera de Rosario en los sepulcros de Santa Gertrudis, que falleció en 667, y de San Norberto, que murió en 1134, ha sido bastante para que algunos sostengan que esa devocion se remonta á dichas épocas. Autores hay que trataron de

(1) Sozomeno y Paladio. (2) Polidoro Virginio.

probar que tal devocion estaba en uso en 1100. Y, para demostrar hasta que punto se han estremado las opiniones, añadiremos que existe quien parece considerar como precedentes del Rosario, el haber ordenado el Papa Leon IV que todos los soldados que rechazaron á los sarracenos desde las mismas puertas de Roma, llevasen como un rosario de cincuenta Ave Marías, atribuyendo la victoria á esa devocion, y la práctica de San Alberto de hacer al dia ciento cincuenta genuflexiones rezando en cada una el Ave Maria (1).

Mas en frente de toda esa variedad de opiniones, que parece ha hecho dudar á algun escritor (2), nosotros no titubeamos en decidirnos resueltamente en favor no ya de la opinion general, y puede decirse unánime, sino de la verdad admitida hoy como inconcusa de que la oracion del Santísimo Rosario tiene por único y exclusivo autor á nuestro esclarecido Santo Domingo de Guzman. No consiente la índole de nuestro modesto trabajo que sigamos al erudito P. Echard y á otros muchos en las luminosas lucubraciones y robusta argumentacion, con que dejaron demostrado ese hecho histórico. Juzgamos suficiente alegar lo que una piadosa tradicion y la historia eclesiástica enseñan de consuno.

Corria el último tercio del siglo XII, cuando una temible secta, derivacion de la antigua maniquea ó pauliciana, como esta lo fué del gnosticismo se propagaba con espantosa rapidez por una gran parte de Francia y especialmente en Alby, de donde tomaron sus secuaces el nombre de *albigenses*. Como indica ya su origen, cúmulo de todos los errores, no era esta heregia cual otras muchas que surgieran en los pasados siglos; no se limitaba á la negacion de este ó del otro dogma, era la negacion absoluta de las más fundamentales verdades del catolicismo, de los principios capitales de la moral cristiana, del culto, y hasta de las mismas bases en que descansa la sociedad civil. Por eso es que, no sólo los Pontífices vieron en ella el más formidable enemigo de la Iglesia, sino que los príncipes católicos se consideraron obligados á combatir por la

(1) Surio. (2) Acaso pudiera citarse en este número al conocido P. Croisset que si bien en más de un lugar afirma que esa devocion se debe á Santo Domingo, dice luego refiriéndose á alguno de los hechos que dejamos citado. "Todo esto prueba lo antigua que es en la Iglesia de Dios la devocion del Rosario; pero sin embargo á Santo Domingo debemos no sólo su resurreccion, por esplicarme de esta manera, sino el celestial método de rezarle y de honrar con él á la Madre de Dios que ahora se practica." En este número puede contarse tal vez al mismo Augusto Nicolás, quien afirma que el Rosario ú otra devocion parecida existia ya mucho ántes.

fuerza de las armas una secta que amenazaba seriamente con la destruccion de los cimientos de toda sociedad política. Los obispos, los Pontífices y los concilios fulminaban censuras y penas canónicas contra los fanáticos y perversos sectarios; se organizaban activas, sábias y fervorosas predicaciones, para sacar á estos de los groseros errores en que cayeran; pero todo, absolutamente todo, era impotente para contener los progresos incesantes de una enseñanza que encontraba favorable acogida en los corazones pervertidos, cuyas pasiones excitaba, utilizando los recursos que tantas veces han empleado ántes y despues los enemigos de la Iglesia. No siendo bastante la palabra de los más santos y esclarecidos predicadores, para poner dique á los errores y abominaciones de los corrompidos albigenses, que lo llevaban todo á sangre y fuego, se recurre, por fin, al uso de la fuerza; y un poderoso ejército, animado por la concesion de las mismas gracias é indulgencias que ántes se otorgaran á los cruzados, se dispone á aniquilar á los enemigos comunes de la Iglesia y del órden social.

En estos momentos solemnes, ante la expectativa de las muchas almas que habian de perderse y la consideracion de los escasos frutos que alcanzaba su ardorosa palabra, el insigne fundador de la Orden de Predicadores, recurre en 1208 á la Santísima Virgen, en su imágen de Nuestra Señora de la Provilla; la Augusta Reina de los cielos se digna aparecérselle llena de gloria; le encarga predique arduosamente la devocion del Rosario á los obstinados hereges; y, enardecido el corazon del Santo con la celestial aparicion, enseña por todas partes ese incomparable método de orar, esplica con singular uncion cada uno de sus grandiosos misterios, y reza con fervor indecible las oraciones que le constituyen; oraciones que son, sin duda alguna, las más sublimes y tiernas que pueden salir de los humanos lábios. Nada añadiremos sobre los resultados de esta pacífica y sobrenatural cruzada, puesto que nos han de ocupar más adelante; diremos unicamente que lo que no alcanzó el rigor de las armas lo hubo de realizar el Rosario.

Hé aquí porque, fundados en lo que la tradicion y la historia enseñan, sostenemos que el autor de esa incomparable devocion fué Santo Domingo de Guzman, ya que no la atribuyamos á la misma Virgen María que con maternal amor se dignó enseñarla á ese esclarecido Santo, insigne gloria de nuestra patria y de toda la Iglesia. Verdad es que las oraciones que constituyen esa tiernísima devocion se repetirían mucho ántes de este tiempo. Y

¿quién puede dudar que desde la cuna misma de la Iglesia se rezarian una y mil veces esas sencillas cuanto sublimes oraciones, cuyos autores fueran el Salvador del mundo y un Arcángel? ¿Pero por ventura consiste el Rosario sólo en la repeticion del Padre nuestro y de la salutacion angélica? ¿Se olvida acaso que esas oraciones están maravillosamente enlazadas con la meditacion de los más augustos misterios, referentes á nuestro Señor Jesucristo y á su Santísima Madre? Y aún por lo que hace la misma repeticion de las oraciones ¿se acostumbraron á combinar ántes de Santo Domingo en idéntica forma que la enseñada por este? Reivindicamos, pues, para nuestro gran taumaturgo, para el sábio y fervorosísimo fundador de la *Orden de la Verdad*, la gloria de haber ideado y defendido esa piadosa y encantadora devocion que viene siendo para todos los católicos el consuelo en sus aficciones, el medio de impetracion de toda clase de beneficios, y el método de orar más generalmente empleado. No dejaremos tampoco de citar los repetidos testimonios de los Romanos Pontífices, que reconocieron siempre á Santo Domingo como autor del Rosario.

Mas ¿qué institucion humana podrá encontrarse que no haya sufrido en su desarrollo histórico el influjo de nuestra debilidad y miseria y las alternativas ocasionadas por las vicisitudes á que está sujeta nuestra vida? No pudo sustraerse á esta ley de la humanidad la devocion del Rosario, aún á pesar de las hondas raíces que habia echado, y que parecia le aseguraban una firmeza y estabilidad singulares. Esa devocion celestial que lograra en el siglo XIII el más rápido y universal desarrollo, decae en la centuria siguiente, hasta el punto de que, si bien nunca llegó á extinguirse por completo, se amortigua de un modo desconsolador. La terrible y debastadora peste que asoló á Europa en ese siglo, se considera por los historiadores como la causa de la decadencia del Rosario; aún que bien puede atribuirse con un piadoso escritor (1) á la astucia del enemigo constante de nuestra salvacion, á quien no podia ménos de disgustar ya el honor que resultaba á María, ya la notable utilidad que reportaban las almas.

Mas no tarda mucho en percibirse una saludable y consoladora reaccion que aviva en las almas el fervor entibiado y restaura completamente en el siglo XV la piadosísima práctica, devolviéndola al más brillante estado que alcanzara en sus mejores

(1) Auriemma (P. Tomas.)

tiempos. Un fervoroso dominico breton, el insigne B. Alano de la Roche, es el medio, de que se vale el cariño maternal de María para realizar esta grande obra de restauracion. En 1375 obtiene de la Virgen el señalado favor de que se le aparezca y le encomiende difunda por todas partes la devocion del Rosario y forme cofradías; y en prueba del gran aprecio que hacia de ese encargo le entrega un anillo formado con sus mismos cabellos y le pone al cuello el Rosario. Mas tarde se le aparece de nuevo y destila en su boca el dulce néctar de su purísima leche. Inflamado el corazon de este predilecto hijo de María con semejantes dádivas, no es difícil imaginar el ardor y entusiasmo con que procuró cumplir la santa mision que Aquella se dignara confiarle. Constantemente y en todos sus actos, su corazon y sus lábios repetian el Ave-María; los muchos años que sobrevivió á tan celestiales apariciones los consagró por completo á publicar y extender por todas partes el Santo Rosario, instituir nuevas cofradías, reformar las existentes y ensalzar las prerogativas y frutos innumerables de esa devocion. Con sobrado motivo afirma el escritor últimamente citado que Santo Domingo plantó este árbol de vida, el Santo Rosario, Alano lo regó copiosamente, y Dios por honor suyo y de su Madre le dió crecimientos tan notables y dilatados que hizo extendiese sus ramas hasta donde nace el sol y hasta donde se pone.

El Rosario obtiene en el siglo XVI un magnífico triunfo que, así la historia eclesiástica como la profana, consignan en sus páginas con caracteres de oro. Avanzaban aún más rápidamente que el siglo las victorias y conquistas de los turcos: en los reinados de Soliman y Selim caen bajo su dominacion Belgrado y la isla de Rodas, Buda, Pesth, Grant, Viena, Chipre y gran número de provincias; ante sus ejércitos siempre victoriosos quedan subyugados los más robustos pueblos; y toda Europa parece próxima á gemir esclava del poderío incontrastable de la media luna y reducida á la barbarie. Unicamente el Santo Pontífice Pio V, el rey de España Felipe II y la república de Venecia tuvieron decision bastante para oponerse al comun enemigo, y llevar la guerra al centro mismo de su imperio, animados singularmente por las exhortaciones del Papa que se manifestó dispuesto á sufragar todos los gastos. Apréstanse las escuadras, cuyo mando se encomienda respectivamente á Marco Antonio Colonna, Don Juan de Austria y al noble veneciano Barbarigo. La formidable armada de los turcos y la arrogancia producida por una

larga y no interrumpida serie de triunfos, hacia creer sin embargo á los fanáticos y soberbios sectarios de Mahoma que la escuadra cristiana, muy inferior en fuerzas, no osaria no ya presentarles el combate, pero ni aún ponerse á su vista.

Era el mes Octubre de 1871. Los turcos se encontraban no lejos del golfo de Corinto, llamado despues de Lepanto, próximo al célebre Accio, donde se riñó la batalla que decidiera del imperio entre Marco Antonio y Augusto. Allí recibieron la inesperada noticia de que los cristianos habian salido de Corfú y volaban á velas tendidas á echarse sobre ellos; inmediatamente levantaron anclas decididos á cortarles el paso y envolverlos, logrando fácil victoria, á la que no sobreviviese ni uno solo de sus enemigos. La armada católica, por su parte, confiando más en el auxilio de lo alto que en sus propias fuerzas, que eran por cierto harto inferiores á las de sus enemigos, no bien avistó á la otomana, lanzó un enérgico y piadoso grito invocando la proteccion de la Santísima Virgen, de quien únicamente esperaban la victoria. Las dos armadas llegaron á encontrarse pronto á distancia de doce millas, colocándose en orden de batalla. Mas ántes de comenzar esta, Don Juan, Generalísimo del ejército católico, manda que se enarbole el estandarte, que recibieran para este fin de manos del soberano Pontífice; precedido de esta insignia sagrada, recorre las filas en su bergantin, exhortando á las tropas á luchar hasta morir, despreciando todos los peligros bajo el estandarte de Jesucristo; y ofrécese un espectáculo digno de fijar las miradas, aún del mismo cielo: al ver los soldados cristianos en la bandera la imágen de un Dios muerto por los hombres, que resplandecia con el oro y las piedras preciosas, aquella multitud erizada de hierro y que parecia sólo ávida de sangre musulmana, se postra humildemente ante su Dios y Salvador, y jura derramar hasta la última gota de sangre por la gloria de su santo nombre. Mas los que poco ántes se habian ofrecido á la muerte, como víctimas pacíficas, se levantan como bravísimos leones que no conocen otro peligro que el de que se les escape la presa (1) dá el héroe don Juan la señal del combate; y las dos armadas se acercan con violencia y estruendo espantosos semejantes á dos furiosas tempestades que se desencadenan en opuesto sentido. Al principiar la accion, el viento favorecía á los turcos; pero, des-

(1) Tales son las palabras del historiador eclesiástico Berault Bercastel.

pues de algun tiempo de completa calma, se torna á favor de los cristianos, llevando el humo de su artillería á la escuadra otomana. Aun á pesar de este cambio, que todos consideran como premio de su confianza en Dios y su Santísima Madre, la lucha prosigue encarnizada cinco horas seguidas; mas la derrota de Siroch, cuya galera fué echada á pique por Barbarigo, comienza á decidir la victoria á favor de los cristianos, no sin que el noble y esforzado genovés y Contarini y Querini, que le suceden en el mando, realicen el sacrificio de sus vidas. Desde ese instante la confusion y la muerte se apoderan del ejército turco: la mayor parte de las galeras mandadas por Siroch se estrellan en su precipitada huida; el centro del ejército cristiano, que ya obtenia alguna ventaja sobre el enemigo, se estimula con el heróico ejemplo, hace un fuego infernal contra la capitana turca; muere Alí generalísimo de los otomanos; abordan aquella; arrancan de ella la media luna; Don Juan manda cantar la victoria; y perecen degollados multitud de musulmanes. Hay quien hace subir á más de treinta mil las bajas de los turcos, á cinco mil los prisioneros y á ciento treinta las galeras apresadas, habiendo desaparecido otras noventa; y seguramente no habria escapado uno solo si Doria, que mandaba el ala derecha, hubiera opuesto igual resistencia que el resto de la escuadra. Mas de quince mil cautivos recobraron la libertad en esta gloriosísima jornada que costó á los cristianos ocho mil soldados.

Tal fué en breve resumen, la insigne victoria conseguida el siete de dicho mes de Octubre, atribuida en gran parte, ya que no se debiera totalmente, á las oraciones del Santo Pontífice Pio V, y á las de los muchos fieles que, unidos á los cofrades del Rosario, redoblaban sus súplicas para obtener el triunfo de las armas católicas. Así lo reconocieron todos y singularmente el Senado de Venecia que, al dirigirse á toda la república y á las naciones aliadas, escribia estas notables palabras: «No son los generales, no son los hombres, no son las armas, es Nuestra Señora del Rosario quien nos ha dado la victoria». El carácter sobrenatural de ésta se confirma por la manera prodigiosa con que llegó á conocimiento del Santo Pontífice: hállabase éste celebrando consistorio en el momento en que se libraba el sangriento combate; de repente se levanta, abre una ventana, vuelto hácia el mar queda inmóvil y con los ojos elevados al cielo, y después, cerrando la ventana, dice á los allí reunidos: «Ya no se trata de otra

cosa que de dar gracias á Dios por la victoria que acaba de conceder á su pueblo».

El terror de los sarracenos fué tal que los habitantes de Constantinopla creían ver ya al enemigo á sus puertas, y daban á guardar sus tesoros á los cristianos, rogándoles que cuando se hicieran dueños de la ciudad y del imperio todo, les perdonáran las vidas y los tratáran con piedad.

La importancia capital de este extraordinario suceso y la gratitud que debió naturalmente inspirar en todos los corazones hácia la Santísima Virgen, decidieron á San Pio V á instituir en toda la Iglesia una fiesta, en conmemoracion de aquel, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria*, agregando además á la letanía la invocacion de *auxilio de los cristianos*.

Dos años después el Pontífice Gregorio XIII sustituyó dicho título por el de *Nuestra Señora del Rosario*, mandando que se celebrase todos los años el domingo primero de Octubre, y derramando los tesoros de la Iglesia sobre los que se consagráran á la devocion del Rosario (1). La mencionada festividad se limitó á los templos en que hubiese capilla ó altar de Nuestra Señora con el título del Rosario; pero luégo se fué ampliando paulatinamente, hasta extenderle á toda la Iglesia. En efecto; Clemente X, á instancias de nuestra Reina Doña Mariana, la hizo estensiva á toda la Península y á las posesiones sujetas al Rey católico, aunque no hubiese capilla ó altares con la expresada invocacion (2); la Congregacion de Ritos otorgó igual gracia á diversas ciudades y diócesis de Italia y otros reinos; el emperador Leopoldo pidió á la misma Congregacion que estendiese el oficio y misa del Rosario á toda la Iglesia, lo cual no llegó á realizarse por haber sobrevenido la muerte del Pontífice Inocencio XII; y por último, Clemente XI, movido por los señalados triunfos que en 1716 alcanzáran las armas católicas por intercesion de la Virgen del Rosario, amplió dicha festividad á toda la Iglesia, mandando que se celebrase con rito doble mayor y misa propia.

Los gloriosos acontecimientos últimamente indicados son, á la verdad, una nueva y brillante confirmacion, de los grandes beneficios que ha reportado el mundo católico de la práctica de esa devocion piadosísima y de lo muy arraigado que se encontraba su

(1) Bula "Salvatoris" por la que concedió la indulgencia plenaria "toties quoties."

(2) Breve de 26 de Setiembre de 1671.

uso; y no podemos dispensarnos de hacer mencion de ellos siquiera sea brevemente.

El emperador Cárlos VI vió coronada la guerra que hacia á los turcos con la gloriosa victoria Temesvar llamada tambien de Selim, alcanzada el 5 de Agosto de 1716 fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, y que constituyó uno de los más brillantes triunfos que hayan alcanzado en el curso de los siglos las armas católicas contra los infieles. Refiérese que estos dejaron tendidos en el campo de batalla treinta mil hombres, sin contar los prisioneros, perdiendo toda la artillería, tiendas, bagajes, provisiones y todas sus banderas y estandartes. Tan señalada victoria se conseguía precisamente en los mismos momentos en que los cofrades del Rosario celebraban su procesion; y, reconociendo el Pontífice que se debia á la proteccion de la Virgen, mandó cantar en accion de gracias una misa solemne en Santa María la Mayor. Pocos dias despues, el 22 del mismo mes, octava de la Asuncion de Nuestra Señora, los turcos levantaban repentinamente el sitio que tenian puesto á Córcega, atribuyendo tambien este inesperado suceso á la devocion del Rosario que habia mandado continuar por aquellos dias.

Por lo que especialmente se refiere á España, pais clásico de la devocion á María y cuna del Rosario, citaremos como una de las muchas pruebas que pueden aducirse del celo de nuestros católicos monarcas por la difusion de aquel, el auto acordado que dictó Felipe IV, mandando que se escribiese á los Obispos para que exhortasen á los curas y prelados de los conventos, á que introdujeran esa devocion por ser muy útil á los fieles, y que lo mismo se hiciese con las Justicias y Corregidores (1).

La multitud de cofradías del Rosario que se erigieron en todo el órbe católico, la frecuencia con que no sólo en los templos sino tambien en las calles se practicaba esa edificante devocion, las mil y mil iglesias, altares é imágenes dedicados á Nuestra Señora bajo esa advocacion, y otros numerosos datos que no nos permite esponer la índole de este trabajo, prueban acordemente que, como notamos al principio, el Rosario es una de las devociones más profundamente arraigadas y estendidas en toda la Iglesia.

Y ¿qué diremos de la época contemporánea? ¿No se observa

(1) L. 21. Tit. I. Lib. I. Nov. Recop.

en todas partes un movimiento consolador de progreso y florecimiento de esa hermosísima devocion? La elocuente y conmovedora voz del sabio Pontífice Leon XIII ha excitado al mundo católico á que utilice con especial energia y fervor el arma poderosa del Rosario, recordando las grandes victorias que mediante ella se alcanzáran desde su institucion; y todos y en todas partes se han esforzado por renovar esa devocion de que nuestros padres nos dejáran tantos y tan edificantes ejemplos.

II.

Que sea el Rosario.—Diversos nombres con que se ha designado esta devocion.—Indicaciones sobre la naturaleza, objeto y fin del Rosario.—Diversas formas del mismo: explicacion de cada una de ellas.—Las cofradías del Rosario.—Indicacion sobre las indulgencias concedidas en favor del Rosario.

Dada una ligera idea del origen y desarrollo histórico de la devocion del Rosario, procede, segun el plan propuesto, esponer algunas indicaciones sobre la naturaleza de la misma. La primera idea que surge en este orden de consideraciones, es la explicacion del nombre con que universalmente se conoce esa piadosa devocion, así como la de otros títulos menos usuales con que se le designa.

«Llámbase Rosario, dice un piadosísimo escritor (1), porque de la manera que el rosal tiene hojas, espinas y flores, tambien á esta semejanza se parten y meditan los misterios del Señor y de la Virgen, dividiéndolos en gozosos, que significan las hojas, en dolorosos, que significan las espinas, y en gloriosos, que significan las flores y las rosas.» Poético y tierno origen atribuye alguno á esa denominacion aplicada al instrumento que sirve para rezar el Rosario. Rezaba este un pastorcito, miéntras apacentaba su ganado, contando los dieces con los dedos. Al terminarlo le ocurre tomar un sarmiento, formar con él unas bolitas y enebrarlas en un junco; y al retirarse con sus ovejas cuelga su invento

(1) V. Palafox.

de las ramas de un árbol para servirse de él al día siguiente; vuelve en efecto á la mañana y en lugar de la rústica sarta que allí dejó, encuentra otra preciosísima de rosas blancas y á cada diez una encarnada. Sorprendido por tan raro fenómeno, pues era el mes de Diciembre, corre á llevarla á sus amos, quienes la presentan al párroco y este al obispo, y todos le dan el hermoso nombre de *Rosario*. Un religioso, dice otro escritor, rezaba el Rosario ante la imágen de Nuestra Señora: á cada Ave María, el niño Jesus, que la Virgen tenía en sus brazos, cogía una rosa; fué formando con ellas una guirnalda, y luégo la puso sobre la cabeza de su Madre. El Rosario, en efecto, como dice Mezerai, es «una corona de rosas para colocarla sobre la cabeza de la Reina de los Angeles.»

El Rosario se ha llamado tambien primitivamente, y continúa llamándose aun en algunas partes *Pater noster*, *Corona*, pues, como dice el P. Cartagena, proporciona á quien lo reza la corona de la gloria, bien que ese nombre se ha aplicado generalmente á otras devociones análogas, *Cordicela* ó cuerdecita, porque en la primera época se hacían los rosarios con cuerdas, formando las cuentas con nudos pequeños para las *Ave-Marias* y mayores para los *Glorias*, y tales parece que eran los Rosarios que llevaba y repartía Santo Domingo durante su predicacion; y, por último, se denominó *Cadena*, para significar tal vez que esa devocion une estrechamente al hombre con Dios.

Sabido es que el Rosario completo consta de ciento cincuenta *Ave-Marias*, distribuidas en quince dieces, y cada uno de estos precedidos de un *Pater noster* y terminados por un *Gloria Patri*, debiéndose meditar en cada una de las decenas sobre uno de los quince principales misterios relativos á la vida de Nuestro Señor Jesucristo ó de su Santísima Madre. Dichos misterios se dividen en gozosos, dolorosos y gloriosos. Los gozosos se meditan los lunes y jueves de cada semana, y se refieren á la niñez de Jesus, á saber, la Encarnacion, la Visitacion de Nuestra Señora, el Nacimiento de Jesucristo, la Purificacion y la Invencion de Jesus en el templo. Los dolorosos corresponden á los martes y viernes, y son relativos á la pasion y muerte de Jesus, meditándose en ellos la oracion del huerto, los azotes, la coronacion de espinas, los azotes y la crucifixion. Los gloriosos se rezan los domingos, miércoles y sábados, y todos ellos se refieren á los triunfos de Jesus y María despues de la resurreccion, comprendiendo, además de ésta

la Ascension del Señor, la venida del Espiritu Santo y la Asuncion y Coronacion de Nuestra Señora. Todo el Rosario se divide en tres partes iguales, de cinco decenas, cada una de las cuales se llama tambien Rosario, porque ordinariamente sólo se reza cada día una de dichas partes. Todo él ó cada una de sus partes acostumbra á comenzar por las preces establecidas al efecto, y termina con la letanía lauretana y otras preces y oracion. Frecuentemente se rezan luego diversas oraciones, como el Credo, la Salve, Padre nuestro, Ave-María y otras, ya por las necesidades generales de la Iglesia y del Estado, ya por la intencion particular de los que se ejercitan en devocion tan santa.

El Rosario se encuentra, pues, constituido esencialmente por la oracion vocal y mental. La primera consta de las plegarias más sublimes de la religion: el Padre nuestro, ú oracion dominical, que tiene por autor al mismo Jesucristo; y el Ave-María ó salutation angélica, enseñada en su primera parte por el Arcángel San Gabriel, y en la segunda por el Concilio de Efeso. La segunda tiene por objeto los misterios más augustos del catolicismo, fundamento de nuestras creencias y alma de la divina economia del cristianismo.

He aquí la grandiosa y, podríamos decir, como inspirada organizacion del Rosario. Comiénzase por la oracion que nuestro mismo Salvador se dignó enseñarnos, por la que pedimos todo lo más conveniente para la gloria de Dios, para nuestro propio bien y para nuestro prójimo: en cuanto á la gloria de Dios, pedimos que toda criatura cumpla su santísima y perfectísima voluntad; por lo que hace á nosotros y á nuestros prójimos solicitamos los bienes espirituales y temporales de esta vida y los eternos del cielo, y la preservacion y libertad de todo género de males. ¡Oh sublime y admirable oracion! ¡En tus breves y sencillas frases encierras cuanto los mortales podemos y debemos pedir! La inteligencia humana es impotente para concebir tanta grandeza. ¡Sólo de los lábios divinos pudo aprender el hombre la forma adecuada para dirigirse á Dios! Sigue luégo el Ave-María, oracion tiernísima, compuesta de las mismas palabras que pronunciadas la primera vez por un Arcángel, hicieron estremecer de gozo las entrañas de María; hermosísima plegaria que á la vez constituye constante profesion de fe en su divina maternidad. Y, por último, concluye con la magestuosa doxología del *Gloria Patri*, por la que confesamos el augusto misterio de la Santísima Trinidad y, en

cierto modo, unimos nuestra débil voz á los himnos que incesantemente cantan los coros celestiales. La preciosa corona del Rosario recibe su esmalte, digámoslo así, con la Letanía lauretana, magnífica guirnalda, compendio hermosísimo de las más tiernas y poéticas invocaciones.

Pero, si el Rosario es grande y magestuoso al par que sencillo en las oraciones que lo constituyen, es aun más grandioso y sublime en los misterios que ofrece á nuestra meditacion. Ellos ofrecen á nuestra inteligencia ámplio horizonte en el que puede descubrir los lazos misteriosos que unen nuestra existencia terrenal con las divinas regiones del Empíreo; ellos muestran á nuestra consideracion los principales hechos de la vida de Jesus y María, fuentes de nuestra salud espiritual y de nuestra vida: ellos nos enseñan de un modo práctico y con toda la elocuencia del ejemplo las virtudes que debemos practicar, y que constituyen el incomparable edificio de la moral cristiana; ellos dan á conocer todo lo que debemos creer, el objeto donde deben dirigirse nuestras aspiraciones, el objeto de nuestra esperanza, y los más poderosos motivos de nuestra caridad. Y todo esto del modo más llano y adecuado á todas las inteligencias, aún las ménos cultivadas.

De esta suerte, como dice Augusto Nicolás, refiriéndose á la institucion del Rosario por Sto. Domingo, sobre aquella repetición multiplicada de profesion de fe en el misterio de la Encarnacion, que la uniformidad podia hacer monótona, distribuyó, como una especie de tema capital de la fe, toda la enseñanza católica, de quince meditaciones sobre los misterios más principales y más tiernos de la Religion. Con esto compuso, por decirlo así, un compendio teológico, una especie de catecismo para el uso del pueblo, que tenia el doble caracter de doctrina y de oracion, para mantener al mismo tiempo la fe en los espíritus y el amor práctico en los corazones.

He aquí la admirable síntesis del Rosario; hé aquí algo del objeto, fin y espíritu de esa maravillosa composicion de la que ha dicho el escritor citado que, el génio no bastaria para explicarla.

La importancia del Rosario en sí mismo y los beneficiosos resultados que produjera en todas épocas, han dado origen á diversas instituciones establecidas sobre la base fundamental de la primitiva, y que constituyen lo que hemos llamado sus formas. Pueden estas reducirse á tres: la cofradía, el Rosario perpétuo y guardia de honor de María y el Rosario viviente. Harémos algu-

nas indicaciones sobre cada una de ellas y, en especial, sobre la primera, por exigirlo así su origen, interés y naturaleza.

El Rosario perpétuo fué instituido por un religioso dominico hácia el año 1635, estendiéndose extraordinariamente en los pontificados de Urbano VIII é Inocencio X, hasta el punto de que sólo en España y Francia existian dos millones de asociados. Alejandro VII, Inocencio X, Clemente VII y Pio VI, protegieron decididamente esta institucion, enriqueciéndola con innumerables indulgencias. Habiendo decaído en la época contemporánea por efecto de las nuevas ideas propagadas por la revolucion impía, otro religioso dominico del convento de Lyon, el P. María Agustin Chardon, que murió santamente en 1862, se encargó de restaurarlo en 1858. El entusiasmo que despertó la predicacion de esta obra fué tal, que innumerable muchedumbre de fieles de todo sexo, edad y condicion se apresuró á inscribir sus nombres; y dos meses despues estaba completamente organizada.

En su primera época, esta devocion consistia en emplear una hora cada año en rezar el Rosario completo con las correspondientes Letanías; al paso que en la segunda debe dedicarse una hora cada mes, quedando generalmente la eleccion del dia y de la hora á voluntad de cada *caballero*. Para inscribirse en el Rosario perpétuo se exige ser cofrade del Santo Rosario, cumpliendo las obligaciones de tal, y remitir al Capellan del Rosario de la iglesia, en que se encuentre establecida la Asociacion, una nota espresiva del nombre y del dia y hora elegidos, á fin de que se haga constar en el registro correspondiente. La Asociacion se divide en secciones y divisiones: las primeras comprenden el dia, y las segundas el mes. Al frente de cada seccion hay un jefe que cuida de encontrar veinte y cuatro personas que se encarguen de cada una de las horas del dia y de la noche; al frente de cada division existe otro jefe que tiene á su cargo buscar treinta y una personas para los treinta y un dias del mes; y al frente de toda la Asociacion hay un Director que es el espresado Capellan del Rosario. Para aquellos que por sus ocupaciones no pueden disponer del tiempo necesario para entrar en los cuadros de la gran division de treinta y un dias, se han establecido divisiones especiales para los cuatro ó cinco domingos del mes. De esta manera se consigue que ni en un solo momento ni de la noche falte quien alabe á la Santísima Virgen, mediante el rezo del Santo Rosario.

Denomínase *Rosario viviente* otra Asociacion instituida por la

Señorita Paulina María Jaricot, en 1826, y aprobada por el Papa Gregorio XVI en 1832. El fin de la misma fué reanimar la devoción del Rosario, resfriada algun tanto por efecto de las circunstancias. Para pertenecer á esta Asociación no se necesita ingresar en la Cofradía del Rosario; pero en tal caso no participan tampoco los asociados de las numerosas gracias concedidas á la última. Al frente de todos se halla un Director supremo que es el general de los Dominicos. Dividense los asociados en grupos de quince personas, bajo la direccion de un celador ó celatriz. Al principio de cada mes se sacan por suerte entre los individuos de cada grupo los quince misterios del Rosario; y cada uno de aquellos debe rezar diariamente un padre nuestro y diez Ave Marías, meditando sobre el misterio que le cupo en suerte. Esta Asociación es, por tanto, una nueva forma del Rosario perpétuo, acomodado á aquellos que no encuentran facilidad para dedicar una hora al rezo del Rosario.

Pero la forma más importante y antigua, y que constituye como la base de todas las demás es la *Cofradía del Rosario*. Tuvo por fundador al mismo autor del Rosario, Santo Domingo de Guzman, quien desde los primeros momentos de tan santa devoción reunió una buena porción de fieles asociados con el fin de honrar á la Santísima Virgen, por medio de ella, de la meditación de sus misterios y la práctica de las virtudes que de ellos se deducen. Este fué como el gran ejército de cruzados que, bajo la sábia direccion de los religiosos de su Orden opuso el santo á los errores y depravacion de los albigenses. Considérase como la más antigua de todas las cofradías; y constantemente ha producido frutos abundantísimos de piedad y santificación. Por eso es que los Pontífices, en número de veinte y cuatro, han concedido á los cofrades indulgencias y privilegios extraordinarios y abundantísimos. Todas las cofradías se hallan sujetas á la autoridad del General de la Orden de Predicadores, y gozan de los mismos privilegios otorgados á la archicofradía erigida en la iglesia de la Minerva en Roma. Para erigir la Cofradía del Rosario se debe solicitar autorizacion del General, remitiendo al efecto por conducto del superior las letras de fundacion autorizada con el permiso del Obispo de la diócesis; debe obtenerse tambien el permiso del Prior de la Orden más próximo al pueblo de la fundacion; el predicador ha de ser designado por dicho Prior ó el Padre Maestro General; es condicion precisa que en el mismo pueblo no haya otra

cofradía del Rosario ó que, si existe se obtenga indulto apostólico, y se ha de hacer protesta de que, si la Orden de Predicadores tiene algun dia convento en el pueblo, pase á él la Cofradía. Tambien se exige, áun que esto no afecta á la validez de la institucion, que el primer domingo de Octubre se celebre la fiesta del Rosario con Misa y oficio canónico; y que en la capilla de la Cofradía se pinten los quince misterios del Rosario y á Santo Domingo recibiendo éste de manos de la Virgen. Obtenida la autorizacion, preparada la imágen de Nuestra Señora y abierto el libro de la Cofradía, se copian en éste las letras del General, se extiende el acta de fundacion, y despues de celebrar la funcion de iglesia se inscriben los nombres de los cofrades, cuya recepcion se verifica solemnemente. Puede llevarse un segundo libro, en el que se consignen los nombres de los cofrades de número que deseen contribuir con alguna cuota para los fines que se establezcan, y en el cual pueden tambien estenderse las actas y nombramientos; pero teniendo siempre en cuenta que el verdadero libro de la Cofradía es el primero. Para ingresar en la Cofradía basta inscribir el nombre y apellido del asociado en este libro. Ninguna de las obligaciones que se imponen á los cofrades obliga bajo pena de pecado; obligaciones que consisten sustancialmente en rezar cada semana el Rosario completo, esto es, de quince misterios, bien en una sola vez, bien cada parte y, áun por decenas; y en meditar los respectivos misterios, sin cuya condicion no pueden ganarse las indulgencias, á ménos que sea imposible cumplirla. Por lo demás, se excita á los cofrades á tomar parte en los ejercicios generales de la Cofradía, rezar el Rosario publicamente en la iglesia ó fuera, visitar el altar del Rosario, asistir á las procesiones y frecuentar los Santos Sacramentos.

Existen, además de estas tres formas principales, diferentes prácticas piadosas, cual sucede con la consagracion del mes del Rosario ó de Octubre, práctica tan eficazmente recomendada y aun prescrita por nuestro actual sabio Pontífice.

Hemos indicado más de una vez las innumerables gracias é indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices en favor del Rosario. No nos proponemos hacer una enumeracion completa de todas ellas por no consentirlo la naturaleza y extension de nuestro trabajo; pero no creemos que podamos dispensarnos de hacer alguna indicacion de las principales, siquiera fuere sólo para que no deje de constar este dato importantísimo, para el fin de estos

apuntes, sino tambien porque acaso pudiera mover á alguno á aprovecharse de tan extraordinarios privilegios (1).

Además de participar de todos los méritos y sufragios de oracion, penitencia y buenas obras de la Orden de Santo Domingo, los cofrades pueden lucrarse de las siguientes indulgencias plenarias: Dos en el dia de su ingreso, si rezaren una parte del Rosario; tres en el primer domingo de cada mes; cuatro, en cada una de las festividades de la Santísima Virgen; todas las de los primeros domingos de mes y otras tres más en la fiesta del Santísimo Rosario; otra en las fiestas de los misterios del Rosario; dos en cada uno de los dias de las estaciones y de las principales festividades; las concedidas al que reza el rosario entero y por la procesion de la primera dominica de cada mes, por la Misa votiva del Santísimo Rosario celebrada por sacerdote con facultad para ello; tres para los enfermos y legítimamente impedidos; cinco para los moribundos; todas las espresadas aplicables á los difuntos, siendo privilegiado el altar del Rosario; otra á los que asisten á los ejercicios del mes de Octubre; dos á favor de los asociados del Rosario perpétuo y otra el último domingo de cada mes. La multitud de indulgencias parciales puede deducirse del considerable número de plenarias que acabamos de indicar. Todas ellas muestran la largueza con que los Romanos Pontífices han derramado el tesoro de la Iglesia en favor de los devotos del Rosario; y serian por sí solas motivo más que suficiente para excitarnos á practicar tan santa devocion, á la vez que constituyen una prueba concluyente en pró del tema que sirve de asunto á estas desaliñadas frases.

(1) El que desease adquirir una noticia detallada de estas indulgencias, puede consultar el catálogo de las aprobadas por la Sagrada Congregacion el 18 de Setiembre de 1862.

III.

Influencia del Rosario en el mejoramiento del individuo.—Indicacion de las principales utilidades que este puede reportar del juicio de dicha devotissima práctica.—Contestacion á los argumentos que suelen oponerse.

Los antecedentes que acabamos de exponer, aunque con la brevedad suma que nos imponia la naturaleza de nuestro trabajo, nos permiten entrar ya con algun conocimiento del asunto en el exámen detallado del mismo; ya que por sí solos suministran abundante materia á la meditacion y forman un conjunto de datos suficiente para que, quien reflexione sin pasion sobre ellos pueda y deba sacar deducciones importantísimas en favor de nuestro tema.

La redaccion de este y el órden lógico de las ideas exigen que comencemos por el estudio de la influencia del Rosario sobre el individuo. Pero, ante todo, debemos hacer constar que cuanto escribimos se dirige principalmente á los católicos, renunciando á convencer á los que tienen la desgracia de no creer; pues se hace imposible toda discusion seria y científica contra los que niegan los principios, y la fé es un dón de Dios. Confiamos, no obstante, en que aun los últimos, si reflexionan sin prejuicio, como ha dado en decirse, no podrán ménos de reconocer, cuando ménos, alguna de las muchas ventajas que resultan de la práctica de esta devocion santísima.

El Rosario alcanza al hombre el amparo poderoso de María. La salutacion angelica que, al pronunciarse la primera vez, no pudo ménos de inundar de gozo su purísimo corazon ¿dejará de producir en él impresiones gratísimas cuando tan reiteradamente la repitamos? La confesion de su divina Maternidad, la continua alabanza, los santos propósitos y resoluciones que simboliza el Rosario, cuando se reza debidamente ¿no serán motivos bastantes para que María, como cariñosa madre, extienda sobre nosotros su piadoso manto é incomparable proteccion? Y si María nos protege ¿qué podemos temer? Y si Ella se constituye en abogada nuestra ¿qué no debemos esperar de su divino Hijo, que nada

niega á su Madre? Por eso dice el venerable Palafox que este santo ejercicio tiene con la devocion la facilidad, con la facilidad la dulzura, con la dulzura la eficacia, con la eficacia la santa importunacion, con la santa importunacion la confianza, con la confianza la impetracion, y con ésta el amparo de la Virgen, que es el logro de todos nuestros deseos, amable prenda de conseguir los bienes eternos y temporales.

El mismo Santo Obispo de Osma enumera, como otra de las utilidades del Rosario, el haberse reconocido que rezarle ablanda los corazones de aquellos que le frecuentan, y los hace dóciles y suaves para apartarse de lo malo, acercarse á lo bueno, ejercitarse en lo mejor, y oír y seguir los consejos del Salvador de las almas. Ni puede suceder otra cosa, ante la consideracion de los augustos misterios que forman como la médula y el espíritu del Rosario. Ese es el tesoro inagotable, de donde los santos sacaron las heróicas virtudes que los elevaran á un grado de perfeccion que los más apénas podemos concebir, y fuerzas suficientes para perseverar y adelantar en ese camino hasta el último momento de su vida.

Sirva de ejemplo el insigne San Francisco de Borja. Cuando rezaba el Rosario, lo cual practicó todos los días, reconocia en cada misterio el dón de Dios, se confundia por lo poco que habia aprovechado y pedia alguna merced al Señor. En la Encarnacion, reconocia el amor que trajo al Hijo de Dios al mundo, humillábase por lo poco que le habia amado y pediale su amor y encendida caridad. En la Visitacion á Santa Isabel, consideraba la caridad del Hijo de Dios y de la Virgen para con los prójimos, confundíase de la poca compasion que él tenia para con ellos y pedia la caridad para los prójimos. En el Nacimiento del Señor, miraba la pobreza y desnudez del Hijo de Dios, se avergonzaba de verse rico y regalado y pedia amor y deseo de santa pobreza y aborrecimiento del regalo. En la Presentacion y Purificacion, adoraba la limpieza de la Santísima Virgen, lloraba la que á él le faltaba y suplicaba á Dios le diese perfecta castidad de su alma y de su cuerpo. En la pérdida y hallazgo de Jesus en el templo, se confundia de no haber obedecido la ley de Dios y pedia obediencia perfecta y conformidad con la divina voluntad. En la Oracion del huerto, consideraba la fervorosa y resignada oracion de Cristo, reconocia su tibieza en la oracion, y pedia espíritu y dón de oracion y resignacion para beber el cáliz de cualquier trabajo que

Dios le enviase. En los Azotes de Cristo, lloraba su poca penitencia y pedia ánimo y esfuerzo para maltratar su cuerpo. En la Coronacion, se dolia de la ambicion y estima de las honras mundanas y pedia el desprecio de ellas. En la Cruz á cuestas, conocia cuán áspera se le hacia á él cualquiera tribulacion, y pedia conformidad y alegría para llevar la cruz que Dios le enviara. En la crucifixion adoraba aquella perseverancia en la obediencia al Padre Eterno, lloraba su poca perseverancia en los buenos propósitos y pedia la perseverancia de los mártires, aunque considerándose indigno de recibir esa gracia. En la Resurreccion de Cristo glorioso, cobraba esperanza de resurreccion, confundíase de no haber resucitado á tanta vida, y pedia renovacion del hombre interior. En la Ascension del Señor, gozábbase de verle donde merecia su Santísima Humanidad, avergonzábbase de verse tan bajo y terreno y pedia la gracia de que su trato y conversacion fuera en los cielos. En la Venida del Espíritu Santo, daba el parabien á la Iglesia de tener tal huesped, dolíase de su poca disposicion para tenerlo en su alma y pedia sus divinos dónes. En la subida de la Virgen á los cielos se regocijaba de tener allí tal Abogada, pesábale de no haber sido más devoto y pedia su intercesion con su Hijo. Y en la Coronacion de Nuestra Señora, miraba cómo se coronaba la virtud en el cielo, confundíase de verse tan indigno de ser coronado y pedia que fuese allí su intercesora para que él no perdiese por sus pecados el premio eterno (1).

Y si este fruto sacaban los más eminentes Santos ¿cuán grandes utilidades no podrémos alcanzar nosotros tan faltos de virtudes y llenos de imperfecciones y miserias? Si una sola Ave-María tiene en concepto del Beato Alano tal virtud que se alegra el cielo, huye el demonio, tiembla el infierno, crece la devocion, nace la compuncion y se aviva la esperanza (2) ¿qué sucederá mediante la repeticion de tantas y tantas Ave-Marías? Hé aquí porqué el mismo Beato llama con justicia al Rosario *Reina de todas las oraciones* (3).

El ejemplo de los Santos, de esos héroes de la humanidad que lograron vencer al enemigo más formidable del hombre, sus pasiones, y que llegaron como al grado supremo de perfeccion que

(1) V. el P. Juan Eusebio de Nieremberg.

(2) Cum dicitur Ave-Maria, cœlum gaudet, Sathan fugit, infernus contremiscit, crescit devotio, oritur compunctio spes proficit.

(3) Regina omnium orationum.

pueden alcanzar los mortales sobre la tierra, debe ser para toda persona creyente, y aún para el más descreído, prueba práctica é irrecusable de la benéfica influencia del Rosario en el mejoramiento del individuo. Sería á la verdad acto de satánica soberbia suponer que esa devoción tan estimada por San Francisco de Borja, Santa Teresa de Jesus, San Vicente de Paul, San Carlos de Borromeo, San Francisco Javier, San Francisco de Sales, y tantos y tantos otros debe ser despreciada ó tenida en ménos por los que vivimos en la abyección del vicio, esclavos de las pasiones y sugetos á todo género de imperfecciones. ¡Ah! Si llegáramos una vez á adquirir el conocimiento perfecto de las saludables verdades que encierran los misterios del Rosario; y si, sobre todo, conformáramos nuestras acciones con esas celestiales enseñanzas, seguramente nos elevaríamos en breve á un alto grado de perfección y seríamos todos no solamente buenos católicos, sino á la vez excelentes ciudadanos. La confusión de ideas que domina en la sociedad actual, hace necesario repetir incesantemente la verdad que debiera considerarse ya como plenamente establecido y demostrada, de que sólo dentro de las prácticas del catolicismo puede alcanzar el hombre la felicidad incompleta que le es permitido poseer en este mundo.

El patrocinio de Nuestra Señora en favor de los que se ejercitan en la santa devoción del Rosario, se ha mostrado también innumerables veces de un modo milagroso. Limitándonos á los hechos relativos al perfeccionamiento individual, recordaremos que á unos libra de los ataques de los espíritus malignos; á otros alcanza la gracia de la conversión; á estos les dió luz para conocer el estado que debían abrazar; á aquellos les consiguió perfecta contrición y perdón de sus pecados; y se logran por su medio la pureza y otras virtudes, la gracia de recibir los Santos Sacramentos en la hora de la muerte, la liberación de los peligros y otras mil y mil mercedes análogas. Fácil nos sería descender á larguísima enumeración de los muchos milagros que se realizaron mediante el Rosario y de los que están llenas, no sólo las crónicas de la Orden de Predicadores, sino también cuántas obras se han ocupado en él, hasta el punto de que el venerable Palafox escribe que duda que por otra devoción alguna de la Iglesia, fuera de los Sacramentos y de la cruz del Señor y ley santa, se hayan hecho tantos, tan grandes y tan repetidos; pero la naturaleza y extensión de estos Apuntes nos impiden hacerlo, y nos obligan á limitarnos á esa indicación general.

La multitud de indulgencias y gracias espirituales con que la Iglesia ha enriquecido la devoción del Rosario, constituyen también poderoso aliciente para consagrarse á ella y obtener las singularísimas utilidades que de su práctica pueden resultar.

Después de lo dicho sólo hemos de apuntar una última consideración que por sí sola sería suficiente para dejar plenamente demostrado nuestro aserto. Tal sucede con la doctrina de los Sumos Pontífices, quienes á la vez que derramaban abundantísimas gracias sobre los devotos del Rosario, proclamaban las excelencias y utilidad de éste. Así, Urbano IV afirmaba que proporciona todos los días ventajas al pueblo cristiano; Sixto V dijo que este modo de orar es ventajoso en honor de Dios y de la Santísima Virgen, y particularmente propio para desviar los peligros que amenazan al mundo: Leon X declaró que se había instituido contra los heresiarcas y perniciosas herejías; Julio III le denominó gloria de la Iglesia; San Pio V auguró que con la divulgación de estas preces los fieles principiaron á animarse en la meditación y á inflamarse en la oración, llegando á ser hombres distintos de lo que ántes eran, disipándose la herejía y brillando la luz de la fe en todo su esplendor; Gregorio XIII hizo constar que Santo Domingo había instituido el Rosario para apaciguar la cólera de Dios é implorar la intercesión de la Bienaventurada Virgen María; y nuestro insigne Pontífice Leon XIII, al recordar esos brillantes testimonios, afirma que está ya bien demostrado que esta fórmula de oración es particularmente agradable á la Santísima Virgen, y sobre todo propia para la defensa de la Iglesia, á la par que para atraer toda suerte de beneficios públicos y particulares.

No faltan, sin embargo, desgraciadamente quienes, lejos de procurar utilizarse de los beneficios de esta admirable obra del espíritu católico, nó sólo la tienen relegada á completo olvido, sino que procuran desacreditarla y ridiculizarla, no sabemos si por juzgarla tan pueril é inútil como suponen, ó por cohonestar, siquiera fuese con vanos pretextos, su culpable indiferencia. Aunque no consideramos que sus razonamientos sean capaces de convencer á ninguno, nos consideramos en el deber de decir algo sobre tan erróneos pareceres.

Consideran algunos como ridícula, pueril y hasta reñida con el buen gusto, esa repetición enfadosa y monótona, á su juicio, de una misma oración; y están, por tanto, muy lejos de incurrir

en ese que consideran como delito de lesa magestad contra la estética y la razon. Triste es, por cierto, la situacion en que se encuentran las inteligencias que así discurren y de los frios corazones que sienten de tal modo. Es, sin duda, que no han reflexionado bastante sobre el origen altísimo de las oraciones que forman el Rosario y que no perciben la sublimidad de los conceptos que encierran bajo su forma sencilla y característica del sublime. La oracion dominical como el Ave-Maria, cuyas palabras balbucieran nuestros labios en la más tierna edad, no por esto son ménos dignas del respeto, estudio y meditacion de la inteligencia más superior y del talento más eminente. El que medita debidamente sobre los augustos misterios que ellas abarcan, el que posee un corazon capaz de sentir y gustar las grandes bellezas que tan sencillas palabras ostentan, el que no se limita á pronunciar de un modo maquinal éstas, no puede ménos de desear repetir las una vez y otras mil, saboreando cada vez con más gusto y nuevas emociones esas palabras de vida, y asociándose de algun modo anticipadamente á las alabanzas que de continuo dirigen los que gozan de la vision de la eterna é infinita belleza.

El elocuente P. Lacordaire ha escrito con indiscutible verdad estas profundas frases: «El racionalista sonrie, viendo pasar largas hileras de hombres que van diciendo y volviendo á decir una misma palabra; el que está iluminado por una luz mejor, comprende que el amor no tiene más que una palabra, y diciéndola siempre, no la repite nunca.» Pudieran recordar además los que así racionan que el Rosario no está constituido únicamente por la recitacion vocal de las referidas oraciones, sinó además de un modo especialísimo por la meditacion de los más altos misterios, cuya explicacion escapa á las más privilegiadas inteligencias.

No nos hemos de detener ya en la refutacion del error de los que juzgan que el Rosario no está al nivel de los hombres, cuyo entendimiento está ilustrado por la ciencia, debiendo relegarse por tanto á aquellas otras inteligencias incultas é incapaces de remontar su vuelo á regiones más elevadas. Nó, y mil veces nó; la meditacion de los misterios del Rosario, juntamente con las de las oraciones que lo constituyen, ofrecen sobrada materia al más superior entendimiento humano, hasta el punto de que nadie, ni aún el más sabio puede agotar ese inmenso océano de la verdad y del bien. Téngase en cuenta, por otra parte, que el Rosario, segun dijimos en otro lugar, no es obra sólo de doctrina,

sinó tambien y muy especialmente de oracion, no sólo teórica sino más bien práctica. Y ¿de qué servirá poseer los más ricos tesoros de las ciencias teológicas y filosóficas, sino van acompañados de las prácticas de la Religion?

Se ha dicho tambien con márcado tono de desprecio, que el Rosario sólo es apropósito para las mujeres. Semejante apreciacion envuelve una gran injusticia además de un error gravísimo. Acaso, el mismo que esa tésis sostiene, defienda con gran ardimiento lo que malamente llaman algunos la emancipacion y dignificacion de la mujer. ¿Por qué se ha de relegar el Rosario á la mujer considerándolo indigno del hombre? ¿Por ventura no aventaja con frecuencia al hombre en corazon y en virtud? ¿Acáso esas sublimes oraciones se hicieron sólo para la mujer? Mas, por otra parte, miéntras no se demuestre el error de las afirmaciones que dejamos hechas en el curso de este pobre trabajo y las que se contienen en las muchas y escelentes obras consagradas á la esposicion y estudio del Rosario, tendremos derecho á sostener que precisamente uno de los grandes méritos de esa incomparable devocion es el ser tan propia para el hombre como para la mujer, para el sábio como para el ignorante y, en una palabra, para todo sexo, edad, estado y condicion.

IV.

Influencia de la devocion del Santísimo Rosario en el mejoramiento de la familia.—Importancia suma de esa influencia en la época actual.

Si la familia, como es evidente, se forma por la sociedad de individuos unidos por los lazos de la sangre, no se puede dudar que el mejoramiento de éstos ha de contribuir poderosamente al de aquella. Pero en el momento presente debemos prescindir ya de esas influencias, que pudiéramos llamar indirectas ó remotas, para ocuparnos en otras inmediatas y directas.

La familia, esa hermosa sociedad instituida no por voluntad humana sino divina, dentro de la cual recibe el hombre su existencia y el fecundo gérmen de su progreso en todos los órdenes, reconoce como base, cual las sociedades todas, la existencia de

un fin al que deben tender los asociados y el vínculo que une á todos ellos y hace posible la realizacion de aquel.

Mas entre los distintos fines parciales que deben cumplirse dentro del hogar, sobresale el que lo es último de todos ellos y al que se encamina directamente el religioso.

El individuo que no puede realizar su propio fin abandonado así mismo, encuentra el complemento necesario de sus facultades en una esfera más amplia, la de la familia. Este fenómeno se observa en todos los órdenes de la actividad humana; y, por tanto, también en el moral y religioso.

Mas para realizar esos fines que escuden las fuerzas del individuo, necesita la familia medios adecuados; entre los cuales no dudamos en comprender la devocion del Rosario, como una de las prácticas religiosas más profundas y esencialmente moralizadoras.

Cuando en la familia cristiana se establece la piadosa costumbre de rezar devotamente el Santo Rosario, cuando desde sus primeros años presencian los hijos esa práctica edificante, se connaturalizan estos, digámoslo así, insensiblemente con el espíritu de oracion y de piedad. Y la razon y la esperiencia nos muestran cuán importante es que en los primeros momentos de la vida, en aquella época en que el hombre se encuentra dispuesto para recibir de un modo indeleble todo género de impresiones, se esfuerce por sembrar en su inteligencia y en su corazon la fecunda semilla de la verdad y del bien. El que niño se acostumbró á rezar con su familia el Santo Rosario, no temais que olvide nunca por completo la oracion; y por graves y calamitosas que sean las circunstancias que rodeen su borrascosa vida, y aunque omita la práctica de esa devocion, llegarán momentos solemnes que traigan á su memoria el feliz y tranquilo período de su existencia, en que en medio de su familia se ejercitaba en esa pia devocion; y acaso entónces vendrán espontáneamente á sus lábios esas sublimes oraciones, ó rezará á lo ménos devotamente una Ave-María. Y ¿quién ignora el valor inmenso que tiene una sola Ave-María bien rezada?

Pero no son únicamente los hijos sino también todos los individuos de la familia los que participan de la santa eficacia del buen ejemplo. Sabido es cuán poderosamente obra en todos la influencia del ejemplo, mucho más eficaz aún que la palabra, por elocuente que sea, y no podrá ménos de reconocerse que donde

quiera que se practique con el debido espíritu esa santa devocion arraigará profundamente la piedad y como cierta natural inclinacion y facilidad á dedicarse á los actos religiosos. ¡Cuán bello y edificante es el espectáculo que ofrece una familia que, arrodillada ante una imágen de la Virgen, eleva en el silencio de la noche fervorosa oracion hasta su excelso trono! Allí parece que se cumple la promesa del Salvador cuando ofreciera que donde hubiese dos ó tres reunidos en su nombre, estaria en medio de ellos: si alguno se siente ménos fervoroso é inclinado á la oracion, excítase con el ejemplo de los demás; y una como corriente de piedad se establece en aquellos momentos entre todos aquellos corazones unidos ya por estrechos vínculos.

Este es, en efecto, otro de los benéficos resultados de la práctica de esa santa devocion, que fortifica y estrecha los lazos que deben unir á todos los individuos de una misma familia. El reunirse todos con ese santo fin, la meditacion de los grandes misterios de la Redencion y de la Maternidad divina de María, las alabanzas que en armonioso coro dirigen á ésta, y las dulces influencias de la mejor de las madres contribuyen poderosamente á elevar el espíritu á regiones purísimas; donde se pierden de vista las miserias y debilidades de la vida terrena y sólo se respira el embalsamado ambiente de la caridad y del amor. Templados los corazones en ese fuego purísimo adquieren bríos suficientes para sobreponerse y sufrir hasta con gusto las impertinencias y debilidades de las personas, con quienes tienen que vivir constantemente. Y á la verdad ¿cómo no han de olvidarse por completo los odios, rencillas y motivos de division ante la Cruz, donde muere por nosotros ingratos y perversos, el Autor de la vida, de la gracia y de la santidad, y ante la vista de María que hace en favor nuestro el más sublime sacrificio? ¿Cómo no hemos de perdonar las ofensas que se nos hayan inferido, al repetir una y muchas veces que queremos nos perdone el Señor, como nosotros perdonamos á los que nos ofendieron? ¡Dichosa la familia en cuyo seno se reza bien y frecuentemente el Rosario!

Pero la eficacia de este no se limita á establecer y conservar la union entre los miembros actuales de la familia, sino que se extiende aún á aquellos que rompieran los lazos de esta vida, y aún á otros que nunca formáran parte de ella. ¡Efectos preciosos de la caridad y de la piedad cristiana! Los instantes que se dedican á rezar el Rosario, parecen como el momento propicio para

evocar los más piadosos y caritativos recuerdos. Entonces se recuerdan especialmente los miembros queridos de la familia que volaron de su seno á las regiones de la eternidad. Ofrécense con enternecidos ojos fervorosas oraciones por sus almas, y se aplican en su sufragio los inmensos tesoros de indulgencias concedidas con ese fin. De esta manera cumplen con un deber sagrado y alivian sus corazones afligidos con la consoladora idea de la comunión de los Santos que hace imaginar como que tenemos aún á nuestro lado las personas amadísimas que nos arrebató la muerte. Entonces se elevan también oraciones por las almas de los amigos difuntos y del purgatorio en general. Entonces se ruega por las necesidades de la Iglesia y del Estado y por las espirituales y temporales de todo género. Hé aquí, de que admirable manera, esa gran institución de la piedad católica viene á ser causa de mil y mil actos de insigne devoción, enlazándose con el cumplimiento de sagrados deberes y satisfacción de las más tiernas afecciones.

Tal es la benéfica influencia que ejerce en la familia el Rosario, del que dijo el Venerable Palafox que pacifica los ánimos de los fieles y los une en recíproca amistad y caridad, y los llena y conserva en concordia, en paz y tranquilidad, y con la concordia todo lo pequeño crece, así como con la discordia lo muy grande se deshace; y que destierra de los corazones, de los lábios, de las casas y de las ciudades los juramentos, las maldiciones y murmuraciones y otras palabras livianas, ociosas y viciosas.

Este saludable influjo del Rosario en la familia que ha constituido siempre un poderoso elemento de moralización, es importante como nunca en la época actual. Harto sabido es por todos el estado de desorganización que caracteriza á la familia moderna. La desunión y el abandono de los más fundamentales deberes por parte de todos los que la constituyen son temibles cánceres que la corroen y desorganizan. Ya no se busca en los puros placeres del hogar doméstico el bálsamo que cicatriza las heridas, que el corazón recibe con frecuencia en la lucha de pasiones que se agitan en el seno de la sociedad.

La concordia y el amor parece que han huido, para no volver, de gran número de familias; la indiferencia y el desvío, ya que no el rencor y el odio, dominan generalmente de un modo desconsolador; las santas virtudes del hogar se ven substituidas por los escándalos y los más repugnantes vicios; las prácticas religiosas

yacen relegadas al olvido; y el oro y los placeres parecen ser los ídolos á quienes únicamente se tributa culto. En este estado de corrupción de la familia sólo es posible esperar el remedio de lo alto; y si no hemos de presenciar la disolución completa de la sociedad toda, se hace preciso y urgente que dirijamos allí nuestras miradas.

Y ¿quién dudará, después de lo apuntado, que entre los medios más prácticos y eficaces que se pueden emplear para la reorganización de nuestra viciada familia, debe contarse la santa devoción que nos ocupa? Aun se conservan, por fortuna, los últimos restos de las costumbres que nos legaran nuestros padres: sólo falta que hagamos revivir las pequeñas chispas de devoción y de piedad que todavía se observan en el fondo de muchos corazones católicos. Así, y sólo así, podremos esperar que se regenere esta sociedad decrepita y envilecida. Parece que hemos comenzado una nueva época de restauración en la historia del Rosario: en ella vemos uno de los motivos que alientan la dulce y consoladora esperanza de que se restablezca el suave y poderoso reinado de la familia cristiana, única salvación de la sociedad moderna.

V.

Influencia de la devoción del Santísimo Rosario en el mejoramiento de la sociedad en general.—Grandes ventajas que puede obtener la sociedad presente de la práctica del Rosario.—La época futura del Rosario.

El mejoramiento de los individuos y de las familias por el uso del Rosario, debe producir necesariamente el de la sociedad en general, supuesto que esta no es otra cosa que la reunión de aquellos. Esta verdad evidente en sí misma es tanto más digna de tenerse en consideración, cuanto que estimamos como un principio no ménos inconcuso el que la sociedad presente no puede regenerarse sino se comienza por la del individuo y de la familia conforme á la doctrina católica. Y he aquí precisamente porque, prescindíéndose de ese principio, á pesar de las incesantes reformas á que se somete á las sociedades modernas, de las mil y mil teorías que se sustentan y aplican á su organización, y de las numerosas

y profundas elucubraciones consagradas á su mejoramiento, el mal subsiste y cunde y cada dia surgen más temerosos é irresolubles problemas.

No debiéramos olvidar nunca, por lo que hace especialmente á nuestro asunto, los elocuentes y útiles lecciones que suministra la historia del Rosario. Surge en el siglo XII la heregia de los albigenses; y el Rosario por sí sólo vence ese disolvente error que habia resistido á los ataques de la doctrina y de la fuerza. Y ¿qué era la heregia albigense? Derivacion del antiguo maniqueismo, secuela de la heregia gnóstica, constituía como el compendio abigarrado de todas las heregias y de los errores más absurdos y contrarios á la existencia misma de la sociedad. Admitian como los maniqueos la existencia de dos principios, atribuyendo al espíritu malo la creacion de todo lo visible; sostenian que la impureza es el camino de toda generacion, y se abstenia del uso de la carne y muchos tambien del matrimonio, aunque entregándose á toda clase de liviandades y de nefandos crímenes; afirmaban que el hombre no viene de Dios sino del pecado; negaban la remision de los pecados que consideraban dignos de la pena capital, si bien no los reputaban sujetos á castigo alguno más allá de esta vida; no reconocian la inmortalidad del alma ni la existencia de cuanto no cae bajo la accion de los sentidos; deducian algunos de la presciencia divina un verdadero fatalismo, negando la libertad del hombre y aun la de Dios; despreciaban como otras tantas abominaciones cuanto la Iglesia Romana enseña y practica sobre el Santo Sacrificio de la Misa, bautismo de los párvulos, el culto y la gerarquía eclesiástica; consideraban ilusion ó vana apariencia cuanto el Evangelio enseña acerca de Jesucristo, su muerte y resurreccion; hacian guerra sin cuartel al clero, fundados en el eterno pretesto de las faltas de algunos de sus individuos; y declamando contra las riquezas del mismo clero, preludiaban los ataques que despues habian de continuarse dirigiéndose contra la propiedad. Esta heregia, segun se ha notado, tenia como caracter propio el que lejos de limitarse á la esfera espiritual, sacaba de sus principios dogmáticos consecuencias que conmovian todas las relaciones sociales y daban lugar á la inmoralidad más vergonzosa: lejos de ponerse al lado de la Iglesia para combatir el mal, sólo procuraban destruir aquella; y los príncipes se vieron obligados á considerar como delitos aquellos errores que en los primeros momentos aparentaban ser meramente dogmáticos.

Pues bien, todos esos errores y abominaciones desaparecieron vencidos por el Rosario. Presentábanse ante el pueblo los religiosos de la Orden de Predicadores; exponian la verdad de cada misterio, rezaban todos á una voz la decena correspondiente y, como dice Augusto Nicolás, con esta alternativa de enseñanza y de oracion, ilustrándose y vivificándose recíprocamente en una accion santamente dramática, atraian á la fe á las masas extraviadas.

¿Qué analogía tan perfecta ofrecen los errores modernos con los de los albigenses, aunque velados por una forma aparentemente científica! ¿Dudamos de la eficacia del Rosario para combatirlos y extirparlos? Y ¿cuánto no ganaria la sociedad presente con verse libre de las erróneas doctrinas que, emanadas de corazones corrompidos, traen, como consecuencias lógicas y necesarias, la corrupcion y destruccion de la sociedad?

Corren los siglos; y el Rosario es el fuertísimo dique que se opone á la dominacion universal de los sectarios de Mahoma, que amenazaba sumir á Europa en la barbarie. ¿Qué hubiera sido de la sociedad moderna si los fanáticos sarracenos lograran sugetar á su dominio la Europa entera? Fuera preciso negar la historia, y caer en la más negra ingratitud olvidar lo que la civilizacion verdadera debe al Rosario.

El sano criterio popular no ha podido incurrir en los errores en que cayeran algunas inteligencias iluminadas con una falsa ilustracion, y por eso es que, aleccionados con la historia y las enseñanzas de los verdaderos sabios, los pueblos recurrieran á la más ferviente práctica de esa devocion santísima, en cuantas ocasiones se vieran affigidos por las calamidades, acudiendo al Rosario con la firme esperanza de verse libres de ellas. Así sucede, por ejemplo, cuando el terrible azote de las epidemias se ha cebado en los pueblos; así vemos, efectivamente, que se libran de él, entre otros muchos casos, Orihuela en 1510, Génova en 1525, Portugal en 1564, Lombardía en 1578 y Elvas en 1599.

La incomparable eficacia del ejemplo que tantos beneficios está llamada á prestar en la familia, es acaso aún mayor, cuando se estiende á una sociedad más extensa. Ante el nutrido coro con que considerable multitud de fieles cantan los loores de la Virgen sin mancilla ó recita las sublimes oraciones del Padre nuestro y Ave-Maria, ó implora la proteccion de la Reina de los Angeles, bajo las tiernas invocaciones de la Letanía, no hay corazon que no se conmueva y se incline á orar. Y cuándo al despuntar el

alba óyense en las calles los armoniosos ecos de los fieles que, acompañados de dulce música, cantan las alabanzas de María, ¡qué profunda emoción experimenta el espíritu, creyéndose arrebatado momentáneamente á las regiones celestes! ¿qué dirán en presencia de ese espectáculo hermosísimo los que tachan al Rosario de monótono ó antiestético?

En el rezo público del Rosario, como dice el Venerable Palafox, va envuelta la pública protestación de ser devotos y siervos de esa Soberana Señora; y desde aquel momento comienzan los ángeles á alegrarse y los demonios á temer y entristecerse, y á mirar aquellas almas con más cuidado y respeto, á la manera que crece la estimación de aquellos que entran al servicio de los reyes. Y ¿qué no deben esperar los pueblos cristianos, si cuentan con la protección de la que es á un mismo tiempo Reina de los cielos y Madre de Dios y de los hombres?

¡Permita Dios en sus bondades que tome cada día más incremento el rezo público del Rosario y que se oigan en nuestras calles y plazas los bellísimos acordes del Rosario, en lugar de las continuas blasfemias y obscenidades que son la vergüenza y el oprobio de la cultura moderna!

No ménos habia de contribuir la práctica del Rosario á devolver y conservar la unión entre las diversas clases y entidades sociales, cuya división y antagonismo son causa de gravísimos daños. No es necesario demostrar que las diferentes escuelas y partidos políticos, las pasiones de todo género, la posesión y goce de las riquezas y otras mil causas que no es del caso esponer, tienen divididos á los individuos y á las clases de la sociedad moderna, hasta el punto de mirarse y tratarse como enemigos irreconciliables los que debieran vivir unidos por el vínculo de la caridad, propio de los que somos hermanos y prógimos. La práctica del Rosario en comun habria de producir necesariamente la unión de todos los ciudadanos. Congregados todos bajo las bóvedas del templo ó en las calles, acortaríanse las distancias considerables que separan á unos de otros, se verían fraternizar al pobre y al rico, al noble y al plebeyo; y aprenderían prácticamente el modo con que deben tratarse los que son únicamente miembros de una gran familia. La meditación de los misterios del Rosario abriría á la inteligencia y al corazón de todos un nuevo y vastísimo horizonte sobre las miserias y vanidades del mundo. Las cofradías y asociaciones del Rosario pudieran coronar esta hermosa obra de

unión y verdadera fraternidad. Y quien sabe si la llamada cuestión social y otras no ménos temerosas encontrarían solución satisfactoria con el auxilio de esa santa práctica.

No puede ménos de merecer el mayor respeto y de considerarse como decisivo el testimonio de los Sumos Pontífices, quienes en todas épocas, segun hemos visto, consideran el Rosario cual remedio eficazísimo para curar los males, así del individuo como de la sociedad. Debemos fijarnos, no obstante, especialmente en el de nuestro amantísimo Padre Leon XIII, quien una y otra vez ha insistido en esa doctrina, y propuesto ese remedio heróico.

Refiriéndose el sábio Pontífice á los grandes triunfos que en los siglos anteriores alcanzó el Rosario, dice: «Guiado por este pensamiento y por los ejemplos de nuestros predecesores, Nós hemos creído enteramente oportuno establecer, por la misma causa en estos tiempos, preces solemnes y procurar por medio de estas preces, elevadas á la Santísima Virgen por medio del Rosario, obtener de su Hijo Jesucristo, un socorro parecido contra los peligros que nos amenazan. Ya veis, Venerables hermanos, las graves pruebas á que todos los días está expuesta la Iglesia, la piedad cristiana, la moralidad pública, la fe misma, que es el bien supremo y el principio de todas las demás virtudes; todo está amenazado cada día de los mayores peligros. No sólo sabeis cuán difícil es esta situación y cuánto sufrimos por ella, sino que también vuestra piedad os hace experimentar con Nós sus amarguras; pues es muy doloroso y lamentable ver á tantas almas rescatadas por Jesucristo, arrancadas á la salvación por el torbellino de un siglo extraviado, y precipitadas en el abismo y en una muerte eterna. En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino, como en la época en que el Gran Domingo levantó el estandarte del Rosario de María, á fin de curar los males de su época. Ese gran Santo, iluminado por la luz celestial entrevió claramente que, para curar á su siglo, ningun remedio podia ser más eficaz que el que atrajese á los hombres á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, y les impulsase á dirigirse á la Virgen, á quien está concedida la facultad de destruir todas las herejías, como Patrona que es de ellos cerca de Dios.»

Y uniendo á la doctrina los hechos, manda y encarga de un modo especialísimo la devoción del Rosario, y el uso público de esa santa práctica, abriendo á la vez los tesoros de gracias de la Iglesia en favor de los fieles que se consagren á ella.

La historia, la voz autorizadísima y veneranda y hasta la razón misma nos dan á conocer lo que puede esperarse de la devoción del Rosario en el porvenir. Esa institución santísima que venció y estirpó los errores de la heregía, que moralizó los pueblos, que santificó al individuo y á la familia y que ha obrado innumerables portentos, no ha perdido aún su eficacia, como quiera que se funda en los más sólidos y capitales principios de la verdad católica. Esperemos confiados en que su uso producirá en los tiempos actuales los mismos extraordinarios y saludables efectos que causó en los pasados. Gravisima es, en verdad, la situación en que se encuentra actualmente el mundo, pero la virtud de la Iglesia católica y de sus instituciones es mucho más poderosa que todas las causas de mal y de corrupción. Los males que aquejan á la sociedad moderna son muchos y de gravedad suma; pero el amor maternal de María es capaz de obtener la curación de otros aún mayores, si fueran posibles. Sólo resta que apliquemos con fé y verdadero espíritu de piedad ese dulce y suave bálsamo, cuya eficacia le hace susceptible de cicatrizar por completo las más añejas y cancerosas llagas.

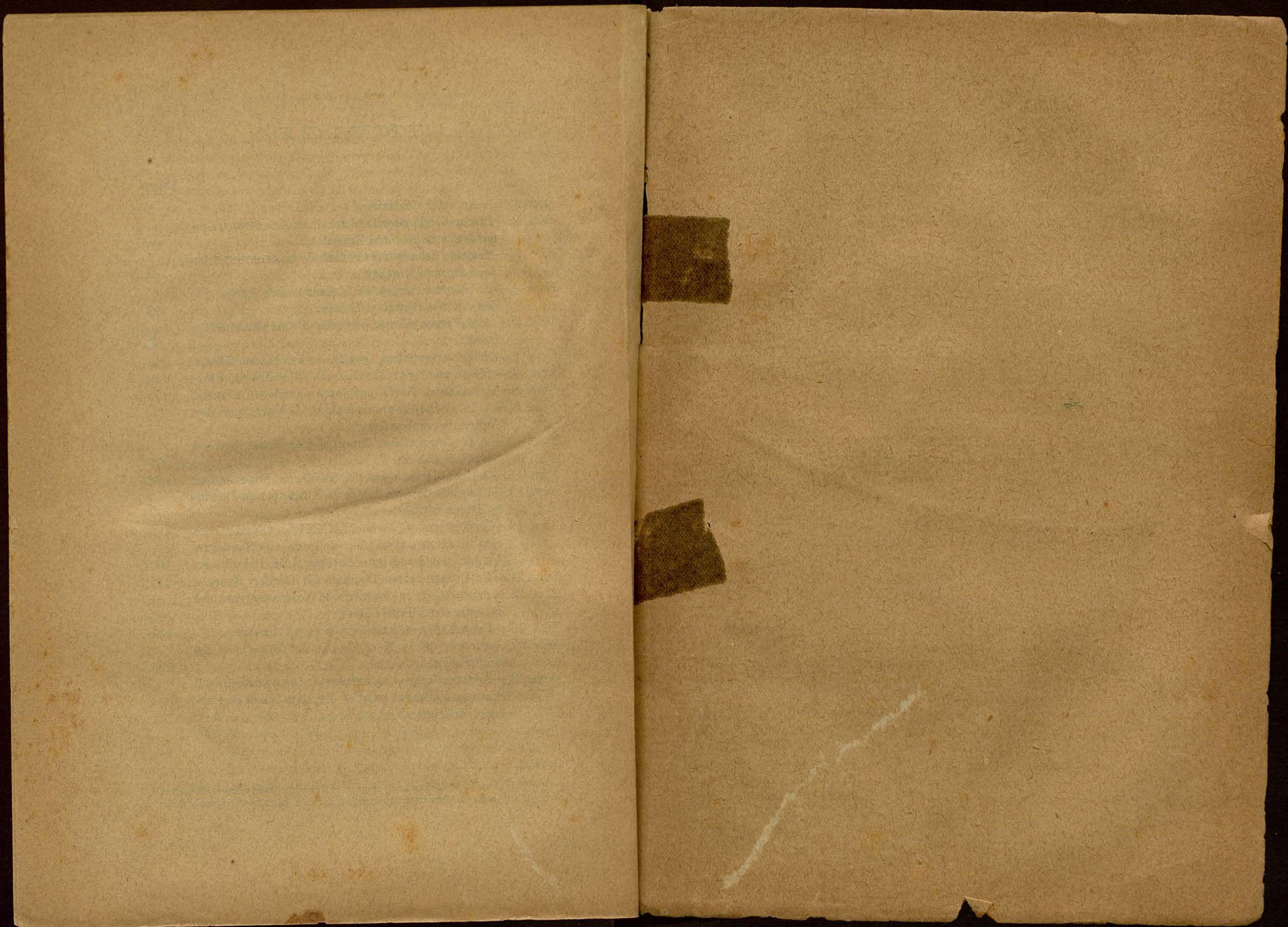
Debemos insistir, sin embargo, en la necesidad de que si deseamos que esa santa devoción produzca hoy los mismos efectos que causara en otras épocas, la utilicemos con espíritu igual que el que entonces la animara. Con gran verdad y exactitud escribe un piadoso autor moderno refiriéndose á la manera con que, por desgracia, acostumbramos á rezar frecuentemente el Rosario. «Causa lástima ver como algunos rezan recostados, soñolientos y tal vez durmiendo del todo; la costumbre de rezar ha hecho que algunos ni siquiera sepan lo que dicen, ni á quien, ni para qué. Hablan con Dios y con la Virgen con ménos reverencia de la que guardan á una persona igual y aún inferior á ellos en condición. Todo su afán es rezar el Rosario, ó muchos Rosarios, rezar bien les parece que no importa. Esto es reducir la religión á prácticas exteriores sin procurar la interior reforma del corazón, cuidar de la corteza del árbol y descuidar del meollo y de la raíz de donde procede el fruto, hacernos fariseos en medio de la cristiandad.»

¡Quiera la Santísima Virgen, por su cariño maternal, concedernos la singular gracia de que recemos siempre con la devoción y espíritu debidos su santísimo Rosario, y que éste sea la panacea celestial que cure radicalmente los muchos y gravísimos males que aquejan hoy al individuo, á la familia y á la sociedad toda!

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Número 1.—Acta del Certámen.	5
Núm. 2.—Discurso del señor Director de la ACADEMIA, ilustrado don José Antonio Brugulat.	9
Núm. 3.—Memoria del señor Secretario de la ACADEMIA don José Antonio Mostany.	19
Núm. 4.—A Nuestra Señora de la Asunción de Elche, por don Andrés Blanco y García.	29
Núm. 5.—A la Virgen María, por doña Trinidad Aldrich y Pagés.	37
Núm. 6.—A María Santísima, por D. Andrés Blanco García.	43
Núm. 7.—¡Yo te amo! por don Juan B. Allés Albast, Pbro.	49
Núm. 8.—A la Virgen María, por don Amenodoro Urdaneta.	55
Núm. 9.—A la Concepción Inmaculada de María, por don Andrés Serrano y García.	61
Núm. 10.—A la Inmaculada Concepción de María, por don Salvador Cabeza.	67
Núm. 11.—A María Inmaculada, per Na Mercés Font Codina.	73
Núm. 12.—Llegenda dels tse dolors de María, per en Domingo Pagés y Janes.	77
Núm. 13.—Exposición del Salmo LXXXVI, "Fundamenta ejus in montibus Sanctis," aplicado á la Santísima Virgen, por don Miguel Esteban Ruiz, Presbítero.	107
Núm. 14.—Lo Rosari, per en Domingo (1) Pagés y Janes.	111
Núm. 15.—Fundació de la Confraría de Nostra Senyora del Roser, per en Pere Claret.	123
Núm. 16.—Lepant, per en Angel Garriga y Boixader.	131
Núm. 17.—Miracle de la Mare de Deu del Roser, per Na Victoria Peña de Amer.	135
Núm. 18.—Apuntes sobre la influencia de la devoción del Santísimo Rosario, por el Dr. don Julian de Pastor y Rodriguez.	141

(1) Por descuido de los cajistas se puso en la composición número 14, página 111, "Joseph" en lugar de "Domingo," que tal es el nombre del autor de la composición.



1886

AÑO XXV.

CERTAMEN PÚBLICO

celebrado con motivo

DEL

CONCURSO DE DICIEMBRE

España, Patrimonio de María:
Todo por María, Todo para María.

CONCURSO DE PREMIOS

abierto por la

ACADEMIA BIBLIOCRÁFICO-MARIANA.

PRIMERA PARTE.

Hérída.—Tipografía Mariana.—1887.